UNA NOVELA DE

Martín Baintrub





¿NUNCA SOÑASTE CON DEJAR TODO
Y EMPEZAR DE NUEVO?

A Sandra, Nico, Mile y Migue: mi familia.

A mí madre que me pidió que me apurara a publicarla, antes de que la que descansara en paz fuera ella, según dijo.

"La literatura, reino de la libertad y la imaginación".
Elsa Drucaroff, El último caso de Rodolfo Walsh.

Capítulo 1

Pagar, vas a pagar, le dijo Pablo.

Los bancos no tienen sentimientos, pero dirimen las diferencias en Tribunales. Son capaces de quedarse con todo sin importarles si en eso va la felicidad o la supervivencia de una familia, pero no matan. El problema con

los usureros es que la mayor parte de la operatoria la realizan en negro, por lo tanto, sus posibilidades de recurrir a la Justicia son acotadas y pasados ciertos límites prefieren la contundencia del apriete. Primero siempre son charlas en buen tono, firme pero cordial: te vencieron unos documentos que no renovaste, varios de los cheques que me trajiste hace tres semanas vinieron rechazados, cubrímelos mañana sin falta o, en el mejor de los casos, al menos pagá los intereses y vamos viendo lo del capital.

Después van subiendo de tono. ¿Vos te creés que es joda? Yo tengo que responder por la plata que te presto. La que te doy a vos es la que me prestó otro.

La respuesta del que debe es siempre parecida: esperame unos días, tengo cosas para cobrar, yo siempre te cumplí, estoy pasando un mal momento, pero ya va a pasar.

Bueno, pero dejame un cheque y no desaparezcas.

En cada reunión la gente implora. Cobrame menos tasa, me estás matando. No te la puedo bajar, si querés plata más barata andá al banco y vas a ver la patada en el culo que te van a pegar. Fijate qué podés vender, no tenés porqué andar en una 4x4, cambiala por un Duna ´90. Pero esta tasa es un robo. Yo no te fui a ofrecer plata, vos viniste a rogarme que te prestara. Si era cara no la hubieses pedido. Te espero hasta el viernes, traeme algo

y de ahora en más vení a verme todas las semanas con efectivo. Pagar, vas a pagar.

En su momento Sergio se la jugó, logró embarcar a alguna gente en el proyecto. Ya no se fabricaban en el país motores de limpia parabrisas y todos los autos necesitan al menos dos, muchos tres. La industria automotriz estaba en expansión y para hacer esos motorcitos no hacía falta tecnología de punta ni grandes inversiones, eran simples. Parecía que sí, pero no, no funcionó. El gobierno un día abrió las importaciones y resultó mucho más barato traerlos de China que hacerlos localmente. No sólo los motores se volvieron importados, cada vez más marcas empezaron a traer sus autos de Brasil gracias a las ventajas

del MERCOSUR.

Sergio hizo una apuesta fuerte, de haber salido bien todos hubiesen multiplicado su dinero, pero podía fallar y falló. Los mismos que en su momento se empujaban para entrar ahora pugnaban por salir y lo hacían responsable de los daños ocasionados.

La sensación de derrota no era lo importante, o al menos no lo era todo, lo grave era lo que el fracaso traería aparejado: perder el bienestar adquirido, tener que explicárselo a sus hijos, pero sobre todo afrontar los reclamos de los inversores y prestamistas de una deuda impagable. Los papeles, o mejor dicho la falta de papeles, limitaban de algún modo su responsabilidad.

Pero se sabe, nadie abandona mucho dinero sin dar batalla.

Los banqueros son banqueros, asumen riesgos, ganan, pierden, pero los conflictos los resuelven con abogados. Sin embargo, los bancos ya hacía mucho que habían dejado de prestarle: era muy poco lo que debía al sistema financiero formal. El grueso de los compromisos era con las cooperativas de crédito, las cuevas, eufemismos que se usan para denominar a un sistema usurario que presta dinero a tasas que normalmente duplican las de los bancos. Cambian cheques o dan crédito con garantías poco confiables, no hacen muchas preguntas. Son al mismo tiempo una solución y un problema.

Sergio siempre se lamentó por haber tenido que recurrir a las cuevas, pero a esa altura ¿quién le hubiese prestado dinero?

Ya había pasado por todas esas y hacía varios días que su secretaria rechazaba las llamadas de los prestamistas, de todos los prestamistas a los que les debía.

Esa tarde llegaron a la fábrica dos tipos y preguntaron por él. Ordenó que no los dejaran pasar, aunque dijeron que venían de parte de Pablo y él sabía muy bien de qué Pablo se trataba. Eran dos hombres fornidos y de pocas palabras, empujaron al vigilador y entraron. Mañana a las diez te espera en su oficina, mejor que vayas.

Cuando el negocio parecía funcionar

todos querían participar; eran otros tiempos, así asoció a su cuñado como mero inversor sin funciones ejecutivas. Un padre de la escuela de su hija, cuando escuchó lo que pagaba por el crédito, le ofreció prestarle a una tasa algo menor que las cooperativas, que, por supuesto era muchísimo más de la que podía conseguir en un banco, colocando el dinero en un plazo fijo. De generoso nada. Sergio aceptó pensando que se ahorraría unos pesos y que al mismo tiempo le haría un favor al tipo. Pensó que, si no podía cumplir, un padre de la escuela sería menos rígido que las mesas de dinero. Grave error.

Sergio, somos familia, le imploró su cuñado por enésima vez. Macho, invertiste en

un negocio de riesgo, salió mal y perdiste. Es lo único que tenemos. Si salimos adelante vas a cobrar y si no, olvidate, es así. No te digo que me devuelvas todo ya, pero tírame algo. Un banco suizo te pagaba el uno por ciento, pero era seguro, te mató la codicia. Escucháme, te presté los ahorros de toda la vida, dejáme salir. Agarrá la mercadería y tratá de venderla, eso es algo útil que podés hacer para cobrar. Es que los productos chinos valen mucho menos, los tuyos son invendibles. Los nuestros. Si, los nuestros quise decir. Bien, ahora vas entendiendo el problema.

En Pesaj ya no pudieron juntar a la familia, su cuñado prácticamente no le

hablaba, apenas lo mínimo y siempre para reclamarle algo de plata. Quizás por estas cosas el judaísmo creó dos noches de festejo, tanto en la pascua como en año nuevo. Sabiduría. Ellos se juntaron con sus suegros para el primer seder y el hermano de Estela, su mujer, fue la segunda noche, pero el guefilte fish les quedó atragantado a todos. La suegra le recriminó a Sergio que por su culpa la familia estaba dividida.

También dejó de llevar a los chicos al colegio. Víctor, el papá devenido en prestamista, les había dicho a los otros padres que era un estafador, un ladrón. ¿No ves cómo vive y no me paga? Tampoco pagaba la cuota de la escuela privada de Belgrano y prefería no

cruzarse con la secretaria.

Fue la euforia o el instinto de supervivencia lo que lo llevó a pelear con uñas y dientes, a regatear los precios con los proveedores, a bicicletear los pagos, a vender por debajo del costo para tratar de hacer girar la rueda. Después vinieron los cheques voladores, que se estrellaban contra el suelo cuando se quedaban sin combustible.

Su espíritu guerrero había dejado paso a la depresión, estaba agotado de tanto esfuerzo inútil; engordó, tenía unas ojeras violáceas que le ponían a su rostro el sello inconfundible del fracaso.

Con Estela también estaba todo mal. A ella le daba vergüenza que le reclamaran la

cuota en la escuela y las expensas en el edificio. Cuando tuvo que vender el segundo auto y empezar a viajar en colectivo o taxi lo hizo sin protestar, eso fue al principio, pero a medida que crecían los reclamos de los acreedores empezaron las quejas, el llanto, la desvalorización. Él trataba de tranquilizarla.

Es una crisis, ya vamos a salir, aguantá un poco, la fábrica nos dio mucho y ahora tenemos que poner algo nosotros. Mi hermano… Tu hermano es un inútil que nunca trabajó y quería seguir viviendo sin laburar. No invirtió para ayudarnos, sino porque pensó que así podría disponer de plata y de todo el día para seguir jugando al tenis, tomando café con otros vagos y garchándose a las amigas de

su mujer, mientras yo me rompía el lomo. A mi me das lástima vos, los chicos, pero ese estúpido no me importa. Es mi hermano, mi mamá me llama todos los días, está preocupada, quiere juntar a todos los nietos y Ale no quiere llevar a sus hijos si están los nuestros. Cuando lo vea lo voy a cagar a trompadas, no tiene por qué mezclar a los chicos.

Estela estaba linda, los años le habían sentado bien, pero ya ni recordaba la última vez que se habían acostado, no tenía cabeza para eso. La paja lo relajaba cuando no podía dormir y el Rivotril no hacía efecto, pero un polvo requería más esfuerzo del que podía hacer en ese momento.

Decidió ir a ver a Pablo, no le podía mandar dos matones a la fábrica, tenía que entender. Llegó temprano a la cooperativa que quedaba en pleno Once, pidió hablar con él y lo hicieron esperar un buen rato. El ablande, le decían.

Las oficinas eran amplias y confortables, ambientadas con un gusto sobrio y neutro, a excepción del despacho del dueño, donde utilizaron muebles de diseño y algunos cuadros. Nada tenía demasiado encanto. Se destacaban las puertas blindadas, las cámaras y una fauna de hombres de seguridad que se encargaban de custodiar las oficinas y transportar el dinero a los bancos y otras

cuevas colegas. Al final la recepcionista lo hizo pasar.

Pablo, te vine a ver porque ahora no te puedo pagar, pero vos sabés que no soy un estafador. Necesito tiempo, voy a tratar de vender mercadería para ir cumpliéndote. Pero si paro la rueda, si dejo de producir, no te voy a poder pagar nunca porque la plata no la tengo. Si cierro, las indemnizaciones se van a comer lo poco que queda, bancame, necesito efectivo para materia prima. ¿Me estás pidiendo que te preste más? ¿Vos me estás jodiendo? Vendé tu departamento, la camioneta, la casa del country. Vos sabés que eso no arreglaría el problema. No te estoy pidiendo más plata, solamente que me des un

poco más de tiempo, que no me asfixies. Vendé algo, al menos sería un buen gesto de tu parte, mostraría que estás dispuesto a hacer un esfuerzo. Me estoy rompiendo el alma todos los miserables días de mi vida, pero si necesitas otro gesto, la casa del country te la doy ya. No quiero la casa, quiero la plata que vale la casa. No se puede vender, no hay mercado, las expensas son muy caras y no la quiere nadie. El departamento de Belgrano vale buen dinero. Es bien de familia, no me lo pueden sacar, es lo último que voy a vender. Si querés otra cosa, es tuya, las máquinas, mercadería, la camioneta. Más no tengo. Tenés tu vida, la de tu mujer y la de los chicos. No me amenaces. No te amenazo, sólo te lo

explico: no podés no pagar y listo. No funciona así. Yo no soy ningún boludo, vos sabés que soy amigo de mucha gente del gobierno, tu cueva opera totalmente en negro, si nos pasa algo tu negocio va a volar por el aire, vas a usar más tiempo en atender jueces e inspectores de la DGI, que en trabajar. Así te volviste rico, pero tu fábrica de billetes se puede desintegrar si te hacés el guapo. Yo no soy un ladrón; me fue mal, si salgo adelante te pago y si me fundo, perdiste, como van a perder muchos otros y, sobre todo, yo.

Sergio había sido fuerte, y aún abrumado, quería seguir mostrándose fuerte. Estaba convencido de que si lo veían vencido sería peor.

Sonó el teléfono y Pablo atendió. Otro deudor que no podía pagar. Los mismos aprietes. Seguramente las mismas excusas.

Sergio muchas veces había pensado en comprar un revólver y pegarle un tiro a cada uno de sus acreedores, o al menos a los principales. No le gustaría ir preso, pero quizás podría emboscarlos en la calle y hacer que pareciera un asalto o un ajuste de cuentas; no tenía por qué ser obvio que él fuese el culpable. Debía haber varios que querrían matarlos para no tener que pagar, por resentimiento o simplemente para robarles, dado que todos manejaban mucho dinero en efectivo. Podría armarse una buena coartada. Quizás una, pero no varias. Pero él no era un

asesino y ellos eran muchos.

Se imaginó como un justiciero, un asesino serial de usureros, y sonrió antes de abandonar la idea.

Pablo cortó el teléfono visiblemente ofuscado, lo miró fijo a los ojos y le dijo: todas las semanas tenés que cubrir los cheques que vayan venciendo. Yo hablo en serio. Ahora, andate, tenés suerte de que no te haga sacar a trompadas por los doce monos que cuidan la plata. Pero no jodas, ya te lo dije, pagar vas a pagar, de una forma o de otra. Te lo firmo.

Capítulo 2

Estela dejó a los chicos en la puerta del colegio y como todos los jueves, caminó cinco cuadras para que nadie la viese. Norberto ya estaba en la esquina escuchando la radio; siempre la misma esquina, el auto mal estacionado con las balizas encendidas y los vidrios polarizados. No la vio llegar. Ella golpeó suavemente el techo para que destrabara las puertas. Subió radiante, con una sonrisa en los labios.

Estela era alta, una morocha de pelo lacio y largo y ojos almendrados, una mujer elegante aún en ropa de gimnasia. Tenía puestas calzas negras que resaltaban sus formas, zapatillas violetas y una campera

blanca inflable porque hacía frío. Llevaba en la mano un bolso con ropa para cambiarse como los otros días, cuando iba a entrenarse de verdad.

¿Llegué tarde? Las madres no me largaban, hay un lío con la maestra de Mati y están todas alborotadas. No hay problema, te esperé escuchando las noticias. ¿A dónde vamos? Y si querés podemos ir al gimnasio, yo te hago pasar como invitado. No traje ropa, mejor vayamos a un telo. ¿Y para qué preguntás? Te preguntaba a cuál querías ir. Me da lo mismo, uno que tenga la cinta de las persianas para poder levantarlas y que entre algo de luz natural, no me gusta el encierro de los hoteles alojamiento.

Preguntaron si estaba libre la 105, era una de las recicladas y había quedado muy linda; se parecía un poco a una casa y tenía cochera privada. Preferían no cruzarse con gente en el ascensor. Entrar y salir del hotel era el único momento de tensión durante sus encuentros.

Les gustaba que las habitaciones tuvieran muchos espejos, luces de colores y canales porno, pero también poder simular, aunque sólo fuese por unos minutos que eran una pareja normal y tomar el desayuno juntos, en una mesita o en la cama.

Norberto levantó el teléfono y le dijo al conserje: mandame por favor dos cafés con leche con medialunas y una botella de champán bien fría.

Sonaba raro, pero primero desayunaban, charlaban un rato, ella le untaba las medialunas con dulce de leche, se contaban cosas de los hijos e incluso de los cónyuges, y después cogían.

Las mañanas de los jueves eran un remanso en sus vidas, un espacio de felicidad y buena onda. Algunas veces se preguntaban por qué no se divorciaban y se iban a vivir juntos. La verdad es que había muchas y muy buenas razones para hacerlo, pero también para no hacerlo. Cuestiones vinculadas a los hijos que aun eran chicos. Los dos valoraban la idea de que se criaran en una familia conviviendo con ambos padres y también al patrimonio, las dos familias vivían bien, pero

distaban de ser ricas y dos divorcios los hubiesen obligado a hacer sacrificios económicos importantes que impactarían en su nivel de vida. La situación de Estela y Sergio estaba en un punto de mucha tensión, pero Norberto vivía en armonía con su mujer y la idea de dejarla le resultaba excesiva. Al final terminaba optando por tenerlas a las dos sin resignar nada.

Lo que habían logrado construir era eso y no estaba nada mal. De todos modos, largar todo y salir de la oscuridad donde se refugiaban era una linda ilusión, aunque pareciese que al final del camino nunca la iban a concretar.

Podía pasar cualquier cosa, pero las

mañanas de los jueves eran sagradas. Los dos las tenían bloquedas en las agendas y no estaban dispuestos a modificarlo por nada del mundo.

Cuando terminaron el desayuno Estela se sacó la calza y caminó unos pasos con sus piernas largas y musculosas, llevaba puesta una tanga negra. Se la veía muy sensual. Le desabrochó el pantalón y la camisa y se los sacó con habilidad en pocos movimientos. Con delicadeza se sentó sobre él, una pierna a cada lado del cuerpo. Se estiró hasta alcanzar la botella y la destapó. Abrir champán era cosa de hombres, pero ella tenía brazos fuertes. Sirvió una copa y se la tomó de un trago, volvió a llenarla y se la ofreció. A los dos les

gustaba que les pegara, algo así como un saque, pero de alcohol. Nunca tenían apuro, sin embargo, el tema del tiempo estaba presente en todos los encuentros: era amplio pero limitado.

Norberto le subió lentamente la musculosa negra para poder mirarle las tetas. Cada vez que lo hacía le parecían lindas, le gustaban sus pezones claritos. Ella movió la pelvis y se frotó contra su miembro. Unos minutos después enganchó su ropa interior con un dedo y la corrió hacia un costado.

Los polvos eran largos, muy largos, bastante distintos a uno matrimonial reglamentario. Cada tanto paraban para no pasarse de rosca y aprovechaban para tomar

más alcohol. Eran capaces de vaciar casi toda la botella en un rato. A él le gustaba mirar en el espejo que había al costado de la cama la imagen de los dos unidos por los sexos. Ella lo apretaba contra su cuerpo y miraba su espalda reflejada en el espejo del techo. La imagen de los dos muy pegados le ratificaba que era más que calentura lo que había entre ambos. Mientras observaba la imagen pensó que le resultaba fundamental sentirse querida y pensar que ella también quería a Norberto. No era sólo sexo lo que escaseaba en su matrimonio, también faltaban caricias y algunas palabras que la hicieran sentirse importante para su pareja.

Siempre fantasearon con llevar un

radiograbador para poder escuchar su propia música, pero mientras tanto se contentaban con el insípido “hilo musical”.

Cuando terminaban, ella se levantaba con suavidad y caminaba hasta el jacuzzi. Solía llenarlo con agua bien caliente y le agregaba todos los frasquitos que encontraba, sales, champú, crema enjuague; hacía funcionar el motor unos instantes para que hiciera mucha espuma, luego lo apagaba para no tener que soportar el ruido. Ahí comenzaba la segunda parte del encuentro: disfrutaban las charlas en el agua casi tanto como el sexo. Hablaban sobre los temas más diversos de la vida: las ilusiones, los miedos, los proyectos, los trabajos. Muchas veces ella le contaba casos de

sus pacientes y él la escuchaba muy interesado; nunca se privaba de opinar, aunque la psicología, claramente, no fuese lo suyo. A ella le encantaba. Su marido en cambio nunca tenía la paciencia de escucharla, se aburría, no le interesaba, a lo sumo decía a ese pendejo en vez de mandarlo a la psicóloga habría que pegarle una buena patada en el culo y vas a ver como se empezaría a portar bien.

Algunas veces había un segundo round, más relajado, menos intenso y más corto. Otras simplemente se vestían y volvían a sus otras vidas.

Siempre la dejaba en la esquina del consultorio y arrancaba para la oficina, feliz y

agotado incluso, muchas veces, ligeramente borracho.

Capítulo 3

Se había analizado muchos años, pero ya no lo hacía. Últimamente no tenía cabeza para eso, tampoco tiempo, ni dinero. Su analista tuvo que aceptar que dejara el tratamiento, pero le había sugerido que antes consultara con un psiquiatra de su prepaga la posibilidad de medicarse y aliviar un poco la angustia y la depresión.

Le recomendó que fuera a ver a un médico de su confianza, no le parecía saludable que anduviera sin ningún tipo de

ayuda.

Desde que hizo la primera consulta hacía casi un año, tomaba clonazepán para la ansiedad y un antidepresivo para afrontar la vida. Sergio llamaba a eso la solución química.

El médico era un profesional responsable y trataba de hacerlo ir una vez al mes con la excusa de renovar las recetas, pero el verdadero objetivo era controlarlo y conversar un poco.

Sergio, lejos de resistirse, trataba de aprovechar las visitas para hablar con alguien de sus problemas, sentía que era el único lugar donde podía expresarse con sinceridad. ¿Cómo está? ¿Cómo se sintió estos días? El antidepresivo es como agua de lluvia, no

siento que me haga ningún efecto. El Rivotril en cambio me calma, me permite bajar un cambio, o dos o tres si hace falta. Lo que necesitaría es un remedio para la malaria, algo que me haga ganar un millón de dólares de golpe, pagar las deudas y tomarme vacaciones. ¿Para usted es importante pagar las deudas? ¿No se puede permitir no pagar? Decir no puedo, me fue mal. No es tan fácil doctor. Sin embargo, hay mucha gente que lo hace, que quiebra. Yo quizás podría asumirlo, pero mis acreedores no creo que se resignen tan fácilmente, los principales son tipos pesados, gente de mierda, además de familiares y conocidos que no sé si no son peores. Es muy complicado. ¿Tiene miedo? Sí, tengo miedo y

angustia, pero lo peor es la ansiedad. A veces quisiera que se terminara todo de una vez y listo, si me tienen que matar que me maten o lo que sea, pero que termine esta angustia que no me deja vivir en paz. Pero no hace eso, la sigue peleando, su omnipotencia es alta. Tengo responsabilidades, con mi familia, con la gente que trabaja en mi empresa. ¿Y cómo se lleva con la idea del fracaso? Mal, como cualquiera supongo, pero hay momentos en los que siento que asumirlo sería un alivio, cualquier cosa que signifique final me parece deseable. ¿Incluido el suicidio? No me voy a suicidar, quédese tranquilo; si quieren, que me maten ellos, pero yo no lo voy a hacer. La muerte es el final final, yo lo que quiero es

terminar un capítulo de mi vida para poder empezar otro. Fantaseo con vender todo, juntar la plata que se pueda, viajar a algún lugar donde no me encuentren y poner un bar en la playa o algo así. ¿Y por qué no lo hace? Mi mujer no querría. ¿Y usted no la dejaría? ¿La quiere? ¿Piensa que la extrañaría? Y, no es muy de caballero dejarla en banda con los chicos y las deudas. No, me imagino que usted no haría eso, me refiero a sus sentimientos, a cómo se imagina que podría afectarlo una separación. Yo extrañaría a la mujer de la que me enamoré, pero creo que ya no es la misma o tal vez yo no soy el mismo o las circunstancias no son las mismas. Me siento solo y lejos de ella; aunque pasemos las noches

en la misma cama, hay un abismo entre los dos. La grieta, la llamo. Somos dos solos viviendo juntos bajo un mismo techo. Pero además están los chicos. Usted habla muy poco de sus hijos. Los quiero, sin duda que los quiero mucho, pero cuando uno no puede más, no puede más, estoy agobiado, cansado. Le voy a cambiar el antidepresivo, quizás otro le haga mejor. Vuelva en un mes, no deje de venir. No me quedó claro, ¿me recomienda que desaparezca o me pide que no desaparezca?

El médico sonrió ligeramente y le extendió la receta.

Capítulo 4

Estela, escuchame bien, tenemos que hablar. ¿Pasó algo? Me asustás. Quiero que sepas lo que tenés que hacer si me pasa algo.

Los chicos ya dormían, se sentaron en el living y aunque Sergio tomaba poco se sirvió un whisky, se sacó los zapatos y apoyó las piernas encima de la mesa ratona. Ella se sentó enfrente.

¿Fuiste al médico? ¿Te encontró algo? No, no tengo nada, tampoco fui, pero debo mucha plata y estoy muy preocupado. Sergio, vendamos todo y paguemos, te lo dije mil veces, así no se puede vivir. Me dijiste que así no se puede vivir, no que vendiéramos todo para pagar, pero igual no te preocupes, no alcanzaría, nos seguirían reclamando y

estaríamos en la calle y con deudas. Alguna vez te insinué que nos escapáramos, que nos fuéramos a otro lado, bien lejos, a un lugar donde no pudieran encontrarnos y cuando te lo propuse me planteaste que tus padres ya eran viejos, que no los querías dejar solos, que los chicos tienen sus amigos, vos, tus pacientes. Igual es inútil, ahora es tarde. ¿A dónde iríamos? No sé, adonde no te maten. Puede ser, no lo pensé mucho, tal vez lo hagamos más adelante, habría que vender lo que nos queda, pero yo te quiero explicar lo que tenés que hacer si yo me muero mañana.

Estela lloraba y él se sorprendió, no estaba seguro sí lo hacía por él o sí tenía miedo por su propio futuro o la espantaba el

hecho de que sus hijos crecieran huérfanos. Sergio siempre los había cuidado, era un buen padre, pero la relación con todo su entorno estaba muy deteriorada, vivía angustiado, todo esto los había alejado mucho. Le gustó pensar que tal vez ella se pondría triste si lo mataban, era lo más parecido a algo dulce que le había pasado en mucho tiempo.

Estela era una madre afectuosa y tenía la deformación profesional del miedo al trauma. Ella pensaba que en el fondo si no se habían divorciado, era en parte para que los chicos no crecieran en un hogar de padres separados: la teoría de la inmolación parental sobre la que había escrito su tesis.

Yo no creo que se animen ni que les sirva,

pero me amenazaron y la verdad es que, aunque quiera, no puedo pagar. Tal vez podría saldar una parte importante de la deuda si vendiéramos todo, pero no lo voy a hacer, me seguirían reclamando el resto. No son Carmelitas Descalzas; son unos usureros hijos de puta, si les toca perder una vez no les va a pasar nada. Si pasa, me estás diciendo que tenés miedo de que te maten. No tengo miedo, mintió, pero por ahí están lo suficientemente locos como para mandarme a matar y quiero que vos y los chicos estén bien si me pasa algo. Vayamos a la policía, hagamos la denuncia. Todos los custodios que tienen ahí trabajando son policías, gendarmes o de la prefectura, y no podrían funcionar sin un

fuerte arreglo con gente del gobierno. Nadie me va a dar bola, los voy a tratar de ir llevando, si me matan seguro que no van a cobrar, a ellos les conviene más que esté vivo que muerto, el problema es que empiezo a creer que a nosotros nos conviene más que yo esté muerto que vivo.

Estela miraba el piso y se secaba las lágrimas con un pañuelito de papel.

Pará de llorar y escuchá. Mañana te lo voy a repetir, tratá de prestar atención: de la fábrica no vas a sacar un peso, olvidate, pasásela a Gustavo, que él se ocupe, ofrecele que se quede con lo que pueda sacar, que no va a ser mucho, y el 30% del seguro de vida. Pero que se encargue de todo, firmale un

poder para que vos no te tengas que ocupar de nada. Es de total confianza y es buen abogado. A ustedes les van a quedar este departamento que es un bien de familia y está protegido, el seguro de vida y unos pocos dólares. Vas a tener que hacer la sucesión, te va a llevar un tiempo, quizás un año. Los chicos son menores de edad y para vender vas a necesitar autorización del juez. Tal vez lo mejor sería conservar el departamento un tiempo, es caro de mantener, pero va a ser la reserva para cuando pase la tormenta. Preguntale a Gustavo, quizás en un par de años lo puedas vender y comprar otro más chico. Además, tenés el seguro de vida: cien mil dólares que se cobran en Nueva York, Gustavo sabe todo y en

la caja de seguridad del banco tenés los papeles, ahí hay también 40.000 dólares, es todo lo que nos queda. También vas a encontrar las escrituras de las propiedades. La casa del country tratá de alquilarla, aunque sea a cambio de las expensas hasta que encuentres un comprador, no le pongas plata porque a la larga se la van a quedar los acreedores. Yo esta semana voy a tratar de reventarla por lo que sea, pero tiene una hipoteca y aunque lo consiga no nos va a quedar casi nada. La camioneta te la van a sacar, mientras tanto usala. Le debo mucho a las tarjetas de crédito, eso no es problema porque vienen con un seguro de vida, no las pagues.

Si me pasa algo, vos dedicate al consultorio; no hagas ningún tipo de negocios con la plata, jugá sobre seguro y armate un programa para bajar los gastos. Si hace falta a fin de año cambiá a los chicos a la escuela pública, bajate a un plan de salud más económico o pasate al Hospital Italiano, no sé, fíjate. Para no tener problemas no gastes de más. Si hacés las cosas bien, van a poder vivir cómodamente hasta que los chicos sean grandes.

Sergio ¿por qué no les damos todo antes de que te maten? No se si estás sorda o no me querés escuchar, te dije que no alcanza ni para la mitad de lo que debemos. Ahora es tarde, yo quise pelear hasta el final, pero me parece

que este es el final.

Se tomó el resto del whisky de un trago y sintió como le quemaba la garganta.

Si me matan, hacé lio en los medios, andá a los canales de televisión, hablá con las radios; que se sepa, mandálos al frente; si hay mucho circo, se van a calmar y no van a joder más.

Dio la vuelta alrededor de la mesa y le puso una mano en el hombro. Le resultó raro, hacía mucho tiempo que no la tocaba. ¿Y los chicos? Los chicos te adoran. Mi vieja cuando era un nene y me arrepentía de algo, me decía: lo hubieses pensado antes. Lo peor es que lo hice por ellos, para que vivan bien, para que vayan a buenos colegios, para que no les falte

nada… y puedo faltar yo… Sergio, no te engañes, no lo hicimos sólo por ellos, todos queríamos el departamento, los autos, los viajes, la ropa, las vacaciones, el country; no es sólo tu culpa ni lo hicimos sólo por ellos. Queríamos todo. Vení, vayamos a la cama, te invito un Rivotril.

Durmieron abrazados. Hacía mucho tiempo que no pasaba.

Capítulo 5

Los delegados pidieron hablar con Sergio y no tuvo más remedio que aceptar.

Lo torturaba la idea de deberles los

jornales a sus empleados. Lo que no podía aguantar era el reclamo en primera persona de gente que vivía con lo justo, mirarlos a la cara y no poder pagarles.

Lo atormentaban también la vergüenza, el escarnio público, la posibilidad de que tomaran la planta y la noticia apareciese en los diarios, la quema de cubiertas en la esquina de su casa, como le había pasado a otros empresarios cuyos hijos durante días ni siquiera pudieron salir a la calle para ir a la escuela.

Todo junto era más de lo que podía enfrentar en esos momentos.

Muchas noches se despertaba por una pesadilla recurrente en la que un piquete le

impedía la entrada a la fábrica: soñaba que llegaba con el auto, veía lo que estaba sucediendo, ponía marcha atrás y huía por una ruta hacia ningún lado; sólo aceleraba a fondo y escapaba.

Los tres delegados pasaron a su oficina que no era muy grande. Su escritorio estaba tapizado de papeles y carpetas. El sillón que tenía para sentarse era un modelo ejecutivo, reclinable. Debió haber sido lindo en algún momento, pero él lo compró usado y ahora ya estaba bastante gastado. Del otro lado de la mesa habitualmente había dos sillas haciendo juego, pero Sergio antes de la reunión había traído una más de la oficina destinada a la administración. Era diferente a las otras sillas,

pero eso no importaba en ese momento.

Los obreros iban vestidos con sus pantalones y camisas Grafa 70 azules, algo desteñidos por tantos lavados, calzaban zapatos de seguridad negros.

Ellos también estaban intimidados, les pesaba la diferencia cultural, hasta los preocupaba la grasa de los botines que podía manchar la alfombra del despacho. Los incomodaba incluso tener que reclamar lo que era suyo y se habían ganado trabajando. Estaban acostumbrados a bajar la cabeza y aguantar, pero todo tenía un límite.

No les ofreció café, le pareció impropio dadas las circunstancias; se sentaron frente a frente en el escritorio. Ellos eran tres, mientras

que él estaba solo como un perro.

El más joven, que era también el más combativo, tomó la palabra.

Somos treinta familias y ya nos deben dos quincenas, así no podemos seguir, no somos ricos. Hay muchachos que no tienen para darle un plato de comida a los pibes, necesitamos cobrar. Tuvimos bastante paciencia, entendemos los problemas de la fábrica, pero nosotros trabajamos para comer y necesitamos nuestros salarios.

Ya hablamos con el gremio, mañana termina otra quincena y si no cobramos, vamos a parar, tenemos todo el apoyo de la Regional. Muchachos, acá el problema es que estamos por fundirnos; si seguimos así, yo sé

que voy a perder todo, pero ya no me importa, el problema es que ustedes se van a quedar sin trabajo y sin cobrar las indemnizaciones, es así de simple, no hay verso. Si seguimos vivos, capaz que el gobierno se aviva y cambia la política de importaciones. Les aviso que yo no los voté, aunque eso igual hoy no importa. Lo crean o no, estamos en el mismo barco, o nos salvamos todos o nos ahogamos todos. ¿Pero usted entiende que nosotros no tenemos resto, que no podemos esperar más? Usted es rico, sus hijos comen todos los días, capaz que no puede cambiar el auto, pero no le falta nada. Cambie unos dólares, venda algo y páguenos. Ya no tengo más dólares para vender, los que tenía los puse todos acá. ¿Qué no vas a tener?

- dijo el más joven, que con la bronca comenzó a tutearlo. ¿Te creés que no vemos la camioneta? La camioneta no vale ni una quincena, acá hay que pagar sueldos, impuestos, cargas sociales, luz, deudas con los bancos y los prestamistas, comprar materia prima para que la planta no pare. Decime a quién querés que no le pague y lo hago. Si no le pago a la DGI, me embargan la cuenta y no podemos operar más. Si no pago la luz, la cortan. Si no le pago a los usureros, me matan. Si no les pago a ustedes, paran la fábrica y nos quedamos sin productos para vender. Entonces elige no pagarnos a nosotros, que somos los más débiles. Acá hay mucha gente que vive en la villa, al día, que no tiene ahorros. Sus

parientes son solidarios, pero tan pobres como ellos, no tienen a quién pedirle que les den una mano. ¿Entiende? Que quede bien claro, si no nos pagan no trabajamos un día más. Les debo las quincenas, es cierto, pero lo crean o no en esta somos socios. La calle está dura. Seamos razonables. ¿Y cuál es su idea: que trabajemos un par de años sin cobrar para que usted pague sus deudas y después vemos? Nos tiene que pagar, la gente no aguanta más. Así van a matar a la gallina de los huevos de oro. ¿De oro? Ni huevos de Pascua son. Tenés razón, aguanten unos días; el lunes voy a pagar esta quincena y a medida que pueda iré pagando lo que les debo. Que quede claro, si el lunes no pagás, paramos y te hacemos una

olla popular en la puerta de tu casa, vas a ver qué contenta se va a poner tu mujer cuando le toquemos el timbre para pedirle unas verduras para el puchero.

El delegado usó un tono firme y claro mientras una expresión de furia contenida podía leerse en sus ojos negros. Sus compañeros bajaron la vista.

Entiendo todo, la culpa no es de ustedes, pero tampoco es mía, el gobierno abrió la importación y la plaza se inundó de productos chinos regalados, así es muy difícil vender. Para mantener la maquinaria en movimiento hay que ofrecer la mercadería muy barata, por abajo del costo muchas veces, con cada venta que hacemos debemos más, pero si no

vendemos es peor. ¿Entonces qué hacemos? Yo trato de conseguir clientes y ustedes pidan el apoyo del gremio, que vayan al Ministerio de Economía, que exijan el cierre de las importaciones que nos están matando, que los defiendan, que entiendan que luchar contra los productos traídos de afuera es la mejor forma de ayudarlos y mientras tanto tengan un poco más de paciencia. Estuve haciendo números y si me fundo y logro vender la mercadería que queda, no podría pagar ni la mitad de las indemnizaciones, aunque remate todas las máquinas. El galpón es alquilado y le debemos a cada santo una vela. Estamos en el horno, pero no bajemos los brazos, si no nos peleamos entre nosotros y le metemos para

adelante capaz que salimos a flote.

Todo lo que les había dicho era rigurosamente cierto salvo que él creyera que fueran a salir adelante, pero ellos no podían esperarlo más, habían aguantado bastante. Trataría de separar algo para pagarles a principio de la semana siguiente pero no lo podía asegurar. De todos modos, Sergio sabía que era pan para hoy y hambre para mañana, al mes siguiente volverían a tener la misma reunión hasta que los obreros perdieran la paciencia y le tomaran la planta o lo cagaran a trompadas.

Antes de irse, uno de los delegados lo saludó apretándole la mano con excesiva

fuerza. Sus dedos eran gruesos y ásperos, en su antebrazo podía leerse un tatuaje que decía Lautaro, seguramente el nombre de uno de sus hijos, su tesoro más preciado. Los tres habían sido respetuosos y claros, Sergio representaba a la patronal, quizás no les caía mal, pero cada uno defendía lo suyo.

Cuando salieron cerró la puerta de su oficina, se apoyó contra la pared y respiró hondo. Hubiese querido llorar, pero era un lujo que no podía darse en ese momento.

Capítulo 6

Durante los días sucesivos las llamadas al celular se repitieron sin pausa, las rechazaba todas. Los mensajes que dejaban los

prestamistas en el contestador eran contundentes. Te rebotaron dos cheques, pasá por la oficina hoy sin falta. Sergio, no te hagas el pelotudo, atendé. Sergio, dice Pablo que te comuniques hoy mismo.

Esa tarde llamaron de la cooperativa de Caballito. Hasta el momento se habían mantenido tranquilos a pesar de los inconvenientes que habían sufrido con algunos de los cheques, pero había rebotado uno grande y le exigieron que lo cubriera el lunes sin falta. El tono esa vez ya no fue el mismo. Un problema más.

Era viernes a la tarde, controló la cobranza de la semana que le había dejado Gladys y decidió que lo mejor sería separar

unos cheques y algo de efectivo y llevárselos a Pablo el lunes; era el principal acreedor, pero obviamente no era el único. De todos modos, a su cuñado y al padre del colegio, con quien no tenía firmado nada, ni siquiera los consideraba y las cooperativas con las que tenía menos deudas tendrían que esperar un poco.

Guardó en la caja de seguridad el cash necesario para pagar una de las quincenas atrasadas, separó mil pesos para Estela, se guardó otro tanto en el bolsillo y contó el resto. Quedaban unos doce mil. Dudó: ya casi no tenían materia prima y si no pagaban al contado Ribaudo no les entregaría nada más, los últimos cheques habían tenido muchos problemas. Cada día que las máquinas

estuvieran paradas resultaría muy caro.

Al final puso los billetes en un sobre con los cheques y lo cerró. Sería mejor empezar la semana pasando por la cooperativa y no seguir tensando la cuerda; tal vez no fuera todo lo que esperaban, pero no estaba mal.

Estaba oscuro. Salió de la fábrica, dobló por Constituyentes hacia la General Paz; en la esquina del Hospital Belgrano, que estaba desolada, tuvo que bajar la velocidad por lo pozos. En ese instante le cruzó el paso una camioneta. Pensó en un asalto y se lamentó de tener la plata encima. En un instante y antes de que pudiera reaccionar se bajaron dos hombres y se colocaron uno a cada lado del vehículo. Con la culata de una pistola plateada

y enorme, el más grandote le golpeó la ventanilla para que la bajara. Eran los mismos que habían estado en su oficina unos días antes.

Pregunta Pablo si no te funciona el teléfono. Andá a verlo el lunes sin falta y pagale, ya sabés que te podés encontrar con nosotros en cualquier lado.

Sergio respiró hondo y arrancó; no era conveniente quedarse parado en ese lugar mucho tiempo, podía ser peligroso.

Llegó a su casa: Mati y Flor ya habían cenado, se alegraron al verlo. Sergio los besó y luego sacó unas golosinas del portafolios. Los chicos festejaron el regalo y aunque Estela

intentó que las dejaran para el día siguiente porque ya se habían lavado los dientes, el padre intercedió para que les dejara comer alguna. Tomaron los "trofeos" y se fueron a ver la tele. Sergio los dejó ir, no tenía ánimo para jugar con ellos. En realidad, no tenía ánimo de nada.

Estela estaba ausente, enfrascada en sus propios pensamientos, le sirvió a su marido una porción del pastel de papas que había preparado para sus hijos. Él le preguntó si ella no iba a cenar.

Más tarde voy a comer unas frutas, prefiero cuidarme, vos también tendrías que hacer algo. ¿Cuánto engordaste? No me rompas las bolas, tengo mil quilombos. Está

bien, pero si además engordás mucho te va a traer problemas de salud y no te va a gustar verte mal. Fantástico, en esta casa ya no se puede coger y ahora encima querés que no coma para verme lindo. Eh, che, no es para tanto, te lo digo por vos y no me acuerdo que hayas querido coger y yo te haya dicho que no.

Cuando terminó de cenar Sergio acostó a los chicos, los tapó y le dio un beso a cada uno, después fue al dormitorio. Estela miraba un noticiero, tenía puesto el pijama a rayitas blancas y grises que le habían regalado para el día de la madre el año anterior y que tanto le gustaba.

Tomá, acá tenés plata. Y le arrojó los

billetes que se desparramaron sobre la cama. No me la tires, yo no tengo la culpa de lo que te pasa. No me pasa a mí, nos pasa a todos.

Tenía un vaso de agua en la mano, abrió el cajón de la mesita de luz, eligió un blister y sacó una pastilla, lo pensó un momento y sacó una segunda, se las tomó juntas, no era un día para andar mezquinándose la dosis.

El sábado a la mañana se fue al country con los chicos. Estela se quedó en Capital, no había clima para estar juntos. Consultó en la administración sobre la posibilidad de alquilar o vender su casa y le dijeron que hasta octubre, cuando empezaba el tiempo lindo, era muy difícil: nadie alquila una casa de fin de

semana en julio. Vender era complicado pero cada tanto aparecía alguno, el problema era que había demasiada oferta y los precios habían bajado mucho. Aprovecharon para reclamarle las expensas adeudadas. No puedo pagar, les dijo, por eso necesito vender o alquilar.

Le plantearon que entonces iban a tener que suspender a los chicos de los grupos.

No les hagan eso, se los pido por favor, voy a vender y pagar toda la deuda, lo que pasa es que no encuentro a nadie interesado, ya sabés, no es que quiero sacar mucho, nadie me quiere pagar nada.

Flor tenía siete años y Mati estaba por

cumplir seis, eran chicos inteligentes, simpáticos, tenían buenos amigos. Flor sentía por él ese amor profundo que sólo sienten las hijas mujeres por su padre. Mati lo admiraba, su papá era fuerte, jugaba con él al fútbol y a la lucha.

Sergio había sido un padre abnegado y presente, pero desde hacía un tiempo estaba ensimismado buscando soluciones improbables a sus problemas acuciantes y eso había afectado mucho la cotidianeidad con sus hijos. De todos modos, el sábado pudo conectarse con ellos, vio el partido de fútbol de Mati, que estaba contento porque había hecho un gol. Sergio lo felicitó y trató de aconsejarlo sobre como definir cuando estaba frente a frente con

el arquero. El chico lo escuchó atentamente, como se escucha a quien se admira mucho. Le dio un beso a su hijo y unos pesos para que fuera a comprarse una chocolatada y un alfajor al kiosco. Luego caminó unos doscientos metros hasta las canchas de hockey donde jugaba Flor. Cuando llegó el partido ya estaba empezado y Sergio buscó ubicarse cerca de la zona del campo donde jugaba su hija. Quería verla, pero sobre todo que ella lo viese a él. Casi no entendía las reglas y siempre le parecía que se iban a lastimar con los palos y las bochas, pero estar presente era una forma de hacerle sentir que ella era importante para él.

A la noche hicieron un asadito: tiraron

unos chorizos, morcillas y una tira de asado sobre la parrilla, colocaron también unas papas envueltas en aluminio directamente sobre las brasas.

Los chicos siempre se juntaban después de cenar en el Club House con sus amigos; él los acompañó y luego volvió a la casa. Prefirió quedarse mirando una película en la cama, porque no tenía amigos ni quería ver a nadie.

Durante el fin de semana Sergio y Estela no se llamaron por teléfono, a esa altura ambos preferirían estar separados. Sergio no tenía fuerzas para irse ni dinero para mantener dos casas. A Estela se le mezclaban las cosas, sentía algo de pena por él, se daba cuenta que

estaba muy agobiado, y también tenía miedo por las amenazas que su marido le había mencionado en la semana. En el fondo estaba harta de su matrimonio, pero no descartaba que Sergio tomara represalias con el dinero si le planteaba la idea de divorciarse.

La convivencia por momentos se hacía tortuosa, pero lo que predominaba era la indiferencia. Los dos se sentían solos aún estando juntos.

En esos días él había empezado a pensar que Estela debía tener un amante, pero era más una intuición que otra cosa, no tenía ni siquiera indicios y mucho menos pruebas. Algunas llamadas sospechosas al celular, rechazadas cuando estaban juntos; momentos

en los que ella desaparecía misteriosamente y a pesar de que él sabía que no estaba trabajando, no atendía el teléfono; lencería nueva y al mismo tiempo un marcado desinterés sexual, pese a que la Estela que había conocido le daba a la sexualidad un lugar destacado. Lo curioso es que él lo vivía casi con alivio; realmente no se sentía con ánimo de hacerse cargo de los hipotéticos deseos de su mujer, quizás fuera mejor para todos que otro lo hiciera por él. La sospecha sólo lo irritaba en los momentos de furia. Es decir, cuando estaba enojado todo sumaba.

A Estela le hubiese gustado aprovechar el fin de semana sin su familia para salir a comer

con Norberto o ir al cine. No pedía dormir una noche juntos, apenas una cena en un lugar lindo. Pero la verdad es que como él era casado pasaría el fin de semana con su mujer y ella se quedaría en su casa sola, tal vez feliz de disfrutar de un momento de paz, pero sola. Como temía deprimirse, decidió llamar a Sofía, que era separada. Si no tenía programa, quizás podrían verse. Cada vez estaba más convencida de que divorciarse no estaría nada mal, especialmente si Sergio pagaba los gastos de los chicos y se los llevaba los fines de semana. Le daría más libertad, pero a su vez pondría a prueba la relación con Norberto. ¿Dejaría a su mujer? ¿Soportaría que ella estuviera sola, lo que a la larga implicaría

pensar que también podría salir con otros hombres? ¿Y ella soportaría no estar con él los fines de semana, sabiendo que probablemente mientras ella se quedara en su casa viendo un video, él se estaría acostando con su mujer?

Volvieron del country temprano para evitar el tránsito del domingo. Cuando llegaron a la casa se encontraron con los padres de Estela que habían ido a visitarlos.

Cacho saludó a los chicos. Estela gritó desde el dormitorio, donde estaba leyendo que fueran a darle un beso y luego a bañarse. Los chicos primero fueron a la cocina donde estaba la abuela y aprovecharon para comer un pedazo de la torta que ella les había

cocinado. Cuando se quedaron solos en el living, Cacho le preguntó a Sergio, qué pasaba.

¿Por qué Estela no fue con ustedes al country? Nada Cacho, pasó el tiempo, eso pasa, y cuando pasa sin plata todo es peor. Sergio, vos sabés que yo te aprecio mucho, pero le estás haciendo daño a lo que más quiero que son mis hijos. Estás destruyendo mi familia y me llevó toda una vida construirla, están todos peleados, distanciados. Con Clara estamos tristes, ya no podemos juntar a la familia ni siquiera para los cumpleaños. Tenés que hacer algo. ¿Y qué me sugiere, Cacho? Pagar las deudas y olvidarme de los problemas, no puedo. ¿Que me pegue un tiro?

Capítulo 7

Se levantó temprano, desayunó café con tostadas, cubiertas por una fina capa de mermelada de naranjas amargas, y se vistió sin demasiado apuro. Quería estar en la cooperativa ni bien abrieran, para entregar el dinero y los cheques, y luego trataría de llegar a la fábrica antes del mediodía para pagar la quincena y evitar las medidas de fuerza con las que lo habían amenazado, pero le sobraba tiempo.

Estela se despertó casi a la misma hora, fue al baño, recogió el diario que siempre dejaban muy temprano en el piso del hall de servicio, y se volvió a la cama.

Mientras Sergio juntaba sus cosas y se

apprestaba para salir intercambiaron unas pocas palabras. Cuestiones prácticas referidas a los chicos que estaban de vacaciones de invierno.

Sergio salió de su casa poco después de las nueve. Aunque la cooperativa recién abría a las diez, el tránsito en el Once a esa hora era complicado. Llegó a las diez menos cuarto y estacionó en la playa de Azcuénaga y Viamonte. Al salir a la calle casi choca con un judío religioso de barba larga, traje oscuro y sombrero. Aún siendo él mismo judío, sentía cierto rechazo por los ortodoxos, le parecían oscuros, indescifrables, cultores de una vida sin matices. Al mismo tiempo admiraba el coraje y la convicción que tenían para salir a

la calle así vestidos, en un país que aunque hiciera esfuerzos por disimularlo, seguía siendo bastante antisemita. Convicción y coraje, eso era justamente lo que él necesitaba para afrontar su situación.

La suma que llevaba, si los cheques no rebotaban, alcanzaba para cubrir aproximadamente la mitad de los vencimientos atrasados y sabía que eso no conformaría a Pablo. Pensó en plantearle que no tenía sentido que lo siguiera amenazando con matones a sueldo, él ya estaba lo suficientemente asustado como para hacer todo lo posible por pagarle. Trataba de cumplir, entregaba lo que podía, de todos modos sabía que al ritmo de los intereses, cada

día debía más. Imaginaba la respuesta del prestamista: siempre se puede pagar un poco más. Pablo era el único de los acreedores que había pasado a una fase más violenta, pero los reclamos venían de todas partes.

Hacía frío, pero lo que sentía era el alma helada. Había puesto en la fábrica trabajo, ilusiones, proyectos, dinero, y todo se estaba desmoronando a pasos agigantados. En lo profundo creía que él solamente era responsable de una parte del fracaso, quizás había elegido mal el momento o el rubro, pero el país de pronto se había abierto de par en par a las importaciones.

Tenía la íntima convicción de que la situación se le había ido de las manos y que ya

no tenía sentido seguir peleando, quizás debía bajar los brazos y aguantar el chubasco. Estaba empezando a considerar la posibilidad de hacer un cambio abrupto y decidirse a lidiar con las consecuencias del fracaso: padecer los reclamos, hacer un recorte drástico en los hábitos familiares, incluso creía que podría soportar la vergüenza, pero no tenía derecho a poner en riesgo la vida de sus seres queridos. Las amenazas habían sido claras. La presencia de los matones en la fábrica estuvo dirigida a darles contundencia. Por eso, mientras estuviese vigente la ilusión de que estaba pagando, sentía que retrasaba las represalias.

Caminó unos metros por Viamonte hacia

Pasteur. De repente se escuchó una tremenda explosión que hizo temblar la tierra. Una nube de humo blanco oscureció el día y una catarata de vidrios cayó de las ventanas de los edificios. Las alarmas de los autos estacionados empezaron a sonar a coro, Sergio las escuchaba como en sordina, había quedado aturdido por la explosión. La gente corría en distintas direcciones, la mayoría se alejaba del epicentro del desastre. No le llevó más de unos segundos darse cuenta: se trataba de otro atentado, estaba parado a metros de la mutual judía. De haber llegado dos minutos antes, él también hubiese volado por el aire ya que tenía que pasar por la puerta para ir a la cooperativa. El corazón le latía

aceleradamente y su cuerpo sufría los efectos de un shock de adrenalina. Como atraído por un imán caminó lentamente hacia los edificios derruidos. Toda la atmósfera estaba inundada por el olor ácido del explosivo, se veían pequeños focos de incendio. El aire olía a muerte, probablemente a cuerpos quemados. Sobre Pasteur, a pocos metros de la esquina, una mujer estaba tirada en la calzada. Tenía el rostro ensangrentado, gemía de dolor y de espanto. Un poco más allá vio cuerpos destrozados, siguió avanzando. De repente se quedó paralizado: tropezó con un brazo escindido del cuerpo, estaba enfundado en un traje azul y conservaba el reloj puesto en la muñeca. La gente gritaba, lloraba, huía hacia

cualquier parte. Los escombros estaban diseminados, los autos destrozados y distintas partes de los edificios todavía seguían cediendo y se desmoronaban. Se paró a mirar absorto lo que sucedía. Algunos transeúntes y vecinos empezaban a reaccionar y ayudar a los heridos, pero una horda de gente espantada bajaba de los departamentos y oficinas de la cuadra y escapaba a toda velocidad, parecían temer nuevas explosiones o derrumbes.

En el medio del espanto, tuvo un deseo que lo ilusionó: ojalá Pablo hubiese volado con el edificio. Era perfectamente posible porque su oficina quedaba a escasos metros del lugar donde explotó la bomba y él llegaba siempre unos minutos antes de las diez, que

era cuando abrían. La posibilidad era escasa, pero miró los cadáveres tirados en la acera con la esperanza de encontrarlo.

Instantes después, otra idea cruzó por su mente: la explosión era una oportunidad, la oportunidad perfecta para desaparecer. Él podría haber muerto allí. Tenía la posibilidad de hacerle creer al mundo que había fallecido en el atentado, de huir, de encontrar algo de paz. ¿Pero adónde iba a ir? Eso no importaba. Empezó a temblar, pensó en sus hijos, dudó un instante y luego ya no dudó más. Actuó con la convicción de quien está ante una oportunidad única y debe aprovecharla. No tenía mucho tiempo para sopesar riesgos y ventajas. Actuó movido por el instinto.

A medida que iba recuperando el oído, las sirenas de la policía, las ambulancias o los bomberos empezaban a volverse ensordecedoras, aturdían y no dejaban reflexionar.

Apoyó el portafolios sobre un auto, lo abrió. Del sobre que llevaba a la cooperativa retiró el dinero en efectivo y lo guardó en un bolsillo del traje. Sacó su billetera y buscó la foto de los chicos que llevaba siempre. Sonreían abrazaditos. La tomó con delicadeza y la colocó en el bolsillo de la camisa, junto a su corazón. Puso la billetera y el celular en el portafolios, trepó unos metros sobre los escombros y miró en distintas direcciones. Nadie lo observaba, todos tenían cosas más

importantes de que ocuparse. Arrojó con fuerza el maletín abierto hacia adentro del edificio en ruinas. Las cosas se desperdigaron por el aire.

Bajó con cuidado de no caerse y caminó hacia Corrientes. Al llegar a la esquina de Lavalle se sacudió el polvo y siguió caminando, no miró atrás. Ya en la avenida paró un colectivo cualquiera, pagó el boleto y se secó las lágrimas.

Capítulo 8

Se sentó en el fondo del ómnibus. Por sus mejillas rodaban gotas sucias que arrastraban el polvo remanente. Se secó con la manga,

cerró los ojos y trató de no pensar. Pero era inevitable que millones de imágenes acudieran a su mente.

Esto no podía hacerse a medias, no cabía la posibilidad de advertir a su familia, los chicos no podrían guardar el secreto ni actuar el duelo. Si iba a hacerlo, todos tendrían que creer la historia. Lo único que lo hacía dudar eran sus hijos. ¿Cómo se lo dirían? ¿Cómo reaccionarían? ¿Con qué odios crecerían? Si bien lo aliviaba pensar que esta huida podría ser temporal, hasta tanto se calmaran las aguas y que luego podría volver, quizás alegando una especie de locura generada por la bomba, pensó que los chicos eran a su vez la mayor razón para no huir y también para

no volver nunca más. ¿Cómo podría explicarles un día que les hizo creer que estaba muerto? ¿Cómo justificaría el dolor que les estaba a punto de causar? Quizás la razón fuese simple: si no lo hacía, me hubiesen matado y además los hubiese puesto en riesgo a todos. Fui débil, me quebré, pero salvé mi vida y la de mi familia.

También de ese modo preservaría bastante el patrimonio familiar, pero no le pareció que ese fuese un argumento aceptable para sus hijos.

Bajó del colectivo en Corrientes y Leandro Alem y enfiló hacia Retiro. Al llegar a la Torre de los Ingleses dobló a la derecha y como un autómata siguió caminando hasta la terminal

de ómnibus. Entró al baño que olía a orín y desinfectante; se lavó la cara con agua fría y terminó de sacudirse el polvo como pudo. Recorrió el pasillo donde están las oficinas de venta de pasajes. Una marquesina decía: Chaco - Formosa – Misiones – Paraguay. Preguntó a qué hora salía el próximo colectivo. El primer servicio iba a Clorinda, en Formosa. No conocía el lugar, pero un mapa ploteado en la pared mostraba que estaba situada justo en la frontera, frente a Asunción. Pagó el pasaje y siguió dando vueltas por la terminal. Faltaba una hora.

Todos los televisores de Retiro mostraban noticieros con videographs que decían ATENTADO en letras enormes. Justo enfrente

de donde estaba parado parpadeaba un cartel luminoso con la palabra farmacia.

Una caja de Rivotril, por favor. ¿Tiene receta? No, pero tengo una hermana que trabaja en donde estalló la bomba, te lo pido como algo humanitario. Te pago lo que me pidas. Tomá, ojalá que hoy no haya ido a trabajar.

Compró una botella de agua de litro y medio y subió al ómnibus. Sacó el blister y se tomó dos pastillas juntas. Calculó que le esperaban unas quince horas de viaje, prefería dormir. Pensaba en una sola cosa: descansar en paz.

Capítulo 9

Ese lunes Estela empezó a atender a las diez de la mañana y sólo supo de la bomba a las once cuando se lo contó la segunda paciente. Estela estaba espantada, la noticia de un nuevo atentado le generó miedo y bronca. Le costó contener a su paciente porque ella misma también estaba muy impactada, hubiese querido poder ir hasta el bar de la esquina para ver las noticias en la televisión.

Conocía el lugar del atentado, había estado un par de años antes, arreglando el entierro de su suegra en el cementerio de La Tablada.

Recién a las dos de la tarde pudo salir del consultorio. Llamó a Norberto y hablaron un rato largo, se mencionaban decenas de muertos y heridos, pero todo era confuso. Luego habló con sus padres que estaban horrorizados. Los chicos estaban con ellos, no habían ido al colegio por las vacaciones de invierno. Pensó en llamar a Sergio, pero al final prefirió no hacerlo; el fin de semana que pasaron distanciados había dejado heridas que todavía no habían cicatrizado. Terminó de atender a las ocho de la noche. Todos los pacientes hablaban de lo mismo, la mayoría eran judíos y a la indignación general sumaban el miedo a ser las próximas víctimas. Ya habían atacado la Embajada, ahora esto.

¿Qué vendría después? ¿Los colegios? ¿Hacoaj? ¿Hebraica? ¿Macabi?

Cacho llevó a los chicos de vuelta a la casa de sus padres después de haber compartido con ellos todo el día. Abrió con sus propias llaves, dejó que los niños fueran al dormitorio a jugar y se sentó en el living a esperar a su hija. Prendió la televisión para poder seguir las noticias. El atentado monopolizaba las señales de todos los canales de aire.

Estela volvió a su casa a eso de las nueve. Saludó a su padre y a sus hijos y se sentó junto a Cacho a mirar las noticias. Compartieron la información que cada uno había escuchado. Ninguno de los dos podía ocultar la tristeza.

Estela decidió llamar a Sergio para preguntarle a qué hora volvería a cenar. Atendió el contestador: ¿Venís a comer? ¿Viste lo del atentado? Llamame, estoy en casa.

A las diez empezó a preocuparse. Buscó en la agenda el teléfono de la secretaria de su marido. Llamó a Gladys a la casa y ella le dijo que Sergio no había ido a trabajar.

Que raro. ¿No sabés qué tenía que hacer? Se que iba a ir temprano a llevarle plata a la Cooperativa, pero después no sé, él nunca te dice mucho qué va a hacer. ¿A qué cooperativa? A la de Pablo. ¿Gladys me estás jodiendo? Eso queda en Once, si no me equivoco a una cuadra del lugar de la explosión, Sergio no apareció en todo el día y

vos no pudiste juntar una cosa con la otra… ¿Tenés el celular de ese Pablo? En la fábrica, si querés voy para allá a buscarlo. Esperá, decime el apellido, voy a ver si figura en la guía, si no lo consigo te vuelvo a llamar.

No fue difícil encontrarlo, con ese nombre figuraba uno solo. Conocía someramente a Pablo porque había tenido que ir a su oficina un par de veces a firmar papeles, garantías y esas cosas.

Disculpe señora, mi marido tenía que ir hoy temprano a ver a Pablo y no sé nada de él. ¿Puedo hablar con Pablo? El señor está en la calle, su hermana estaba yendo para la oficina pero no llegó, pudo haber estado pasando por ahí en el momento en que explotó la bomba.

¿Puede localizarlo o me podría dar el celular?

Pablo, soy Estela, la mujer de Sergio, mi marido iba a verte esta mañana y no sé nada de él. ¿Vos estuviste con él? No, no lo vi. En realidad, yo me fui enseguida porque mi hermana no llegó y estoy desesperado. Estoy recorriendo hospitales y comisarías buscándola, voy a preguntar por tu marido también, llamame de nuevo en una hora, por el momento hay muy poca información. Te diría que te vayas a Pasteur, la policía está armando una lista de personas desaparecidas.

Cacho se quedó cuidando a los chicos y Estela tomó un taxi que sólo pudo dejarla a cinco cuadras. Tuvo que discutir para pasar las

barreras de la policía, pero llegó a pocos metros de la mutual donde bomberos y rescatistas voluntarios trabajaban iluminados por equipos de emergencia tratando, de remover los escombros.

Nadie sabía decirle con quién hablar. Finalmente dio con un oficial de policía que estaba vestido de civil y anotaba en una hoja los nombres que familiares y amigos reportaban como desaparecidos, y algún dato para poder avisarles si se sabía algo. Todavía no había listados oficiales de víctimas y heridos. La gente recorría comisarías, juzgados, la morgue y los hospitales más cercanos a la zona, como el Clínicas, pero las opciones eran muchas; algunos heridos habían

sido derivados a hospitales públicos como el Fernández, el Rivadavia, el Argerich o el Pirovano, otros a clínicas y sanatorios privados. Estela volvió a llamar a Sergio varias veces, después, nuevamente, a Pablo.

No sé nada, pero estoy volviendo a Once, si querés te encuentro en quince minutos en la esquina de Pasteur y Corrientes. Tampoco tengo noticias de mi hermana, todo es un caos.

Pablo todavía estaba de traje, su aspecto contrastaba con la imagen de hijo de puta que ella había construido la vez que lo vio y sobre todo a partir de los relatos de Sergio. Era buen mozo, amable, aunque se lo veía totalmente devastado.

Mi hermana es la única pariente viva que

tengo, trabajaba conmigo, fui a todos lados menos a la morgue, no me animo, siempre le tuve pánico a las morgues. Ella pasaba todos los días a esa hora por Pasteur para venir a trabajar, yo también, pero tuve suerte y llegué un poco antes. Vayamos juntos, te acompaño y preguntamos por los dos, Sergio también pudo haber pasado por ahí a esa hora.

Caminaron las pocas cuadras que los separaban de la dependencia. Cuando llegaron se encontraron con una aglomeración de periodistas y familiares, les costó acercarse a la entrada. Un empleado les tomó los datos, les dijo que había pocos cuerpos y la mayoría estaban todavía sin identificar.

Por ahora no se puede pasar a

reconocerlos. Si nos dejan verlos quizás, podamos ayudar a identificarlos. Los comprendo, pero no lo decido yo. ¿Vos entendés que mi hermana y su marido tenían que pasar por ahí a la hora del atentado y ninguno de los dos apareció? Señor, yo lo entiendo. Entiéndame usted a mí, esto lo maneja el juez, él y sus colaboradores están sobrepasados por las circunstancias. Quiero hablar con el juez, el fiscal o con la puta madre que los parió a los dos. Cálmese, el atentado fue hace pocas horas y todavía todo es muy confuso.

Un hombre joven se acercó cuando escuchó los gritos.

Soy el secretario del juez. Acá todavía hay

pocos cuerpos, pero sabemos que hay muchas más víctimas. Si esperan, en una hora me van a dar una carpeta con fotos de los cadáveres, de los que están acá y también de los que están en las morgues de los hospitales. Cuando las tenga se las muestro, les doy mi palabra.

Fueron al bar de Córdoba y Junín y pidieron dos cafés.

Mal momento para charlar, pero me alegro de que estés conmigo, no me gustaría estar esperando solo. Sí, es tremendo lo que está pasando. Disculpame un momento, voy a llamar a mi papá que está cuidando a los chicos y debe estar muy preocupado.

No sé nada pa, estoy esperando, no, no vengas, quedate con los chicos.

¿Por qué viniste sola? No sé, a esa hora no se me ocurrió llamar a nadie, no quise molestar. Mi hermano odia a Sergio, mi papá se quedó a cuidar a mis hijos, me vine sin pensar demasiado. ¿Y vos? Estoy desde las diez de la mañana recorriendo la zona, los hospitales, tengo varios policías trabajando en la cooperativa que me dieron una mano, pero sin resultados. Mi hermana y yo no tenemos más familia. En tu casa me atendió una mujer. Es la empleada, se va a la tarde, pero le pedí que hoy se quedara a dormir por si llamaba alguien.

Volvieron caminando despacio, el tiempo no se pasaba más. El secretario tardó en atenderlos, estaba viendo las fotos con otras

personas. Afuera una familia se abrazaba y lloraba.

El funcionario no sabía cómo contener a la gente. Hacía pasar a las familias de a una para que tuviesen un mínimo de privacidad si reconocían a sus parientes o amigos en las imágenes.

Ellos entraron juntos, las fotos que estaban desparramadas en un escritorio no eran muchas. Pablo reconoció a su hermana de inmediato por la ropa: llevaba las botas rojas que él le había regalado una semana antes. Estela no reconoció a Sergio.

Señor, lo siento mucho. Una persona lo va a acompañar para que pueda ver el cadáver de su hermana, lamentablemente es

imprescindible que haga el reconocimiento personalmente. Tómese el tiempo que necesite, después va a tener que llenar unos papeles y tendrá que esperar las autopsias para que podamos entregarle el cuerpo. Lo siento, lo siento de verdad.

Luego se dirigió a Estela. Señora, es mejor que no lo encuentre en las fotos, eso le tiene que dar esperanza. Puede haber gente conmocionada deambulando por la ciudad; hay heridos en todos los hospitales. Omitió decir que también había restos humanos tan mutilados, que no sabían como juntarlos.

Tapándose el rostro con las manos, Pablo lloraba. Estela también.

Capítulo 10

Durmió mal, tuvo pesadillas terribles, se despertó varias veces durante el viaje pero la medicación lo volteaba nuevamente a los pocos minutos. De todos modos prefería las pesadillas. Los pensamientos reales lo aterraban aún más.

¿Escapar era una opción cobarde? Quizás, pero no todos pueden ser valientes.

Durante el trayecto desde Buenos Aires, consideró varias veces que se estaba equivocando. Pensó que cuando llegara a Clorinda, se tomaría un colectivo de vuelta. Podría alegar que se asustó con la bomba,

sufrió un ataque de pánico y estuvo deambulando por la ciudad hasta que pudo recuperarse.

Evitó mirar la foto de los chicos que había guardado en el bolsillo porque sabía que si lo hacía no podría pensar con frialdad. Estaba convencido de que tal vez podría no extrañar a Estela, ni la casa, mucho menos la fábrica. Sus padres estaban muertos y en los últimos dos años se había alejado de casi todos sus amigos, ese duelo ya lo había hecho. ¿Pero los chicos? ¿Y si volvía y lo mataban, o los mataban a ellos?

Sus dos hijos sentirían un gran agujero si desaparecía así de golpe de sus vidas. El mismo lo había vivido en carne propia cuando

su padre murió siendo él aun muy pequeño.

Quizás alcanzaría con irse un tiempo, el suficiente como para que las cosas se calmaran. Pero después cómo haría para volver y decirles a sus hijos: lo de la muerte de papá fue como una broma, no me había muerto nada.

Cuando llegó a Clorinda estaba amaneciendo. Salió rápido de la terminal que era un lugar infecto. Caminó varias cuadras por la avenida San Martín, había muy poco movimiento de coches a esa hora. Buscó un bar abierto y entró. Se acomodó en una mesa pegada a una ventana. En otras circunstancias le hubiese resultado un lugar pintoresco. Era una construcción antigua, de grandes

ventanales que de noche se podían cerrar con cortinas metálicas. El interior estaba muy poco iluminado. Las mesas tenían tapa de Fórmica y patas de madera y las sillas eran las típicas que podían verse en cualquier bar antiguo de la Capital. Al fondo había un mostrador con tapa de mármol blanco que sostenía una gran máquina de café expreso. Contra la pared se apoyaba una estantería de madera y fondo de espejo gastado, con bebidas alcohólicas entre las que se alineaban cubiertas por una fina capa de polvo botellas de: Caña Legui, Ginebra Bols, Añejo W, Old Smugler y un whisky Criadores al que le quedaba poco contenido.

Pidió un café con leche con medialunas, hacía casi veinticuatro horas que no probaba

bocado. El mozo era simpático y parecía aburrido. Como Sergio era su único cliente, trató de entablar una conversación. Le preguntó qué lo había llevado a Clorinda y Sergio le dijo que estaba de paso hacia Asunción, un viaje de negocios.

¿A qué se dedica Don? Represento jugadores de fútbol, en general de inferiores y del ascenso. ¿Ninguna figura? No, llevo chicos a probarse a algunos clubes de Buenos Aires, quizás el día de mañana...

Charlaron de fútbol un rato, hasta que el mozo entró en confianza y le pidió por su hijo.

Yo tengo cuatro pibes, pero el Beto es el único varón. Me salió crack, juega de 10. ¿No lo podría mirar? ¿Es bueno? Le digo que es

crack. Ahora no voy a poder porque tengo que llegar a una reunión a la noche en Asunción, pero a la vuelta si querés lo veo. ¿En serio Don? ¿Juega por acá? Si, en Juventud de Clorinda, entrenan martes y jueves a la noche y los domingos tienen partido. ¿Qué edad tiene el pibe? Trece. Hecho, a la vuelta lo veo, pero decile que no deje de estudiar. A primera llega uno de cien, de cien buenos te hablo.

Después de muchos rodeos y cuando ya habían alcanzado cierta familiaridad, Sergio le preguntó cómo se cruzaba a Paraguay. El mozo le explicó como llegar al Puente Internacional, podía pedirle un remís si quería.

¿Son muy exigentes con la documentación en la frontera? Depende. Tengo que llegar si o

si a Asunción esta tarde y me parece que me robaron los documentos, o quizás los perdí en el ómnibus. Acá el documento es opcional, hay varias formas de cruzar. Están la balsa o el Puente Internacional que son los que eligen los turistas. Ahí tenés que hacer migraciones. Pero los que son de acá y van a trabajar de un lado al otro, cruzan por el puente peatonal de Puerto Elsa y pasan a Nanawa que es una ciudad pequeña a pocos kilómetros de Asunción, ahí no hay ningún tipo de control. Pero yo no soy de acá. No importa, las paseras cruzan durante todo el día con sus bultos y a nadie le importa. También están los boteros. En esta zona el río es muy angosto y ellos cruzan en canoas a remo o en botes con

motor. Con esto de la bomba seguro que los milicos se pusieron más estrictos, si no quiere tener problemas cruce con los boteros. Por el tipo de cambio, de acá para allá van vacíos y le van a cobrar barato. ¿Y cómo me contacto con ellos? Hay varias opciones, lo mejor es ir a Puerto Pilcomayo que es cerquita, donde funciona la vieja balsa. Ahí trabaja mi primo que es botero, véngase a las dos de la tarde cuando cerramos y yo lo acompaño a verlo.

Era el único de traje en todo el pueblo, así que fue a una feria dónde vendían ropa de contrabando y se compró un jean de marca, seguramente falsificado, una camisa Polo celeste, zapatillas, un sweater y una campera azul marino.

Volvió al bar y se cambió en el baño. Guardó el traje y los zapatos en una de las bolsas, quizás pudieran servirle más adelante.

Eligió la misma mesa junto a la ventana que había usado a la mañana. Vio apoyado sobre el mostrador un ejemplar de La Mañana y fue a buscarlo. La noticia del atentado dominaba la portada. Lo leyó con detenimiento buscando si había alguna mención sobre su desaparición, pero no encontró nada.

Llamó al mozo y le pidió un sándwich de lomito completo y un agua con gas. Almorzó mientras miraba las noticias sobre el atentado en un viejo televisor que estaba apoyado sobre una mesa arrimada contra una pared.

Pobre gente, dijo el mozo. Sí, en un instante le cambió la vida a un montón de familias, respondió Sergio.

Tomó un café y esperó pacientemente a que se hiciera la hora de cerrar. El mozo le pidió que lo esperara en la esquina para no tener problemas con su patrón. Sergio saludó y salió a la calle. El mozo ayudó al dueño a bajar las cortinas metálicas, se despidieron y enseguida pasó a buscar a Sergio en su pequeña moto y lo invitó a subir a la parte de atrás. Anduvieron unos pocos kilómetros hasta Puerto Pilcomayo en las afueras del pueblo. Cuando llegaron le llamó la atención que las lanchas fueran y vinieran una atrás de la otra.

Cruzamos a la siesta porque los milicos duermen y no molestan, le explicó el primo.

El río era ancho y correntoso, pero el botero tenía una lancha grande de madera con motor fuera de borda.

Les dio una generosa propina a ambos y se despidió del mozo prometiendo volver a ver al pibe.

Mientras navegaban el primo le dio las instrucciones.

Cuando lleguemos al otro lado vamos a atracar en un muelle del que salen los botes de los pescadores, vos caminá hacia la izquierda, te vas derecho hasta la avenida y ahí nomás te tomás un remís hasta el centro de Asunción, o adonde quieras ir. Nadie te va a preguntar

nada, en Paraguay nadie pregunta nada y si tenés billete podés hacer lo que quieras.

Capítulo 11

Estela llegó a su casa pasadas las tres de la mañana preocupada y sin ninguna certeza, los chicos dormían y su padre la esperaba recostado. Dormitaba en un sillón del living con la televisión encendida en un canal de noticias.

No sé nada de Sergio, pero a esta altura creo que tiene que haberle pasado algo grave en el atentado. Iba a llevarles dinero a los de una cooperativa que queda a unos metros de donde explotó la bomba y no apareció, ni

llamó. Su celular está apagado. Fui a la morgue y no lo tienen, pero la información es escasa, confusa y recién están empezando a remover los escombros. ¿Hiciste la denuncia? Me tomaron los datos como tres veces, pero no fui a la comisaría o al juzgado a radicar una denuncia formal, mañana tengo que hacerlo. ¿Y los hospitales? Fui a algunos, pero otra persona que buscaba a su hermana preguntó también por él y aparentemente no lo tienen registrado en ninguno. Hay que recorrerlos todos nuevamente, volver a la morgue, hacer la denuncia y lo que más me preocupa, hay que hablar con los chicos. ¿Qué les vas a decir? La verdad. Que no sabemos nada pero que el padre pudo haber sido víctima de la

bomba, que hay gente herida en los hospitales, que algunos pueden estar conmocionados, perdidos, asustados. Nena, yo me encargo de las recorridas, vos ocupate de hablar con los chicos. Viejo, tengo una enorme sensación de soledad, como nunca en la vida, siento que a los únicos que tengo de verdad son vos, mamá y los chicos. Pará, pidámosle a Ale que nos ayude. Si Ale no lo puede ni ver a Sergio. Que no lo haga por él, que lo haga por vos, por los chicos, por mí. Tenés razón, también debería a pedirle a Hugo que nos de una mano, es el mejor amigo de Sergio, el único que le queda. Descansá un rato Estelita, tenés una cara fatal. Imposible dormirme. Bueno, sentate, tratá de relajarte un poco, te preparo un té. Mañana

levantamos a los chicos temprano, hablamos y yo me voy de recorrida. Papá, vos tenés que dormir, estás grande, no vas a poder. Me voy a casa, me baño, vuelvo con mamá a las siete para que nos ayude y lo llamo a Alejandro. Pero dormí al menos unas horas, ya bastante tengo con Sergio, no quiero que te pase nada a vos.

Estela se adormeció vestida recostada en el sillón, cuando se despertó fue a ducharse, se puso ropa cómoda y levantó a los chicos. Se sentó sobre la cama de Flor, la abrazó, y les habló con tranquilidad, tratando de contener sus propias lágrimas.

Ustedes saben que ayer hubo un atentado, papá no aparece, lo estamos buscando.

Probablemente esté bien, quizás herido o perdido, pero lo vamos a encontrar. Los abuelos se van a quedar a cuidarlos y el tío Ale y yo vamos a salir a buscarlo.

Los chicos se pusieron a llorar, trató de calmarlos, de explicarles una vez más que podría estar herido o perdido.

Al rato llegaron los abuelos y su hermano. Todo era tristeza. Ale se ofreció para acompañarla a todos lados. Entre todos decidieron que lo mejor sería que los chicos se quedaran con sus abuelos. Estela y Alejandro se encargarían de la búsqueda.

Primero hicieron la denuncia en la comisaría del barrio donde vivían y en la de la zona del atentado y por recomendación de los

policías también la repitieron en la fiscalía. Después volvieron a la morgue, recorrieron los hospitales más cercanos, el Clínicas, el Rivadavia, el Fernández y se convencieron de que era interminable. Hablaron con Hugo y él se ofreció a ir a los que estaban un poco más alejados. En la Guardia del Fernández les facilitaron una lista con los hospitales y clínicas donde habían sido trasladados los heridos.

Estela y Ale volvieron al lugar del atentado, hablaron con los socorristas y con gente de la Embajada, pero nadie sabía nada de Sergio.

Se sentaron en un bar, Estela buscó en la

agenda los teléfonos de todos sus pacientes y los fue llamando uno por uno para suspender los turnos por tiempo indeterminado. No le gustaba darles información sobre su vida privada, pero a esa altura iba a ser inevitable que su apellido empezara a aparecer en los medios y que los pacientes se enteraran.

Se los dijo de la mejor manera posible, dejando un espacio para la duda: la verdad era que no sabía qué había pasado con su marido. La mayoría lo entendió y le brindó palabras de apoyo, salvo Olga, que nunca podía mirar más allá de ella y le gritó: tenés que pensar un poco en los demás, no podés dejarme en banda, yo estoy angustiada por lo que pasó.

Horas más tarde la llamaron del juzgado: habían encontrado la billetera con los documentos de Sergio entre las ruinas, adentro estaba el ticket de un estacionamiento de la zona. Su hermano la acompañó hasta la playa. Encontraron la camioneta vacía.

Capítulo 12

Estela y su abogado llegaron al juzgado ansiosos. Los habían llamado por teléfono para hablar de Sergio. Preguntaron por la oficina del Juez y subieron por un ascensor antiguo. Era un lugar lúgubre, abarrotado de expedientes, familiares y amigos de las

víctimas de la explosión.

La puerta de vidrio estaba abierta, entraron y los atendió una empleada joven que tenía el aspecto de haber pasado allí toda la noche. Los anunció a través de un intercomunicador. El secretario del juez los hizo pasar en cuanto se desocupó. Tomaron asiento en dos sillas ubicadas de espaldas a la puerta. Estela apoyó la cartera en su falda, ya que sobre la mesa no había más lugar.

Señora, presumimos que su marido murió en el atentado. Es sólo una hipótesis, no tenemos un cuerpo que lo avale. Por lo que usted declaró, ese día él tenía que estar ahí. Entre los escombros encontramos su portafolios, documentos, su teléfono, ustedes

encontraron el auto, pero a él no pudimos identificarlo hasta el momento. Creemos que puede haber pasado justo al lado del coche bomba cuando explotó, que su portafolios voló, se desparramaron las cosas… Que él explotó, literalmente. Tenemos restos humanos que estamos tratando de identificar, suena brutal, pero es así. ¿Pero Doctor, podría ser que esté vivo? Señora, todo puede ser, en los hospitales no está, quizás tuvo un ataque de pánico y se escapó… pero la verdad, no creo, no la quiero ilusionar. Por ahora su estatus es de desaparecido.

Desaparecido, esa palabra tan funesta, tan dura y a su vez tan cotidiana para cualquier argentino.

Capítulo 13

El cruce del río fue un trámite. De todos modos, mientras navegaban Sergio se puso nervioso pensando que la Prefectura podía interceptarlos, pero el lanchero lo tranquilizó.

Mirá los otros botes, los milicos no paran a nadie. Se activan solamente cuando tienen el dato de algún contrabando de drogas.

Sergio caminó siguiendo la ruta hasta el puerto. Un arbolito le ofreció cambiarle su dinero por guaraníes. Desconocía a cuanto cotizaba la moneda paraguaya, pero cambió algo para poder moverse.

En la parada de remises negoció el precio

del viaje hasta el centro de Asunción. El chofer le consultó dónde quería que lo dejara. Sergio no tenía la menor idea pero le dijo cerca de la Catedral. Pensó que, como en cualquier ciudad, sería una ubicación céntrica desde la cual le resultaría más sencillo encontrar un lugar para hospedarse. Decidió buscar una pensión, algo informal. Tenía suficiente dinero para sobrevivir un tiempo pero estaba flojo de papeles, no podía mostrar un documento ni entregar una tarjeta de crédito como garantía en un hotel convencional. Caminando vio un cartel que decía “Se alquila pieza limpia para caballero”. Entró a consultar, la habitación era modesta pero efectivamente estaba limpia y era para él sólo, aunque el baño no era de uso

exclusivo. La dueña estaba encantada con la idea de tener un huésped como Sergio, que era argentino y evidenciaba un nivel cultural y económico que superaba sus expectativas, y no le exigió documentación. Pagó una semana por adelantado, solamente le pidieron algunos pocos datos y recién en ese momento tomó conciencia de que tenía que elegirse un nombre.

Lo primero que le vino a la cabeza fue Sergio, Sergio algo, le pareció que no se iba a acostumbrar a otro nombre de pila. Sergio Herrera. No lo pensó demasiado, Sergio Herrera le salió naturalmente. Le sonó familiar. Había tenido un compañero de la escuela secundaria que se llamaba así.

Mantuvo su fecha de nacimiento y sólo invirtió los últimos dos números de su documento de identidad, tomó esos recaudos nemotécnicos para no olvidarse.

Asunción era una ciudad barata lo cual era un alivio ya que no tendría urgencia para conseguir trabajo. Deambuló durante varios días, caminaba sin norte, cada tanto elegía un bar, pedía un café o una cerveza y se dedicaba a mirar a la gente. Era improbable que se encontrara con algún conocido, de hecho, no conocía a nadie que hubiese estado alguna vez en Asunción, por eso eligió quedarse en la capital y no en Ciudad del Este, donde los turistas argentinos que visitaban las Cataratas cruzaban a bagayear.

El mayor problema era disponer de todo el día para pensar, trataba de no hacerlo, pero era inevitable.

Ahora Estela tendría que lidiar con todo. Si seguía sus instrucciones debería desentenderse de la fábrica y las deudas, transferirle el tema al abogado y confiaba en que Pablo y el resto de los acreedores no irían contra una viuda del atentado con escasas posibilidades de pagar más de lo que les ofrecería Gustavo, es decir nada o casi nada.

Muchas veces pensó en volver, simplemente tomar el mismo camino que lo había llevado a Paraguay y regresar. Pero la verdad era que también empezaba a disfrutar el sentirse aliviado, hacía mucho que

necesitaba un poco de paz.

¿Era una resolución egoísta? Sin duda. Recordó los años de análisis y pensó que sería una gran cosa poder volver a hablar con alguien sobre lo que le pasaba, pero él no podía ir a ver a un analista y contarle su historia. Fantaseó con la idea de un psicoanalista paraguayo y le causó gracia pensar que el tipo hablara como Luciano, el pintor que desde hacía añares se ocupaba de sus casas, la oficina y todo lo que requiriese una capa de pintura. No me podría analizar en "paraguayo".

Probó comprarse un libro, pero no se podía concentrar. Los días se le hacían interminables.

Al principio estuvo atento a las novedades del atentado. El domingo ojeó un ejemplar de Clarín y su nombre figuraba en la nómina de víctimas fatales. A partir de ese momento decidió que lo mejor sería no volver a mirar las noticias de la Argentina.

Todas las mañanas se despertaba temprano, se duchaba y salía a recorrer la ciudad para conocerla y familiarizarse con sus calles. En Asunción siempre hacía calor así que aprovechaba las primeras horas del día para esas recorridas.

A media mañana entraba a algún bar y desayunaba. Las horas se le hacían interminables. Antes del mediodía entraba al

supermercado que estaba a la vuelta de la casa donde se alojaba y compraba algo para almorzar, mayormente frutas. Las frutas se daban muy bien en Paraguay: melones, sandías, cítricos, ananá y mangos eran sus preferidos. A la hora de la siesta la gente desaparecía de las calles y él también lo hacía para evitar el calor.

A la tarde no sabía qué hacer, en realidad no tenía nada para hacer. Miraba mucha televisión, se aburría. Por la noche iba a comer a algún bodegón, era su comida fuerte del día. Le gustaba ir al cine pero a Asunción solamente llegaban las películas más taquilleras de Hollywood, que eran las que menos le interesaban.

Llegó a la conclusión de que debía encontrar una ocupación para no volverse loco. Le llevó casi dos meses decidirse a buscar un trabajo. Se sentía sobre calificado para las cosas que veía posibles (mozo o vendedor de tienda) y no tenía la menor idea sobre muchos otros oficios, como albañil, pintor o electricista. No se le ocurría buscar empleos más formales, era un indocumentado. Tampoco podía presentarse en una consultora de recursos humanos: tendría que mentir demasiado sobre su pasado y no podría sostenerlo. De haber tenido una licencia para conducir le hubiese gustado ser taxista, pero ni siquiera conocía las calles de la ciudad.

Una mañana, caminando por la zona de las tiendas dedicadas fundamentalmente a los turistas, vio un cartel que pedía vendedor con experiencia y decidió intentarlo.

El dueño era un hombre obeso, sudoroso y desagradable que fumaba todo el tiempo y al que todos llamaban Gordo.

Porteño, este trabajo no es para vos, se paga muy poco. Yo necesito trabajar, si hay algo que sé en la vida es vender, hablo varios idiomas, sé lo que quieren los turistas que son como yo, muy mal no le puede salir si me da una chance.

Lo notó sincero y necesitado, sin duda estaba más preparado para la tarea que cualquiera de sus empleados, de todos modos,

algo no le cerraba. ¿Por qué quería ese trabajo? El Gordo decidió darle una oportunidad, quizás no durara mucho tiempo, apenas el necesario hasta que se encontrase algo mejor.

El local era una multitienda que ofrecía desde electrónica hasta perfumes, pasando por ropa y conservas. Se le cruzó por la cabeza que era como El Quijote de Punta del Este o los negocios del Chuy que tan bien conocía. Vendían de todo en un espacio amplio sin ningún diseño. Parecía que al local nunca se había acercado un arquitecto ni siquiera como cliente, eran puros escaparates de vidrio y espejos, rebosantes de productos importados.

El Gordo se convenció rápidamente de

que tenerlo en las filas de su local había sido una buena idea, efectivamente resultó mejor que los otros vendedores.

Los primeros días el Gordo le dio un breve curso de comercialización a la paraguaya. Le explicó que allí los productos tenían un precio exhibido, pero que todos los clientes iban a regatear. Cada rubro tenía distintos márgenes, convendría que los fuera aprendiendo, pero el precio mínimo de venta rondaba el cincuenta por ciento del exhibido. Sergio recibiría una comisión sobre el sobreprecio con respecto al mínimo.

Cuanto más caro vendés, más ganás. ¿Entendiste? Sí, es fácil.

El patrón no se metía con Sergio, pero

maltrataba a todos los demás empleados, incluida su mujer. No era porque fuese malo, sencillamente era la forma de demostrar quién era el jefe. Con Sergio tenía un trato distinto, más respetuoso. Quizás por ser argentino, pero más probablemente porque notaba que provenía de un estrato social elevado.

El Gordo pasaba los sesenta años y su esposa apenas superaba los treinta. Ella era extremadamente curvilínea. Una rubia teñida de cabello largo. Podría decirse que era atractiva aunque no linda, simpática, algo sufrida, usaba ropa llamativa, polleras más cortas que lo recomendable para sus piernas y una cantidad de perfume y pinturas que alcanzarían para dos o tres vedettes. El escote

dejaba ver buena parte de un enorme par de pechos y la ajustada minifalda aleopardada marcaba una tanga que parecía diminuta para semejante anatomía. Era inteligente y simpática, pero sin duda la sensualidad era su herramienta para manejar a su marido, hasta donde podía, claro, en una sociedad extremadamente machista.

De inmediato tuvo buena sintonía con Sergio porque era buen mozo y educado. El Gordo al principio miraba con recelo las sonrisas que Iluminada le dedicaba al nuevo empleado, pero como el porteño era serio y no se metía en líos, no le dio importancia. Tenían tres hijos, dos varones y una nena, todos rellenitos, risueños, un poco más chicos que

los de Sergio. Pasaban todos los días por el local a la salida del colegio y también establecieron un buen vínculo con el argentino.

Ilu se encargaba de la caja. Atendía sentada en una banqueta alta y con las minifaldas que usaba se le veía siempre la bombacha. El argentino trataba de no mirar, no quería provocar la ira del Gordo, pero a veces le resultaba inevitable. Ella lo notó de inmediato y lo provocaba separando las piernas que dejaban ver con claridad su ropa interior generalmente blanca y calada a través de la cual se transparentaba la oscuridad del pubis.

¿Qué mirás porteñito, buscás algo? le

preguntó una vez que su marido estaba lejos, atendiendo a un proveedor, mientras con la palma de la mano se acariciaba suavemente el interior de uno de sus muslos. Lo único que no busco son problemas. Sí, me imagino que si te viniste de Argentina a trabajar a esta hermosa tienda fue huyendo de algo. Escapo del marido de mi amante que es un tipo complicado y no me gustaría meterme en problemas con otro tipo más complicado aún. Mentiroso, algo grave habrás hecho y no querés contar. Pero podés confiar en esta paraguayita si querés hablar.

Ella se reía, jugaba un poco con él para salir del tedio. Sin duda la relación con su marido no le debía generar demasiadas

fantasías eróticas y tampoco el humor era el fuerte del patrón.

El negocio era próspero, vendían productos con marcas originales y también falsificadas, especialmente relojes. Parte de la mercadería era de origen dudoso, la caja registradora permitía borrar los tickets para no pagar los impuestos de por sí muy bajos y todos los empleados trabajaban en negro.

Los productos que se exhibían eran siempre de calidad, pero cuando se entregaban los paquetes cerrados que traían del depósito no siempre eran de primera selección, especialmente cuando los compradores eran extranjeros. Sabían que cuando los revisaran ya estarían en la Argentina o en otros lugares

alejados.

Con los meses Sergio se fue convirtiendo en la mano derecha del Gordo, lo ayudaba con la contabilidad, podía organizar a la gente y racionalizar los pedidos para no acumular demasiado stock. Los otros empleados no se celaban, Sergio había asumido un rol de jefe intermedio amable y justo, que pedía por favor y no insultaba.

Salvo los turistas, casi todos en el negocio hablaban en guaraní con una tonada que a Sergio desde el primer día en Paraguay le resultó encantadora. Él no entendía prácticamente nada de lo que decían, apenas algunas palabras que usaban en español dentro de las frases y un conjunto de

expresiones que había ido aprendiendo. De todos modos cuando les hablaba a los clientes o compañeros de trabajo en castellano todos le respondían bien. Hablar guaraní era una costumbre muy arraigada, les daba un sentido de pertenencia, pero no un acto de militancia.

Capítulo 14

Sin cuerpo no podemos pagarles, estamos hablando de un seguro de vida y para cobrarlo tiene que haber un muerto. Estoy seguro de que no es la primera vez que les pasa, mi clienta es una mujer viuda con dos hijos cuyo marido falleció en un atentado, el mayor ataque terrorista de la historia argentina. Usted dice que murió, yo no estoy acá para

discutírselo, pero nosotros para pagar necesitamos un certificado de defunción de una autoridad competente, que un juez diga que efectivamente el señor falleció. ¿Lo tiene? ¿No? Entonces entiéndanos, es un requisito razonable. ¿Razonable? Explotó una bomba y el hombre voló en mil pedazos, no hay cuerpo, hay pedacitos. Explíqueselo al juez, que le de un certificado y le pagamos de inmediato, si no demándenos y verá cómo nos dan la razón. Puede ser, por eso no vamos a limitarnos a pelear por lo que nos corresponde en los tribunales, esta va a ser sobre todo una batalla mediática ¿A usted le gustaría ver a mi clienta en la CNN explicándole al mundo que ustedes no tuvieron ningún empacho en cobrarle la

cuota, pero que a la hora de pagarle a una viuda que perdió a su marido en un ataque con bombas y no tiene como darle de comer a sus hijos, se ponen burocráticos? Nosotros podemos mostrar que pagamos miles de pólizas en el mundo todos los días sólo exigimos que para cobrar un seguro de vida haya un certificado de defunción, simple. Un caso, una sola foto de una mujer llorando les va a tirar por tierra millones de dólares invertidos en publicidad. Mantengamos esto en un entorno amigable, si nos permiten, nosotros los vamos a ayudar a obtener los papeles para que puedan cobrar, nuestra intención no es no pagarles. La Justicia tarde o temprano se los va a dar, hay una presunción

de fallecimiento, pero el que tiene que decir que murió es un juez. Tarde o temprano a mi clienta no le da lo mismo, ustedes lo que no quieren es cubrir el siniestro como se comprometieron cuando extendieron la póliza. Se equivoca, somos una de las empresas de seguros más grandes del mundo, no trabajamos así y hágame un favor, dígale a su clienta que no deje de pagar la cuota del seguro, si aparece el certificado y está en mora no va a poder cobrar y si la mora es prolongada se va a caer la póliza. ¿Me está tomando el pelo? ¿Quiere que pague la cuota como si estuviese vivo en lugar de que ustedes le paguen a ella el siniestro? Se lo digo por su bien, he visto casos similares que se

complicaron mucho. El representante legal de la empresa sonrió con una mueca falsa y le extendió la mano para despedirse. Gustavo se dio media vuelta y se fue sin saludarlo.

Cuando el abogado salió, el representante de la compañía de seguros pidió que lo comunicaran con Verificaciones y Fraudes.

Necesito que investiguen un caso de muerte presunta en el atentado. El cuerpo no apareció. Verifiquen todo: celular, cuentas de banco y de mail, tarjetas de crédito, hagan una vigilancia discreta sobre casas de familiares y amigos, migraciones, lo de siempre en casos de muertes dudosas. Fíjense también si tenía causas judiciales, deudas, amantes o cualquier

buen motivo para desaparecer y cobrar un seguro de vida. Sean muy discretos, es un caso delicado; les paso la información del cliente por mail.

Estela, la reunión con los de la compañía de seguros fue previsible, para pagar quieren un certificado de defunción, como le pedí al Juez la semana pasada. Pero todos quieren un cuerpo para cubrirse y eso es justamente lo único que no podemos ofrecerles. Pero Gustavo, ¿ellos creen que Sergio puede estar vivo? Nadie cree que esté vivo. El juez tiene que seguir un procedimiento para declarar muerto a un desaparecido, y los del seguro lo que no quieren es pagar sin verificar que el

muerto esté muerto y no haya fraude. Gus yo de todo corazón quisiera que estuviera vivo, sobre todo por los chicos que me preguntan por él todos los días y lo extrañan visceralmente. Todos quisiéramos que Sergio estuviese vivo, Estela, a mi me gustaría que un día me tocase el timbre y me dijera Gustavo acá estoy, vivo, y me contara cualquier historia, pero eso no va a suceder. Tenemos que aprender a vivir con su mejor recuerdo. ¿Estás seguro? Yo a veces dudo. ¿No tendría que haber aparecido al menos un pedazo identificable? La cabeza para comparar los dientes con la ficha del dentista, una mano donde tomar una huella digital, algo… Yo también me lo pregunto, pero si está vivo,

adónde está, por qué no aparece, por qué no se comunica con alguien y nos dice alguna cosa, nos pide ayuda, plata o lo que sea. Creo que es una ilusión, una linda ilusión, pero sólo eso. Vos sabés que estaba amenazado, que tenía miedo por él y por nosotros. ¿Y si aprovechó el atentado para esconderse, para terminar con los reclamos y dejarnos el seguro? Desaparecer requiere una planificación, recursos, qué sé yo… Nadie podía saber que iba a haber un atentado, esto no se improvisa así nomás. Lo buscó la policía y estoy convencido que los del seguro van a contratar investigadores privados. Hasta el momento nadie tuvo ningún indicio de que esté vivo. Pero si está con vida, lo van a

encontrar. Si, puede ser, pero igual me gusta pensar que puede estar bien, yo le perdonaría que nos haya mentido si un día tocara el timbre, como vos decís. Se lo perdonaría solamente por ver la sonrisa de los chicos.

Capítulo 15

Los días anteriores a la Navidad fueron una locura, el local estuvo atestado de clientes que hicieron compras importantes. El Gordo estaba exultante.

¿Sergio, qué haces para Nochebuena? – le preguntó el patrón. Nada, me quedo en casa, no conozco mucha gente en Asunción. Vení a festejar con nosotros. No, le agradezco, pero es

una fiesta muy familiar, no se moleste. Te esperamos, te lo ganaste trabajando, tenías razón, era una buena idea contratarte.

Sergio no era un judío religioso, ni siquiera comulgaba demasiado con las causas comunitarias, pero la verdad es que nunca había ido a una cena de Nochebuena y menos en la casa de una familia cristiana. Es más, desde que estaba viviendo en Asunción nunca había ido a la casa de nadie.

La residencia del Gordo era el hogar de una familia acomodada. No eran millonarios, pero vivían con gran comodidad. La decoración era francamente kitsch, muebles laqueados, sillones tapizados en pana, mucho vidrio, adornos por doquier del tipo de

elefantes hindúes de porcelana esmaltada, que elegía personalmente la dueña de casa, cuadros que eran imitaciones de otros famosos, algunas imágenes religiosas y muchas luces dicroicas que a pesar del aire acondicionado levantaban la temperatura.

El menú contrastaba notoriamente con los casi cuarenta grados que debía hacer esa noche en Asunción: vitel toné, ensalada rusa, lechón adobado hecho en el horno de una panadería vecina, pavo asado relleno con pasas y nueces, fideos de yema de huevo y fiambres varios, incluido matambre casero, todo regado con imponentes cantidades de cerveza, vino blanco y champán. Todos los invitados habían llevado alguna cosa para

comer y juntos armaron una verdadera bacanal.

Tomaban y comían, y luego bailaban, en tandas sucesivas entre la picada, las entradas y un primer intento de acometer los platos principales. Se gastaban bromas y los chicos jugaban mientras esperaban ansiosos la llegada de Papá Noel.

A poco de empezar la velada, muchos de los invitados no hubiesen podido superar un test de alcoholemia poco riguroso.

Fue el primer día desde que abandonó Buenos Aires en que Sergio rio a gusto.

La música era imposible para un porteño de Belgrano, una especie de enganchadito de temas en guaraní, polcas, cumbias, chamamés

y Recuerdos de Ypacarai sonando como un himno, todo a un volumen exagerado aún para una fiesta. Algunas canciones las conocía, como un hit de la correntina Ramona Galarza cuyo nombre no recordaba, o diversas cumbias famosas. Más allá de los gustos musicales, todos bailaban y se divertían.

A las doce de la noche el Gordo apareció vestido de Papá Noel en medio de villancicos. El papel parecía haber sido diseñado para él.

Repartieron regalos para todos los invitados, incluido Sergio, a quien Ilu le entregó una guayabera y un mate de boca ancha y bombilla de alpaca, y le dijo: tomá, así te hacés bien paraguayo *curepa* . Él buscó su propia bolsa: tenía dos camisetas de Boca

Juniors para los hijos varones de los dueños de casa y una Barbie médica para la hija. Tomen, háganse de un equipo en serio, no como Olimpia que no lo conoce nadie, les dijo. A la nena la alzó en brazos, le dio un beso y le susurró al oído: así te imagino cuando seas grande, médica, como a vos te gusta.

Sergio ocupó un lugar destacado en la celebración, era el único invitado que no había pasado una Nochebuena en esa casa anteriormente. Además, era argentino y se notaba a simple vista que era un hombre sofisticado, eso lo volvía diferente e interesante a la vez.

Le pidieron que se probara la guayabera y él lo hizo gustoso. Posó con su nueva camisa,

tomando del mate que le obsequiaron. Todos lo cargaban y él se dejó cargar. Dijo unas palabras imitando el acento paraguayo y lo remató con un agradecimiento en guaraní que sorprendió a todos: *Che Aguijevete ndéve.*

Cuando Sergio se preparaba para comer el postre, invitaron a pasar al quincho de la casa donde estaba listo un asado completísimo: achuras, carne de vaca, cordero y hasta un Dorado a las brasas, acompañados de diversas ensaladas, mandioca hervida y sopa paraguaya cortada en cubos.

¿Más comida? Acá seguimos hasta mañana a la noche, los borrachos van y duermen una siesta tirados por ahí y después vuelven.

La hermana del Gordo le presentó a su hija, Marilú, una morocha joven y curvilínea, bastante bonita, que se había tomado hasta la comunión. Pero no era la única candidata que tenían para Sergio; una prima de Ilu que ya pasaba los treinta y estaba separada se presentó sola y le dijo de forma sugestiva: siempre me gustaron los argentinos, son tan educados y elegantes. El alcohol ya había hecho estragos en la mayoría de los invitados. El Gordo que miraba la situación divertido, llamó a Sergio a un rincón: “Cojete a cualquiera de las dos, está incluido en el paquete navideño, el 26 nadie se acuerda de nada”. Sergio sonrió, no le hubiese venido nada mal, desde que había llegado a Asunción

no había estado con ninguna mujer, pero consideró que era mejor mantenerse al margen de la familia de su empleador.

A las tres de la mañana Sergio anunció que se marchaba, solo. Los anfitriones no lo podían creer e insistieron para que se quedara, aunque sólo fuera un rato más.

Porteñito acá a esta hora no se va nadie - le explicó Ilu, que también estaba un poco entonada por el alcohol. Gracias, pero comí demasiado, tomé demasiado y necesito una cama urgente. Fueron muy amables en recibirme, de verdad, la pasé muy bien. Bueno, si querés mañana volvé a almorzar o cenar que acá vamos a seguir festejando - le propuso el Gordo cuando lo acompañó hasta

la puerta.

¿Cómo te vas a volver? ¿Querés que te preste el auto? No gracias, vuelvo caminando, un poco de aire y ejercicio me van a venir bien para digerir la comida y el alcohol.

El 25 durmió y los días siguientes fue de los pocos empleados que no faltaron a trabajar a pesar de que el Gordo, que conocía el paño, había establecido un premio especial por presentismo en los días previos y posteriores a las fiestas. Algunos habían viajado a sus pueblos a festejar con sus familias, otros quedaron arruinados por los estragos de las celebraciones y Sergio se hizo cargo de atender los innumerables cambios que

solicitaban los clientes. Cambios de talle, de color, de modelo e incluso cambios totales. Una experiencia agotadora que le recordó los días cuando era joven y trabajaba en el Once en la juguetería de su tío Jorge. Antes y después del Día del Niño, Navidad y Reyes, todo era una locura.

El 31 cerraron al mediodía, rechazó una nueva invitación del Gordo, compró algo de fiambres y quesos, una botella de vino blanco y un pan dulce, y se fue al pequeño departamento que le había alquilado a su jefe.

Fin de Año siempre había sido especial para él. Cuando era chico su tío León organizaba fiestas abiertas en las que se bailaba hasta muy tarde mientras su primo

Luís, que era más grande, oficiaba de disc jockey. Desde que se casó él trató de mantener vivas las celebraciones hasta que empezaron los problemas con la fábrica y se fueron volviendo más íntimas, pero siempre le gustó que la última noche del año fuera bien alegre. Compraba un buen champán para brindar, cocinaba algo rico, invitaba a la familia de su mujer o algunos amigos a la casa del country y después de las doce tiraba unas cañitas voladoras por pedido expreso de los chicos. No se las dejaba tocar a ellos, pero les daba ese gusto que le otorgaba al 31 un carácter definitivamente inolvidable.

Le pareció tremendamente deprimente tener que pasar esa noche sin sus hijos, le

hubiese gustado al menos saber qué iban a hacer. Seguramente sería un año nuevo triste, el primero sin él. Pensó en llamar por teléfono, simplemente para escuchar las voces de los chicos si por casualidad atendían ellos, pero sabía que no debía hacerlo. Desde que huyó nunca había sabido nada de su familia, no tenía ninguna forma de saber. No había ningún punto de contacto. Nada.

Capítulo 16

Estela soy Pablo, quería saber cómo estás. Yyyy, es duro, los últimos meses fueron

tremendos, de a poco todos estamos tratando de volver a nuestras rutinas, el consultorio, la escuela. Los chicos sienten la ausencia y la falta de justicia, son chicos, pero te dicen claramente que quieren que paguen los asesinos de su papá. Nosotros ni siquiera tenemos un cuerpo o una tumba adonde ir a llorar o llevar unas flores. Además, los chicos tienen miedo. Los aterra la idea de que yo también me muera y se queden solos. ¿Y vos cómo estás? Para mi lo más duro es la sensación de desamparo, de no tener más ningún pariente vivo. No tengo padres, hermanos, ni hijos, mi hermana era toda mi familia. Es raro y triste. ¿Te llamó mi abogado? – preguntó Estela - él se va a ocupar

de todos los asuntos de la fábrica. Sí, ya hablamos, pero yo no te llamo por eso ni mucho menos. Nos estamos empezando a juntar los miércoles a la noche con familiares de las víctimas, hay varios grupos, pero este es serio y buscamos justamente que haya justicia, la gente es piola. Me gustaría que fueses. No sé, estoy tan ocupada, trabajo todo el día y a la noche trato de estar con los chicos. Ya me había contactado otra persona, siento que debería ir, que se lo debo a los chicos, sobre todo, pero a su vez si voy los dejo solos. Pensalo, si querés ir avisame, por ahí te ayuda y a mi me gustaría que fueras.

Capítulo 17

Estela necesitaba a Norberto, lo necesitaba más que nunca, lo quería al lado suyo. Quería que estuviera presente, que la aconsejara en las muchas decisiones que debía tomar o que simplemente la acompañara a hacer los millones de trámites que tenía pendientes. Quería que él la abrazara cada vez que quisiera llorar.

Al principio Norberto trató de estar con ella todo lo posible, pero sus horarios eran acotados. Si Estela quería llorar con él, tenía que hacerlo de lunes a viernes en horario diurno, siempre que él no tuviera una reunión de trabajo importante.

Ella entendía, aunque le daba bronca. Se sentía sola. Trataba de no hacerle planteos ni reclamos, pero su malestar era inocultable. Para Norberto la situación se fue volviendo incómoda, pesada, él mismo sentía culpa y vergüenza, pero tampoco sabía qué otra cosa podía hacer. Dejar a su mujer no estaba en sus planes.

Estela empezó a ser una carga. Hubo algunas peleas menores, pero la situación explotó cuando la llamó una tarde y le preguntó si quería que retomaran los encuentros de los jueves.

Norberto, te desconozco. Yo puedo entender que vos no puedas venir a mi casa a la noche cuando lloro, que tengas tus

obligaciones laborales, las familiares, pero si vos me estás planteando que mañana querés ir a coger, empiezo a pensar que sos un hijo de puta y que yo no te importo nada. Vos tenés tu vida que sigue siendo más o menos igual a como fue siempre, pero la mía cambió. Se nos desequilibró la carga. Yo estoy pensando en mis hijos que se quedaron huérfanos, en que tengo que cambiarlos de colegio porque no puedo seguir pagando la cuota, en cómo arreglarme con las cuentas que a pesar de que Sergio no está, siguen llegando… No tengo ánimo para ir a coger. Estoy asustada, estoy triste, estoy angustiada. Pero sabés qué, también estoy harta, va a ser mejor para los dos que tomemos distancia. No quiero que nos

veamos, ni que me llames.

Estela se quedó pensando si Norberto había querido forzar el conflicto para poder romper el vínculo de una vez por todas y evitar una situación que ya no soportaba o si era un pelotudo. Demasiado maquiavélico. Era más factible que como muchos hombres hubiese pensado más en sexo que en sentimientos.

Ya tenía dos muertos, demasiados para tan poco tiempo.

Capítulo 18

Las reuniones eran densas, macabras,

cada uno de los que estaba allí había perdido a seres queridos muy cercanos, hijos, padres, cónyuges, hermanos, amigos. Eran unas treinta personas y detrás de cada una de ellas había una historia trágica. Seres humanos, personas comunes y corrientes que salieron ese día a trabajar, a estudiar o pasear y que no volvieron más. Se fueron sin despedirse, sin tener la oportunidad ni siquiera de decir adiós, te quiero.

Los unía la necesidad de justicia. Todos sabían que ninguna condena borraría el dolor, aunque quizás al menos lo haría más soportable.

Cuando Estela se integró a las reuniones la mayoría ya se conocía, venían

encontrándose hacía unos meses, la recibieron bien y le pidieron que contara su historia. Hizo un breve resumen, le interesaba más escuchar que hablar.

Lo que diferenciaba su historia de las demás era la ausencia de un cuerpo. La falta de certezas. La imposibilidad de hacer el duelo dado que siempre quedaba un resto de esperanza.

Cada integrante del grupo se ocupaba de alguna tarea. Unos mantenían el contacto con el juzgado, otros con el gobierno, había quienes se ocupaban de hablar con la prensa y actuaban como voceros. También estaban en contacto con otros grupos de familiares y con diversas instituciones de la comunidad y extra

comunitarias.

A pesar de reunirse en una institución judía, no todos eran judíos, como las víctimas, por supuesto.

La experiencia del atentado a la Embajada de Israel era desalentadora. No se sabía nada sobre los responsables del ataque. Había triunfado la impunidad. Los únicos que descansaban en paz eran los culpables.

En esos días empezaba a escucharse sobre un reducidor de autos que aparentemente había vendido la camioneta Trafic que se había utilizado en el atentado. Era una pista que abría la esperanza de que esta vez sí se llegaría a algún lugar, pero nadie se animaba a entusiasmarse demasiado.

Algunos llevaban mate y galletitas, ya que no había posibilidades de hacer café. El mate, como sucede tantas veces, fortalecía la integración. Formaba parte de esa cosa tan argentina de tomar de la misma bombilla con un extraño, pasándolo de mano en mano.

Entre los asistentes había distintas situaciones y preocupaciones, desde familias que habían perdido al que aportaba los ingresos para el sustento familiar y no tenían de qué vivir, a no ser de la solidaridad de su entorno, hasta los que tenían parientes que habían quedado con lesiones severas y necesitaban tratamientos complejos y costosos.

Cierta red de asistencia financiera se puso en marcha para paliar la emergencia, distintos

particulares e instituciones hicieron discretos aportes a los más necesitados.

Conmovido por la muerte de su hermana y sensibilizado por las historias que escuchaba en las reuniones, Pablo decidió asumir personalmente la ayuda económica a una familia cuya situación lo impactó profundamente. También contrató a una viuda, madre de varios hijos, como empleada administrativa de la cooperativa.

Una de las mujeres que actuaba a modo de coordinadora se dirigió a Estela y le explicó que participar de las reuniones al principio generaba angustia, pero al mismo tiempo se pasaba a formar parte de una red solidaria.

Los integrantes intercambiaban teléfonos, se llamaban para saber cómo estaban o para compartir información en la semana. Algo parecido a los grupos de autoayuda de alcohólicos anónimos o de los que se juntan para adelgazar.

Pablo transmitía cierto liderazgo, se mostraba muy activo, se notaba que tenía conocidos, contactos y que disponía de tiempo, dinero y voluntad para ocuparse. Estela en cambio estaba incómoda, sentía que le debía a Sergio y a sus hijos el asistir, pero se alivió enormemente cuando la reunión terminó.

Al salir Pablo le preguntó si quería ir a

comer algo, pero ella le dijo que no, que debía levantarse temprano al día siguiente. No era rigurosamente cierto. Los chicos se habían quedado a dormir en lo de los abuelos y ella lo único que tenía que hacer al otro día temprano era ir al gimnasio.

¿Tenés auto? Vine en taxi. Te llevo. No sé. Dale. Bueno, gracias. ¿De verdad no querés comer nada? Es difícil decirte esto, pero me siento un poco incómoda, sos muy agradable, pero antes de la bomba Sergio estaba muy asustado, pensaba que ibas a matarlo y no sé si está bien que nos veamos. Sergio y Ana están muertos y hoy la vida es muy distinta para nosotros dos – dijo Pablo. Yo nunca maté a nadie y tampoco hubiese matado a Sergio.

Me debía mucha plata y no podía decirle está bien, no me pagues, suerte. Él nunca me dio detalles de cuánto te debía, ni qué le dijiste, pero me habló muy seriamente, estaba preocupado. Te quiero decir que yo no voy a poder pagarte. Ya lo sé, básicamente lo pasé a pérdida. Como te dije ya hablé con tu abogado, vamos a arreglar algunos papeles, algo quizás voy a cobrar y tal vez pueda usar algunas ventajas impositivas de la fábrica para recuperar algo más. Comamos una pizza, no es mucho pedir, me debés como seiscientos mil dólares. ¿Y por qué a mi no me reclamás con los matones? Tal vez algo me podrías sacar. Porque sé que más que lo que me ofreció tu abogado no me podés dar. Porque no tengo

mucha documentación que me avale. Porque a tu marido le costó la vida tratar de llevarme un pago. Porque sos una madre viuda, porque plata es lo único que me quedó en la vida y porque vos me caíste bien. Son raros en tu casa, cuando les pido que me paguen no me pagan y cuando no les quiero cobrar, preguntan por qué.

Subieron a un BMW negro, impecable, tenía ese olorcito a nuevo tan lindo o quizás era al cuero de los tapizados. Sin preguntarle demasiado, Pablo tomó la avenida hacia el centro, buscó una playa de estacionamiento, después caminaron unos metros y entraron a Los Inmortales de Corrientes.

A mí me gusta mucho venir acá, disculpá

que no te pregunté adónde querías ir, soy un bruto, la próxima elegís vos, pero estaba antojado de pizza, fainá caliente y cerveza helada. Te dejo elegir la pizza. A mi también me gusta comer acá, pedí de muzzarela y albahaca. Perfecto, temí por un instante que fueses de esas personas que piden de anchoas, calabresa o palmitos con salsa golf. Con fainá va la de muzzarela. Yo sabía que teníamos cosas en común. ¿Qué hacés? ¿Cómo qué hago? ¿A qué te dedicás? Ahh, soy psicóloga, tengo un consultorio, soy mamá, voy al gimnasio y nada más. ¿Y vos qué hacés? Digo, además de prestar plata. También voy al gimnasio, juego al fútbol y antes de la muerte de mi hermana salía con chicas, con todas las

que podía, pero ahora me deprimí y no salgo más. Me aburro, leo y miro muchas películas, a veces voy al cine solo pero me da vergüenza y por eso me compro muchos videos y los miro en casa. Tengo como una colección. ¿Te sorprende? ¿Libros y películas suena a más culto de lo que imaginabas de un prestamista? Un poco. No te ilusiones, pueden ser novelas de Agatha Christie y películas pornográficas. También tengo un barquito, me gusta el Tigre, pero desde el atentado no volví a salir más. ¿Y amigos no tenés? Tenía, pero si sos soltero a los treinta y ocho años, todos se van casando, adquieren nuevas obligaciones, tienen hijos, las mujeres no los dejan salir con el amigo soltero porque temen que los lleve por el mal

camino, y te empezás a quedar solo. Después algunos vuelven cuando se separan. ¿Y por qué seguís soltero a los treinta y ocho años? ¿Me vas a cobrar la sesión? Descontátelo de lo que te debo. Técnicamente no soy soltero, soy divorciado. Me casé hace unos diez años con una modelo muy linda y desconocida, se volvió bastante famosa y se empezó a acostar con medio mundo. Cuando en un partido de fútbol salté a cabecear una pelota y la pinché con los cuernos preferí separarme, creo que me costó más cara que tu familia y ya no me volví a enamorar.

Capítulo 19

Empezaron a verse todos los miércoles,

después de las reuniones del grupo de familiares iban a cenar. Probaron distintos restaurantes, los dos preferían lugares informales, cantinas, bodegones, a lo sumo algún restaurante moderno de Palermo o un sushi. Cuando terminaban de comer Pablo la llevaba a la casa.

Cuando lo pensaba, a Estela le costaba imaginarse que fuera un hijo de puta.

¿Qué hacés el sábado? ¿Querés ir al cine? Ya te dije que me da vergüenza ir solo. No sé, no tengo donde dejar a los chicos. Mandalos a lo de tu mamá, no hay nada que les guste más a los abuelos que invitar a dormir a los nietos a su casa y si hay algo que los nietos adoran es ir a dormir a lo de los abuelos. ¿Cómo sabés si

no tenés hijos? Me acuerdo de cuando era chico. ¿Te mandaban a dormir a lo de tus abuelos? No muy seguido, me daba miedo dormir en el cementerio. Cuando yo nací los padres de mi mamá ya se habían muerto. Mi abuelo paterno era un tipo muy depresivo y no le gustaban los chicos, así que lo veía poco, y mi abuela paterna se murió cuando yo tenía seis años. ¿Entonces? Por ahí lo leí en un libro o en la Para Ti en la peluquería. Mirá, el sábado los ves todo el día, a la noche los dejás en lo de tu mamá, después vamos al cine y a cenar, y el domingo te invito al Tigre a navegar un rato. Te armé el programa completo del fin de semana, necesitás pasear un poco, distraerte. Y yo lo necesito más que

vos, que por lo menos tenés a los chicos. ¿Te puedo preguntar que me viste? Sos un tipo joven, buen mozo, tenés plata, no tenés hijos y me invitás a salir a mí que tengo casi tu misma edad, dos hijos y ni siquiera un padre separado a quien encajárselos si quiero salir un sábado. Más allá de que sos muy linda, sos una persona atractiva, inteligente, sabés escuchar, sos dulce, te reís. Hace años que sólo salgo con descerebradas, interesadas, drogadictas, superficiales y una vez que encuentro una mujer que me gusta de verdad, no me la quiero perder o al menos lo quiero intentar.

Cuando se despidieron en la puerta de la casa de Estela, la besó. Fue un beso largo e

intenso. Seguramente a los dos les hubiese gustado más. De todos modos, Pablo no le pidió subir, aún sabiendo que los chicos no estaban en casa.

Una cosa sería acostarse con la mujer de Sergio y otra hacerlo en su propia cama.

Capítulo 20

Un mediodía cuando Sergio ya llevaba más de un año trabajando en el negocio, el Gordo volvió de almorzar con su mujer en el restaurante de enfrente del local. Habían tomado cerveza y comido mbaipy a pesar de que hacía un calor infernal. El Gordo estaba

muy transpirado, jadeaba y se lo veía pálido como un papel.

Ilu le pidió que se sentara en una silla que trajo de la oficina en la que llevaban la administración. El local estaba fresco gracias al poderoso aire acondicionado, pero de todos modos Ilu le dio aire con un abanico chino de los que ellos vendían.

Generalmente cerraban el negocio a la hora de la siesta, pero ese día habían recibido mucha mercadería y les pidió a todos que se quedaran a ordenarla.

Comiste demasiado papito le dijo Ilu, tendrías que ir a dormir la siesta. Es que me están bajando mucha mercadería del camión y si no estoy me van a robar. Dejalo al argentino

que no te va a robar y vamos a casa, te recostás un ratito y te vas a sentir mejor.

Cuando se puso de pie para salir lucía muy mal, de repente cayó al piso con todo su peso y golpeó la cabeza contra el suelo.

Sergio fue el primero en reaccionar. Llamen urgente a un médico - ordenó con voz firme. La ambulancia llegó después de casi media hora, y a pesar de los esfuerzos de Sergio por reanimarlo con masajes cardíacos, el Gordo ya hacía rato que había muerto de un infarto masivo.

Los funerales del Gordo comenzaron esa misma noche. Ilu asistida por la familia de su

marido acondicionó el quincho de su casa para que se pudiera llevar a cabo el velatorio. El entierro sería al día siguiente y luego celebrarían la Novena. Pahá

Sergio estaba muy afectado, se sentía muy agradecido por la forma en que lo habían recibido cuando llegó a Asunción. El Gordo le había dado una oportunidad de trabajo que, no sólo le permitía ganarse la vida, sino también tener algo en que ocuparse y evitar la depresión. El Gordo además le había alquilado el departamento donde vivía e incluso le había abierto las puertas de su casa para celebrar las fiestas con su familia.

Cuando pensaba en los hijos del Gordo, que se habían quedado sin padre tan chicos, le

resultaba inevitable equiparar la situación con la de sus propios hijos e incluso con la suya.

Ilu, si te puedo ayudar en algo… ¿Sabés que es la Novena argentino? No, discúlpame, no tengo ni la menor idea. La familia del Gordo es de Capiatá, un pueblo del interior. Tuvieron un origen humilde, progresaron económicamente, pero mantienen muchas creencias y tradiciones de allá. Entre ellas que el alma del difunto entra a la tierra de los muertos el noveno día después de su muerte. Para ayudarlo a llegar, los familiares y amigos debemos reunirnos durante esos nueve días a rezar el Rosario. Van a traer a un paisano de su pueblo que va a oficiar en las ceremonias. Va a ser agotador.

Ilu le dio detalles de como serían las exequias. Sergio escuchó todo atentamente: estaba medianamente familiarizado con la religión católica, pero ignoraba los ritos funerarios de los paraguayos del interior.

Porteño, durante estos nueve días tendré que recibir a la familia y los amigos de mi marido, cocinar para todos, y al mismo tiempo atender a los niños que perdieron a su papá y son muy pequeños. Va a ser un esfuerzo muy grande, te pido que me ayudes. Hacete cargo del negocio, con eso me resolvés un tema muy importante. Contá conmigo. Decidiste bien, yo soy mejor para vender, que para rezar. Ilu sonrió. Gracias, cuando todo esto pase tendremos que hablar. Tranquila, ahora

atendé a tu familia.

Desde que lo conoció, confió en Sergio. Ahora también entendió que sin su marido, iba a necesitar a alguien en quien apoyarse. Alguien que estuviese en condiciones de administrar el local y de mandar. Ilu sabía que en Paraguay es muy importante que el que mande sea un hombre.

Acordaron cerrar la tienda por duelo durante las 48 horas posteriores al fallecimiento. Todos habían quedado muy conmocionados. Los empleados tenían una relación cercana con su patrón. Muchos de ellos trabajaban allí desde hacía años.

Más allá del impacto que el grupo había sufrido por haber presenciado la escena de la

muerte, cerrar el local por duelo resultaba ineludible.

En la cochería, siguiendo un pedido expreso de la familia, bañaron al muerto, lo vistieron con su mejor traje y lo maquillaron para disimular el golpe que se había dado en la cabeza. Luego llevaron el cajón a la casa y lo colocaron abierto en el quincho que estaba separado de la vivienda. Eso aislaría un poco a los niños del velatorio y facilitaría el descanso de Ilu y las tías del Gordo que vendrían de Capiatá y eran muy mayores.

La hermana menor del Gordo colocó un vaso con agua debajo del ataúd "por si el muertito tiene sed", según dijo. Prendió velas

perfumadas con olor a vainilla, colocó flores blancas en todos los rincones y encendió el aire acondicionado. Lo puso en su máxima potencia para evitar la descomposición prematura del cuerpo y el sofocamiento de los asistentes. El calor en Asunción era insoportable.

Ilu eligió ponerse un vestido negro discreto que tenía para los velorios y que utilizaba también en algunas fiestas elegantes. Los hijos estaban vestidos con gran formalidad, como para un casamiento. Por momentos lloraban en brazos de algún pariente y cada tanto se distraían y se iban a jugar con la empleada doméstica o con los numerosos niños que todos llevaban al velorio

para que los hijos del Gordo tuvieran con quien entretenerse.

A pesar del calor, la mayoría de los hombres asistían vestidos de traje. Se destacaban los pañuelos negros colocados en el bolsillo superior de los sacos en señal de luto. Algunos preferían usar guayaberas blancas, inmaculadas, pero se colocaban un brazalete negro.

A Sergio, lo impresionaba que los cristianos velaran a sus muertos a cajón abierto. Ver un cadáver era un espectáculo al que nunca se acostumbraría. Le resultó extraño observar al Gordo inmóvil y pálido en un cajón. Sintió pena por su patrón.

Un rato más tarde todos se pusieron serios

ante la llegada del ñembo’e yva. El hombre era un conocido de la familia que se encargaría de rezar cada tarde el Rosario y pedir por el alma del muerto.

La tía Olga le explicó a Sergio que el ñembo’e yva, no es un cura, sino un “práctico”.

La Novena le hizo pensar que los judíos religiosos también realizan el Shiva, una ceremonia fúnebre que en su caso dura siete días durante los cuales la familia recibe la visita de sus allegados que se reúnen para acompañarla y rezar el Kadish. Siete días o nueve, Kadish o Rosario, no eran tan distintos.

El hombre, ni bien llegó negoció discretamente sus honorarios con el cuñado

del Gordo, que no regateó: no le pareció adecuado mezquinar en la ceremonia que llevaría al cielo a un familiar tan querido. Le pidió muy encarecidamente que fuera sobrio y no cayera en excesos en los momentos de las imploraciones, especialmente por los niños que eran tan pequeños.

Ya hacía un buen rato que Sergio daba vueltas por el velatorio, cuando se encontró con Ilu que había estado dándole de comer a sus hijos. Lo invitó a salir al jardín para poder conversar a solas. Afuera hacía calor, pero había menos ruido y mayor intimidad.

¿Cómo estás Ilu? Agotada, porteñito, si podés hacé que estos días pasen rápido. Todavía no van más que unas horas y ya no

doy más. No puedo ni llorar porque tengo que atender a un batallón. Para mi es muy importante que los que vengan tengan comida y bebida, es un gesto de respeto por mi finado. Quiero atender bien a quienes quieran despedirse. Es un compromiso de honor.

Mucha gente permaneció largas horas en la casa donde los más allegados pasarían la noche en vela. Se servía café, gaseosas, whisky y chipá. Más tarde llegaron bandejas con sándwiches de miga y masas traídos de la confitería del barrio adonde siempre compraba el Gordo. Para los niños, repartieron una amplísima variedad de golosinas, como si fuese una fiesta de cumpleaños. Entre los hombres ofrecieron cigarros confeccionados

con tabaco de la zona, cuyo humo transformaba la atmósfera en irrespirable.

Las mujeres mayores de la familia eran las más afectadas, mientras que los varones conversaban animadamente compartiendo incluso algunos chistes de ocasión sobre muertos, entierros y viudas alegres, y evocaban algunas anécdotas divertidas que tenían al Gordo como protagonista.

Ilu acostó a sus hijos a medianoche, y con la excusa de hacerles compañía, se durmió ella también un par de horas.

El sepelio se llevaría a cabo al día siguiente después de la siesta, cuando bajara un poco el sol y se cumplieran veinticuatro horas de la muerte. Ese había sido un pedido

expreso de la tía Olga que le explicaba a quien quisiera escucharla que durante las primeras horas el muerto puede resucitar y que lo que hay que tratar de evitar es que eso suceda con el finado ya enterrado: yo escuché muchas historias de cajones que fueron abiertos por alguna razón y tenían marcas de rasguños de finaditos que quedaron atrapados en su interior.

Al tío Máximo se le ocurrió llevar al cementerio unas lloronas que ofrecía la cochería, pero Ilu se opuso terminantemente.

Mi marido tenía quienes lo queríamos de verdad y vamos a llorar por él genuinamente, si queremos. No hace falta que le paguemos a nadie para eso. Ilu, unas lloronas te visten el

entierro. No. Pensalo, esas mujeres son profesionales del llanto, nadie llora como ellas, es otra cosa, no podés comparar. De ninguna manera, era mi marido y no lo voy a permitir. Bueno, como quieras, pero me parece que le dan un marco distinto, más importante, vos vas a estar ocupada atendiendo gente, ellas están para llorar, lo hacen muy bien, ni te das cuenta de que son contratadas. De ninguna manera, eso no va a pasar en este velatorio.

Al día siguiente el cortejo partió a las cinco de la tarde con una carroza fúnebre para el ataúd y dos coches porta coronas. Máximo había comprado flores, que envió a nombre de supuestos proveedores, amigos y parientes del

interior, por temor a que las que mandara la gente espontáneamente resultaran pocas. La caravana se completaba con varios autos negros contratados para la familia y muchos coches particulares que llevaban a amigos, empleados y proveedores. Sergio subió al de uno de sus compañeros de trabajo, estaba algo incómodo en un lugar donde conocía a muy pocos. Sentía que lo mirarían por ser el único que no haría la señal de la cruz cuando rezaran. De todos modos quería estar presente.

En la capilla del cementerio se hizo una misa de cuerpo presente con un cura que nunca había conocido al difunto, pero que sin embargo hablaba de él como si fuese un amigo de toda la vida y destacaba virtudes que

probablemente el Gordo nunca había tenido. Cuando terminó, los hombres más cercanos cargaron el cajón a mano. El personal de la funeraria les indicó que debían llevarlo hasta el columbario, que no era otra cosa que un sector de nichos. La marcha fue lenta, en un silencio sepulcral apenas interrumpido a ratos por los llantos de las hermanas y las tías. A los chicos los hicieron besar el cajón para despedirse del padre. Ilu también lo hizo y apoyó sobre el ataúd un ramito de jazmines, que eran las flores preferidas de su marido. Luego colocaron la tapa del nicho y muchos volvieron a la casa familiar para acompañarla. Ella lo único que quería era tirarse en una cama a descansar, abrazada a sus hijos.

Mientras se realizaba el entierro las empleadas de la familia limpiaron el quincho. Colocaron un crucifijo grande sobre una mesa ubicada para la ocasión en una cabecera, junto a una imagen de la Virgen de Caacupé y unas velas eléctricas que simulaban el movimiento de la llama por el viento. Junto a la Virgen pusieron una foto del Gordo en un marco de plata. El lugar quedó preparado para recibir las visitas al regreso del cementerio, y arrancar la tarde siguiente con la Novena.

Cuando todos se fueron, la familia aprovechó para tratar de reponerse del cansancio y tener cierta intimidad. Los niños le preguntaron a su madre si el papá subiría al

cielo, si podrían conversar con él y si algún día se encontrarían. Preguntas difíciles que Ilu respondió como pudo tratando de calmar la angustia de los niños.

A las seis de la tarde del día siguiente empezaron a llegar los familiares y algunos vecinos, mayormente mujeres. Minutos después el ñembo’e yva comenzó a rezar el Rosario. Cada tanto incorporaba algunas plegarias en nombre del difunto: fragmentos del Ave María y pedidos para que el Gordo pudiera acceder sin obstáculos al mundo de los muertos.

La tía Olga una vez más le explicó a Sergio que los rezos debían ser cortos: no lo queremos cansar demasiado, debe estar

extenuado pobre Gordito con tanto trajín.

Sobre el final, el oficiante pidió que el difunto descansara en paz y que brillara para él la luz eterna.

Luego sirvieron bebidas frescas y repartieron cigarros, chipá y golosinas a los niños. Los invitados comenzaron lentamente a retirarse.

Los días subsiguientes Sergio pasó todas las tardes a saludar a Ilu. Le llevaba dinero para solventar los gastos y se quedaban conversando. Ilu sentía que con él podía hablar con franqueza, en un contexto en el que todo lo demás se hacía con un ojo puesto en el qué dirán.

En todas sus visitas de los días que duraron los funerales, Sergio procuraba ver a los hijos del Gordo, aunque más no fuese para saludarlos. Trabajando en el local, había establecido un buen vínculo con los niños.

A Sergio le gustaba conversar con ellos, les preguntaba por la escuela y sus compañeros, incluso a veces jugaban un rato. Les enseñó a hacer barcos y aviones de papel y a jugar a la Casita Robada.

Tras la muerte del Gordo, el paralelo con la situación de sus hijos lo conmovía profundamente.

Ilu, ¿cómo están los chicos? Tristes, pero de a ratos se distraen y juegan, son niños. No veo la hora de que se vayan todos los extraños.

Pensá que tanta actividad también los mantiene ocupados y distraídos, creo que de verdad van a caer cuando pasen unos días y se queden solos. Puede ser, pero esto es agotador. Todo es raro, no te puedo decir que el Gordo fuera mi príncipe azul, pero siempre fue muy bueno conmigo. Me da mucha pena por los chicos, es muy feo perder a tu papá a esa edad, a mi me pasó con mis padres y fue realmente horrible. A Sergio se le oprimió la garganta.

La ceremonia del Rosario se repitió todas las tardes, pero el octavo día la casa se llenó de mujeres de la familia que cocinaron durante todo el día como si fuese para una gran fiesta. El noveno día era la culminación

de los oficios fúnebres y se celebraba con una ceremonia distinta y una gran comilona.

Ilu llamó a Sergio para invitarlo especialmente a la Novena Pahá. Cuando llegó se encontró con un altar singular, como si fuese una escalinata de siete pisos, toda forrada de blanco, incluido un techo que le recordó a una jupá. En cada escalón habían colocado recipientes con flores blancas y en el medio de todo el retrato del Gordo.

Ese día rezaron mucho más, hasta que dieron por finalizada la ceremonia. El evento cambió de pronto, para convertirse en una cena llena de los más exquisitos manjares paraguayos, servidos en honor al muerto. Los asistentes comieron y bebieron hasta tarde, en

un clima alegre y distendido.

Argentino, por favor sácame a toda esta gente de mi casa, ya no los aguanto más.

Ilu apoyó la cabeza en el hombro de Sergio y por fin lloró tranquila.

Luego de la muerte de su marido Ilu decidió duplicarle el sueldo a Sergio y ponerlo al frente del local, era el único de los empleados que podía ocupar ese rol y podía hacerlo igual o mejor que el Gordo. Tiempo después lo asoció para que no se fuera, aunque él nunca hubiese considerado esa posibilidad.

Capítulo 21

Pasó a buscar a Estela por la casa de sus padres, eso a ella no le sucedía desde cuando era adolescente. Bajó espléndida, de jeans, musculosa blanca ajustada y botas negras de cuero con tacos altos. Peinada y maquillada lucía distinta, normalmente no usaba nada, pero el delineador negro y el lápiz de labios rojo le quedaban bien.

Bueno, acá estoy, lista para ir al cine. Creo recordar que es un lugar donde todos se sientan mirando para el mismo lado y proyectan una película. Debe hacer más de un año que no voy. Saqué entradas para Forrest Gump - dijo Pablo - parece que está muy

buena. Si, leí la crítica, me gusta Tom Hanks.

Fueron a uno de los cines de Santa Fe y Callao, estaba repleto, pero los asientos eran numerados. Pablo había sacado las entradas con anticipación y se sentaron justo en el centro de la sala. Antes de que empezara la película ella le convidó un pedacito de chocolate con almendras y cuando se apagó la luz le dio la mano. Parecían dos chicos. Era raro, empezaron a reírse y no supieron bien si les causó gracia la situación o si fueron los nervios.

Para Estela era volver a tener una cita "oficial" con un hombre que le gustaba después de años, pero no podía desprenderse totalmente de la idea de que ese hombre había

amenazado de muerte a su marido. Una vez más pensó que realmente no parecía un asesino, al contrario, era amable, educado, sensible, estaba atento a lo que a ella le pudiese gustar para complacerla. Quizás tenía dos personalidades, la verdad era que mucho no lo conocía. Nunca lo había visto en su hábitat laboral y su profesión probablemente no le permitía ser muy amable con los clientes que no pagaban.

Pablo había encontrado una mujer que le gustaba, no era una rubia tarada y tampoco una interesada tratando de salvarse gracias a su dinero. Para los dos la cita era importante. Lo que predominaba era el deseo de que saliera bien.

Estela sentía alivio de saber que muy pocos en su entorno más íntimo conocían la historia de peleas entre Pablo y Sergio. Eso evitaría miradas críticas y tener que dar explicaciones.

La película les gustó mucho, no por nada había ganado los principales Oscar ese año. La fueron comentando mientras caminaban rumbo al auto.

¿Dónde vamos a cenar? Te invito a mi casa, preparé una picada de quesos y panes, vino tinto y de postre, como no sabía que ibas a preferir, compré helado y hay una mousse de chocolate con crema batida que hace la señora que trabaja en casa y es riquísima. ¿Ese es tu sistema de seducción? Me ofrecés el menú que

más me gustaría comer, entro a tu casa, cerrás la puerta y no hay escapatoria. Siempre hay escapatoria, veo que todavía no me pude librar de la imagen de mafioso. Quedate tranquila no voy a cerrar con llave, podés comer y escapar, eso sí, si huis volvés en taxi, yo no te llevo a tu casa.

Los quesos estaban deliciosos, camembert, brie, cabra, todos habían estado esperándolos a temperatura ambiente, panes caseros e integrales de distinto tipo, tostaditas finitas, pistachos y aceitunas rellenas con almendras.

¿Vino tinto o champán? Vino tinto primero y después champán.

El departamento era moderno y tenía un balcón terraza con una gran vista de la ciudad

iluminada. Era típico de un hombre soltero, rico y obsesivo: muebles de diseño, todo impecable, ordenado, luz tenue y música de Caetano sonando en unos parlantes de altísima fidelidad.

Comieron la picada gourmet y tomaron bastante vino. A esa altura de la noche los dos ya estaban un poco borrachos. Pablo buscó una botella de champán de la heladera, un balde con hielo, dos copas y ella hizo volar el corcho hacia la calle.

Me gusta hacer eso, destaparlo y que salte lejos. Mientras no se vuelque el champán, no hay problema. ¿Y la mousse? Ya te la traigo.

Estela sentía que estar un poco mareada iba a facilitar las cosas, sin pensarlo

demasiado vació de un trago el contenido de la copa que tenía en la mano y la apoyó en una mesita. Comieron el postre parados en el balcón mientras hablaban de viajes y fantasías. Lugares en los que nunca habían estado y les gustaría conocer. Las playas paradisíacas eran las favoritas de Pablo, Estela prefería destinos más exóticos como la India o el sudeste asiático.

Siguieron la charla apoyados en la baranda, mirando las luces de la ciudad. Pablo la abrazó, la besó y a los pocos segundos le sacó la musculosa, no llevaba corpiño.

No hay nada que me guste más que una mujer delgada en jeans y con el torso desnudo, es la combinación perfecta. Se ve que a tu

vecino también le gusta porque nos está mirando.

Entraron la botella, las copas y cerraron las cortinas. Cuando Estela se sacó las botas bajó varios centímetros, pero igual seguía siendo alta. Él se desabrochó la camisa y se la sacó. Ella lo empujó sobre un sillón y se sentó sobre él, frente a frente, se besaron intensamente, cuando se separaron un poco él le acarició los pezones y luego los besó.

Estela se puso de pie, soltó un cinturón muy ancho que llevaba puesto y se sacó los jeans. Después lo desnudó, se arrodilló y le dedicó los siguientes minutos. Ella tenía claramente el mando de la situación y a Pablo no le molestó en lo más mínimo, le gustaban

las mujeres que tomaban la iniciativa.

Estela se puso de pie, giró ciento ochenta grados y se sentó sobre él, dándole la espalda, Pablo la abrazó y la besó en el cuello. Se tomaron un breve recreo para llenar las copas y beber más champán. Por unos minutos Estela se relajó y logró no pensar en los puntos oscuros de la vida de Pablo.

Estoy muerto. Vayamos a la cama y dormís un rato. Es descortés quedarme dormido. Dormí, es la mejor demostración de que sos hombre, eso es cosa de varones, peor sería que fumaras y prendieras un pucho. Pero es la primera vez que estamos juntos, no queda bien. Dormí tranquilo. Parece que existe

la mujer perfecta.

Mientras él dormía, ella caminó desnuda por la casa. Miró los libros y sobre todo la videoteca, tenía una colección impresionante de películas que ella también había visto pero que le gustaría volver a ver. Estaba claro que prefería los clásicos. Las películas iban del neorrealismo italiano a la nouvelle vague, pasando por Bergman, Kurosawa, Wajda, lo mejor del cine norteamericano y mucho más.

En el living había un proyector tomado del techo que seguramente Pablo usaría para ver las cintas en una pantalla gigante.

A Estela le gustaba curiosear, mirar las pocas fotos que había en el departamento. Se detuvo en una en la que Pablo aparecía

abrazado a una mujer muy parecida a él que debía ser su hermana. La foto estaba sobre el escritorio, al lado había un florero finito con una sola rosa blanca. Se sentó para mirarla mejor. A los hermanos se los veía en trajes de baño en la cubierta de un barco, probablemente en el Tigre. Debía ser una foto reciente. La hermana era un poco más joven, bonita, delgada, con un corte de cara similar a Pablo. Sonreía a la cámara, mientras su hermano la miraba a los ojos. Ambos parecían divertidos.

Impulsada por la curiosidad, Estela hizo algo que sabía que estaba mal, pero lo hizo de todos modos, abrió los cajones del escritorio. Encontró marcadores, carpetas con papeles de

trabajo y asomando por debajo de una de ellas, una pistola grande y cromada, con las cachas negras. Se le heló la sangre. La observó unos segundos sin tocarla ni saber qué hacer. Volvió a cerrar el cajón evitando hacer ruido. Pensó en agarrar sus cosas e irse.

En ese momento escuchó ruido en el dormitorio, seguramente Pablo se había despertado, no había pasado más de media hora. Ella se paró, caminó hasta la biblioteca donde estaban las películas, y cuando él entró al living la encontró leyendo las cajas de viejos clásicos.

No dormiste nada. Son unos minutos, pero me cambian la vida. Impresionante tu colección de películas. Me gusta tenerlas,

aunque casi nunca las vuelvo a ver. Es como atesorarlas, me gusta saber que están ahí por si quiero mirarlas. También me encanta sentarme y leer las cajitas, repasar actores y directores o mirar sólo mis escenas favoritas. A veces veo películas en el cine y cuando salen en video las compro para tenerlas, es mucho más barato que comprar cuadros. También tenés varios cuadros. Unos poquitos de los pintores que más me gustan. Berni, Alonso, De la Vega y mi preferido, el de Seguí que está en el dormitorio.

Esa noche se acostaron una vez más, luego se quedaron dormidos, estaban agotados. Estela tuvo pesadillas, soñó con Sergio. Alguien le pegaba un tiro por la

espalda con una pistola plateada y luego lo tiraba a un río del Delta. Se sobresaltó angustiada, pero se volvió a dormir enseguida.

Cuando se despertó a la mañana, Pablo le acercó una bandeja con una taza de café caliente y medialunas recién hechas que había bajado a comprar.

El día está precioso, vayamos a navegar. Tendría que pasar por casa a buscar ropa.

Primero desayuná y después te llevo, mientras vos subís yo voy a comprar unos sándwiches y algo para tomar y te busco.

Estela se puso una bikini, shorts y sandalias. Colocó un saquito, un protector solar y anteojos de sol en un bolso, se pintó los

labios y se peinó. Fue hasta la cocina y eligió unas frutas. Levantó el teléfono y llamó a la casa de sus padres para asegurarse de que los chicos estuviesen bien. Habló con cada uno de ellos y acordó con los abuelos que los llevarían a almorzar a la casa de su hermano y que a la tarde los chicos se quedarían jugando con sus primos. Ella pasaría a buscarlos por allí cuando volviese del Tigre.

El viaje hasta San Fernando fue rápido, todavía era relativamente temprano y no había demasiado tránsito. Pablo dejaba el barco en una guardería que Estela nunca había escuchado nombrar. Era un crucerito chico, moderno. Un toldo protegía la terraza de popa

donde convivían el puesto de comando, una mesa para comer y un sillón que lo cruzaba de babor a estribor.

Me lo compré porque tiene camarote y baño para quedarme a dormir en el río, me encanta la noche, mirar la luna y las estrellas. Cala poco y se puede andar por cualquier lado, me gustan mucho más los riachos que los ríos anchos.

Navegaron un buen rato, el viento les pegaba en la cara y compensaba el calor del sol. Estela se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo.

Fondearon en un arroyo donde los sauces llorones se juntaban en el medio formando un túnel que los protegía del sol, era un lugar

tranquilo.

A mis hijos les gustaría pescar en un lugar así, no sé por qué, pero les encanta pescar. Los podés traer cuando quieras. No, gracias, por ahora no. ¿Cuánto saben de mis peleas con Sergio? Nada, son muy chicos y nunca les hablé de eso.

El conflicto entre ambos hombres siempre volvía a ocupar un espacio en la relación entre Pablo y Estela.

¿Qué querés escuchar? No tengo mucho acá, los Beatles, Spinetta, The Who… Me gusta escuchar el silencio, las burbujitas que salen del agua y los pájaros.

Comieron los sándwiches mientras charlaban, tomaron cerveza, se rieron y

volvieron a acostarse, esta vez al aire libre, en el sillón de popa.

En el regreso a Capital el tránsito de Libertador era lento, pesado, todos parecían querer volver de los paseos del fin de semana al mismo tiempo. Conversaron amigablemente de distintos temas. Estela sentía el deseo de contarle que había visto el arma y hablarle de sus miedos. Varias veces estuvo a punto de hacerlo y se arrepintió. Cuando ya estaban cruzando la General Paz, aprovechó un momento de silencio para hablar. Pensó que si no lo hacía le resultaría muy difícil seguir adelante con esa relación.

Sé que está mal, pero ayer mientras

dormías me senté en tu escritorio a mirar la foto en la que estás con tu hermana. Por curiosidad abrí un cajón y vi un arma. Me dio miedo, me vinieron a la cabeza las amenazas. Soñé con eso, y no se me va de la cabeza. Tengo una pistola, a veces llevo mucho dinero en efectivo, generalmente lo transportan profesionales, pero a veces lo llevo solo. Tengo un permiso de portación de armas, pero nunca disparé un tiro fuera de un polígono. Quedate tranquila. Trato.

Cuando ya estaba anocheciendo dejó a Estela en el departamento de Belgrano para que buscara su auto y pasara a recoger a los chicos por la casa de su hermano.

Antes de despedirse, Pablo la miró a los ojos y le dijo: fue un fin de semana maravilloso, lo disfruté mucho, necesitaba algo así.

Capítulo 22

La relación entre Ilu y Sergio fue creciendo lentamente. Ilu le ofreció quedarse con el 15% de las ganancias, además de pagarle un sueldo más importante. Comenzaron a ir a comer juntos de vez en cuando, se hicieron amigos y con el tiempo se volvieron amantes, además de socios.

Ilu le devolvió el apetito sexual. Ella era

todo lo contrario del tipo de mujeres que Sergio había mirado con interés a lo largo de su vida. Siempre le habían gustado las mujeres esbeltas, cultas y sofisticadas. Ilu en cambio era una mujer sencilla, afectuosa, inteligente y de curvas importantes.

Haciendo honor a la fama de las paraguayas, también era muy buena amante.

Sergio ya llevaba casi dos años trabajando en el local y se había adaptado bien a la informalidad del Paraguay. Informalidad era una palabra más amable que hablar de ilegalidad. Nada que un argentino no conociera, pero con mayor intensidad.

El local del Gordo vendía mercadería de contrabando y ocasionalmente, robada. A

Sergio esto último no le gustaba, pero a veces llegaban en camionetas a ofrecerle productos a precios irrisorios y los compraba sin hacer demasiadas preguntas, ni exigir papeles. La vida comercial exigía sobornos a todo tipo de inspectores y policías. Cualquier cosa se podía arreglar con una coima.

Sergio seguía viviendo sin ningún tipo de documento, por eso no podía tener cuenta en el banco, ni registrarse para firmar los cheques del local. Aun vivía en el departamento que le había alquilado al Gordo, pero ya no pagaba por él. Un día Ilu le propuso hacer algún viaje a Brasil o Miami, eran deseos que no había podido cumplir porque el Gordo no abandonaba el negocio en ningún momento.

No confiaba en nadie para dejarlo a cargo, ni tampoco quería cerrarlo.

Al principio utilizó esa misma excusa para rechazar las invitaciones, pero la verdad era que no tenía pasaporte, tampoco manejaba porque no tenía registro.

Le ofrecieron varias veces comprar autos con papeles truchos a precios bajísimos, él decía que no quería andar en un auto robado, pero tampoco lo hacía en uno comprado legalmente por temor a que lo parara la policía, apenas tenía una bicicleta, que de paso le servía para hacer algo de ejercicio.

Una noche en la cama después de una sesión de sexo intenso como le gustaba a Ilu, le dijo: mirá porteñito, Sergio o como te

llames, ya es tiempo de que te consigas un documento. Yo ya sé que no tenés licencia para conducir, ni cuenta bancaria, ni podés alquilar, ni viajar, porque no tenés documentos. Pero estás en Paraguay, eso se puede solucionar. Mañana vamos a ir a ver a un primo mío que te lo va a arreglar.

En Paraguay todos tienen muchos primos y siempre hay alguno que soluciona las cosas más complicadas. Toto se dedicaba a hacer documentación, era como un registro civil y del automotor, pero paralelo.

¿Qué andás necesitando curepa? Hablá con confianza, si te trae mi primita sos familia. No tengo identidad, no existo. Tenemos dos sistemas, uno más simple que es hacer un

documento falso, quedan perfectos, pero no te va a servir demasiado porque en cuanto quieras abrir una cuenta en un banco o gestionar un pasaporte y lo comparen con las bases de datos va a saltar que es falso. El otro camino que es el que yo te recomiendo, es más caro, pero funciona perfecto. Cuando algunos indigentes mueren no se los da de baja en el registro civil y después de unos años podemos hacer documentos con los datos del finado y si alguien los compara estarán bien. Lo único que no coinciden son las huellas dactilares y la foto, pero se pueden cambiar las fichas en el Registro Civil y la Policía, y hasta eso va a quedar prolijo, es una identidad melliza a la de un muertito. Buscamos gente soltera, sin

hijos, del interior, así te podés casar, tener hijos y nadie va a reclamar tu herencia, ni nada, el día de mañana. ¿Y cuánto sale eso? ¿Completito y bien hecho? Nada que la prima no pueda regalarle a su macho y aparte a ella le vamos a hacer un precio bien baratito. Buscame un Sergio. Ehhh, chamigo. ¿No querés también que haya nacido el día de tu cumpleaños? Buscamos uno que tenga más o menos tu edad, se llame como se llame, y después decís que te dicen Sergio porque no te gustaba que te digan Encarnación. Encarnación es nombre de mujer. Por eso no te gustaba y te pusiste Sergio.

Una semana más tarde volvió a lo de Toto que le tomó las huellas digitales y le sacó unas

fotos.

En un mes aproximadamente vas a tener cédula, carnet de conducir, partida de nacimiento y pasaporte.

Cuando todo estuvo listo, volvieron a visitar al primo.

Ahora sos Catalino Benítez. No podés ser tan hijo de puta, ¿no había uno peor? Es broma, te bautizamos Daniel Cáceres en honor al difunto, me costó un poquito más caro, pero me imaginé que para un porteñito Daniel era mejor que Catalino.

Sergio miró con detenimiento los documentos y lucían idénticos a los verdaderos, le agradeció y los colocó en sus

bolsillos.

Ahora que sos paraguayo y ya no sos un indocumentado, llevá a la prima a Disney con los chicos, se van a poner locos de alegría. ¿Querés que saque la visa americana? Te lo digo que funciona pues, no seas desconfiado. Tu tocayo era muy pobre, nunca tuvo nada más que una cédula. Ahora vos le tenés que dar vida, viví una buena vida por él, la que le hubiese gustado tener.

Capítulo 23

La pregunta era siempre la misma. ¿Cómo estarán los chicos? No tenía ningún tipo de

información sobre su familia, ni modo de obtenerla. Ningún ser humano sabía, ni podía saber, que estaba vivo, por lo que no podía llamar a nadie para preguntarle.

A lo sumo se animaba a fantasear por un instante e imaginarlos en sus actividades o en la mesa familiar sin su presencia. Pensaba en la idea de volver, aunque fuese sólo a espiarlos de lejos, tal vez a la salida de la escuela, a pararse frente al consultorio de Estela o en la puerta de la casa familiar.

Ahora que tenía documentos la fantasía se había vuelto posible. Sabía que era demasiado arriesgado y que no lo haría, pero soñarlo lo reconfortaba al menos por unos instantes.

¿Pero qué les diría si lo vieran?

Seguramente los chicos lo perdonarían, sólo por la alegría de saber que volverían a tener papá. ¿Y los demás?

Una vez pensó en dejarse crecer la barba y el pelo un par de meses y camuflarse como linyera, las canas y las huellas que el paso del tiempo iba dejando en su rostro jugaban a su favor para que no fuera tan sencillo reconocerlo. Quizás de ese modo podría volver a caminar por su barrio. Si lo descubrían podría alegar locura y decir que estuvo viviendo en la calle todo ese tiempo. Pero nunca lo consideró seriamente.

El calendario lo sometía a pruebas difíciles con los cumpleaños, el Día del Padre y otras celebraciones, pero también el inicio de

clases, o cualquier fecha de contenido simbólico, era suficiente para sumergirlo en la melancolía.

Al mismo tiempo disfrutaba de la paz de su nuevo estado, del no tener nada y tampoco ambicionarlo. La nada no era solamente material: no tenía casa, auto, ni ningún bien, tampoco tenía familia, amigos, ni referencias concretas ya que ahora vivía en una ciudad que conocía poco, con una cultura propia y hasta un idioma distinto al suyo.

Los días transcurrían monótonamente y eso que para Sergio siempre había sido un tema de preocupación, se volvió algo parecido a una música new age que lo sedaba.

Se despertaba, desayunaba en su casa o en

un viejo bar cercano al negocio, después iba al local a trabajar hasta el mediodía, a la salida pasaba por un pequeño supermercado donde compraba las cosas que necesitaba y cocinaba algo liviano. Como todos, dormía una siesta para escapar a las horas de calor más duro que agobiaban a quienes se atrevían a andar por la calle. Luego se duchaba y volvía a trabajar. A la noche nuevamente preparaba la comida y antes de dormirse miraba un rato la televisión o leía, había podido recuperar el gusto por los libros.

La rutina apenas se alteraba algunas tardes cuando Ilu iba a visitarlo durante el descanso. Les gustaba acostarse a la hora de la siesta, era más sencillo porque los chicos

almorzaban en la escuela y ellos estaban más vigorosos que a la noche.

El calor sofocante no invitaba a hacer muchas actividades al aire libre. En las noches templadas le gustaba ir a la avenida Mariscal López y sentarse en la vereda de algún bar a tomar café o una cerveza y mirar a la gente pasar, o escuchar a algunos músicos exquisitos que tocaban en algunos lugares que fue descubriendo con el tiempo.

Un cliente habitual del negocio que le había tomado simpatía insistía siempre en invitarlo al Yacht Club, el lugar más exclusivo de Asunción, pero temía encontrarse con algún argentino conocido, porque si había alguno, seguramente estaría ahí, y buscaba excusas

para no ir.

En otras circunstancias le hubiese gustado hacer algún deporte o incluso tomar clases de cocina, todas cosas con las que alguna vez fantaseó y no tuvo el tiempo necesario para hacerlas, al menos para hacerlas con constancia. Pero ahora que lo que le sobraba era el tiempo, lo que le faltaba era la voluntad. Entendía que era una forma de depresión leve ya que no le impedía levantarse todos los días e ir a trabajar de buen ánimo. Pero fuera del horario laboral no hacía gran cosa. Por momentos parecía que la vida se había estancado el día del atentado y la monotonía se había vuelto un mantra tranquilizador que le permitía no tener que pensar en nada, no

tener deseos, fantasías, ni proyectos. Para qué pensar, si pensar dolía.

Capítulo 24

La propuesta los llenó de entusiasmo, era un día primaveral. La invitación era para ir a navegar al Delta del Tigre y pescar. Suficientemente atractivo como para que la presentación pasara a un segundo plano. Los hijos de Estela habían oído hablar de Pablo, pero no lo conocían.

Los pasó a buscar temprano, el auto deportivo a Mati lo impresionó de entrada. Estela había preparado un catering perfecto para el aire libre. Una picada, unos

sándwiches de roast beef, otros de pastrom, y una torta de manzanas.

En el camino Pablo les contó el programa sabiendo que la carnada iba a funcionar.

Navegamos una hora hasta un riacho tranquilo, fondeamos y pescamos, mientras comemos algo rico. Devolvemos todo lo que pesquemos para poder sacarlo nuevamente la próxima vez y en cuanto haga más calor les enseño a esquiar a todos. Estela aclaró que ella ni loca se metería en ese río sucio y Pablo replicó vos te lo perdés. Los chicos estaban encantados y ansiosos por llegar al barco.

En cuanto salieron al canal les ofreció timonear, ambos estaban fascinados y Estela sonreía viendo como trabajaba un seductor.

Pablo había comprado unas cañitas cortas con reel, encarnaron una con salamín y otra con lombrices para probar cuál funcionaba mejor y los bagres no se hicieron esperar en ninguna de las dos. Fue una sucesión de piques tal que Pablo no daba abasto para sacarlos y volver a encarnar. Resultó una lucha que hicieran una pausa para almorzar, porque por nada del mundo querían parar.

A la vuelta les propuso ir a comer una pizza, pero Estela dijo que los chicos tenían que ir al colegio al día siguiente y que se tenían que bañar, entre otras cosas porque apestaban a pescado. Flor sugirió que comieran la pizza en su casa y ambos niños prometieron bañarse sin protestar mientras

esperaban que trajeran el delivery.

Fue la primera vez que Pablo se atrevió a entrar en el que fuera el hogar de Sergio y Estela. Ver los retratos de su antiguo deudor en el living de la casa de su novia no le produjo demasiadas emociones, empezaba a sentir que Sergio ya era parte del pasado.

Capítulo 25

Sergio hizo lo imposible para evitar el viaje, tenía terror al sistema inmigratorio norteamericano. Creía que nunca le iban a dar la visa y que en el hipotético caso de que lograra engañarlos lo meterían preso ni bien pisara el aeropuerto de Miami.

Porteñito, ¿vos te creés que sos el primero que va a entrar a los Estados Unidos con un documento falso? Esto funciona. No sé que habrás hecho en Buenos Aires para estar tan asustado, pero relajate. Se les cuelan terroristas árabes, millones de mexicanos, haitianos, los carteles colombianos de la droga se hacen un festival y ¿justo te van a agarrar a vos que sólo querés pasar unos días en el mundo mágico de Mickey Mouse y sus amigos?

A Sergio no sólo le preocupaba el gobierno americano, sino también la posibilidad de encontrarse con gente en los parques. Todos los argentinos que él conocía habían ido a Disney o tenían pensado ir. Por

suerte las vacaciones de invierno paraguayas no coincidían con las argentinas, lo que achicaba el riesgo.

Finalmente, Ilu sacó los pasajes y lo intimó a tramitar la visa. Se la dieron no sin algunas dificultades ya que Sergio no tenía ninguna propiedad a su nombre, ni tampoco familia, pero tras las intimidantes indagatorias a las que lo sometieron los funcionarios consulares, le otorgaron permiso por diez años. Después de la entrevista en el consulado Sergio juró que no iba a viajar, pero finalmente lo hizo.

Llegó al aeropuerto de Miami muy descompuesto, tenía fiebre y sudaba, pero pasó los controles sin inconvenientes.

Cuando alquilaron el auto y salieron a la autopista se empezó a sentir mejor y se curó en pocas horas. Los chicos y su madre desbordaban de entusiasmo.

Desde que aterrizó en los Estados Unidos se puso una gorra, anteojos de sol y no se los sacó ni para dormir.

Los chicos disfrutaron cada parque y cada juego, él los acompañó en las peores montañas rusas para alivio de su madre que les tenía terror. Mientras miraba a los niños, pensaba cuánto le gustaría estar ahí con sus propios hijos. Para cualquier chico Disney era la máxima aspiración. Fueron siete días inolvidables recorriendo los distintos parques y una semana más en Miami dónde

combinaron playa y shopping.

Fue la primera vez que funcionaron como una familia. Los chicos eran pequeños cuando el Gordo murió y lo adoptaron enseguida como un referente importante en sus vidas. No cumplía el rol de un padre sustituto, pero si quizás el de un "tío" o un amigo cercano de la familia.

Sergio era afectuoso con ellos e irradiaba cierta respetabilidad. Era a Sergio a quien toda la familia quería escuchar cuando se trataba un tema importante.

Ilu disfrutaba de los días de convivencia ya que en Asunción rara vez Sergio accedía a quedarse a dormir con ella, en general sus encuentros eran casi clandestinos, a la hora de

la siesta, tenían horario de comienzo y fin. Cuando salían a cenar o al cine, al final de la noche cada uno volvía a su casa.

Delegar el control del negocio fue todo un tema. El Gordo jamás lo hubiera hecho. Sergio lo definió como el precio de la libertad. A la vuelta ya tendrían tiempo para mensurar las pérdidas. Había establecido una buena relación con varios de los empleados y la hermana de Ilu se ofreció para ir al negocio durante los días que durara el viaje para controlar la caja y tener un ojo patronal sobre el personal.

Capítulo 26

Tardaron unos años en irse a vivir juntos.

No lo decidieron hasta que Estela se quedó embarazada. No fue un accidente, lo buscaron. Ella quería que Pablo experimentara en carne propia la sensación de ser padre.

Ya no eran tan jóvenes, hicieron un tratamiento de estimulación ovárica y recibieron la noticia con alegría y algún temor por la posibilidad de que se tratase de un embarazo múltiple. Las ecografías y el estudio genético confirmaron que sería una nena.

Cuando empezaron con la idea de tener un hijo no sabían cuánto les iba a costar que ella quedara embarazada, pero sucedió sin demasiadas complicaciones.

Pablo vivía en un departamento chico para los cinco y nunca consideró la posibilidad

de mudarse a la casa de Estela. Ni siquiera una vez aceptó dormir en la cama de Sergio.

Compró un departamento de cuatro dormitorios en el Bajo Belgrano para que cada uno tuviera su lugar. Le propuso a Estela que alquilara el suyo para que le diera una renta adicional que podría ahorrar para cuando sus hijos fueran más grandes.

Los niños aceptaron a Pablo enseguida. Él era divertido y el dinero tiene un gran poder de seducción, aún para los chicos a los que no les interesa la plata pero que aprecian muchas de las cosas que se pueden comprar con ella.

Estela y Pablo vivieron un romance maduro, con todo lo bueno de sentirse enamorados, pero con el aplomo que sólo dan

los años.

Me gustaría ponerle Ana, le dijo un día Pablo, el nombre de mi hermana. No me parece, es nacer con una carga emocional muy pesada. Ana es un nombre que me gusta, pero la beba debería recorrer su propia historia, ser ella misma. Hay muchas otras formas de recordar a tu hermana. Preferiría pensar otro nombre. ¿Entonces Adela como mi mamá tampoco es una opción? Eso es distinto. Adela, Estela, son medio parecidos, pero si querés no tengo inconvenientes.

Capítulo 27

El hombre entró al local, eligió ese como podría haber elegido cualquier otro. Quería ver relojes truchos. Los exhibían en

mostradores con tapas vidriadas y en vitrinas ubicadas detrás de los pasillos que utilizaban los empleados para moverse. En cada exhibidor se podían encontrar una o dos marcas de primera línea con distintos modelos y precios. El vendedor detectó al argentino ni bien entró. Sabía que era presa fácil, tenían fascinación por las imitaciones de los relojes de marcas caras.

Se acercó a ofrecerle la mercadería, pero antes le dio una explicación. Vendemos dos tipos de relojes: originales y réplicas. De las réplicas, hay buenas y malas. Las buenas son más caras, pero hay que tener muy buen ojo para detectarlas. Las malas, bueno, las malas son malas.

Pidió que le mostraran las imitaciones de los Rolex, pero las buenas. El empleado retomó el tono didáctico: los de acero inoxidable son realmente muy parecidos a los originales, mucho más que los dorados que imitan pobremente al oro. Es que no hay nada que hacer: como el oro no hay nada.

Dado que lo vio interesado, apeló a un argumento inverificable pero que funcionaba para la mayoría de las imitaciones: los hace la misma fábrica china, usan la misma máquina. Es igual que uno verdadero pero treinta veces más barato. ¿Pero los Rolex no se producen en Suiza? Eso era antes, ahora se fabrica todo en China, dijo el vendedor para tratar de corregir su error. Había olvidado tomar el recaudo de

diferenciar a los Rolex de las imitaciones de ropa y otros productos, donde el cuento de los chinos, si no era cierto al menos era creíble. Pero ese argumento no debió usarlo con los Rolex, los suizos se encargaban de explicarle al mundo que sus productos seguían fabricándose en Suiza.
De todos modos, como le había enseñado el Gordo, lo importante era decir las cosas con convicción: “si dudas perdiste, pero si lo decís convencido podés convencer a cualquiera”.
Para el cliente el regateo fue un duelo de titanes, para el vendedor, pan comido desde el primer minuto.
Más no le puedo bajar, es una ganga, hasta acá llegué. El de enfrente los vende a la mitad. El

negocio de enfrente es del mismo dueño y vendemos a los mismos precios, arriesgó sabiendo que no era cierto, pero tampoco verificable. Yo digo el de la otra cuadra, redobló la apuesta el turista. ¿La panadería o la peluquería? Lo último que puedo hacer es compartir mi comisión, yo gano el cinco por ciento, le hago un dos y medio. A veces hay que saber perder algo, para ganar un poco.

La culpa era el último escalón de la negociación, funcionaba bien con algunos clientes sensibles y este era el caso.

No, yo no te quiero sacar tu comisión. No se preocupe, dos y medio es mejor que nada. No, está bien, déjalo ahí. Acompáñeme a la caja.

¿Se lo envuelvo para regalo o es para usted?

Sergio estaba concentrado en sus papeles de trabajo, miraba un catálogo interminable de productos de pesca tratando de hacer una selección de cañas, reeles y señuelos. El tema le resultaba difícil porque lo desconocía por completo, pero eran cosas que se vendían bastante.

Cuando el cliente se acercó a pagar, lo vio reclinado pasando las páginas y haciendo marcas con un bolígrafo. Lo miró con curiosidad y descreimiento. Dudó, hacía muchos años que no lo veía. Creía que estaba muerto, pero era igual, los mismos rasgos, aunque unos años más viejo, con menos cabello y algunas canas. No podía ser otra persona.

Ilu no estaba en la caja así que el vendedor le dijo: el señor quiere pagar el Rolex, son setenta y cinco dólares y sonrió como diciendo: fue sencillo. Sergio sin alzar la vista se desplazó unos centímetros hasta la registradora.

Disculpe, ya le cobro. ¿Sergio? ¿Sos vos?

Su corazón dio un salto brusco y empezó a bombear sangre aceleradamente. Su pesadilla más temida finalmente se había concretado.

Se reacomodó como pudo, mantuvo la vista baja y evitó mirarlo a los ojos, pero esa voz era inconfundible. Sin necesidad de ver su cara supo al instante de quién se trataba.

Utilizó lo mejor que pudo su acento paraguayo aprendido en tantos años de exilio.

Yo me llamo Daniel, debe estar confundido. Sergio, soy yo, Hugo. Sacó el documento y le mostró que decía Daniel Cáceres, paraguayo de nacimiento, agregó. Sergio no te preocupes conmigo, está todo bien, soy tu amigo, estoy de tu lado. Lo siento, debe ser alguien parecido a mi. Son setenta y cinco dólares. Sergio no me puedo ir como si no te hubiese reconocido, necesito hablar con vos, vayamos a tomar un café, yo nunca voy a abrir la boca. Sergio alzó la vista lentamente. Miró a su amigo a la cara con los ojos nublados por las lágrimas y le dijo: creeme que no puedo. Tomá el reloj, te lo regalo y seguí tu camino. Quedate tranquilo que los chicos están bien, si querés búscame, estoy en el hotel Guaraní un

par de días más, charlemos. Nunca nadie se va a enterar de que te vi.

Se despertó sobresaltado, estaba empapado de sudor a pesar del aire acondicionado. Con el tiempo había aprendido que no le convenía volver a dormirse enseguida porque el mal sueño volvería. Lo mejor era levantarse, ir hasta el baño y lavarse la cara para despejarse. Después, según la hora, optaba por esperar unos minutos para volver a dormirse, o si faltaba poco para el amanecer, preparar un café y olvidarse del asunto.

Las pesadillas eran recurrentes y lo asaltaban en mitad de la noche. Esta vez quien había

visitado el local era su amigo Hugo, siempre tierno y comprensivo. Otras veces lo interpelaba Pablo en tono amenazante exigiéndole la deuda y no tenía otro remedio que matarlo y volver a huir.

Pero las visitas más duras siempre eran las de sus hijos que le recriminaban el abandono, en lugar de alegrarse por volver a verlo. Esas le partían el corazón. Pero aún así demoraba el despertarse todo lo posible para seguir viéndolos. Quería estirar al máximo esos instantes del reencuentro, aunque fuesen los más traumáticos. Mati siempre era un poco más comprensivo, pero Flor en cambio era muy rígida, inconmovible, lloraba y le gritaba: sos un cobarde y un mentiroso, morite, pero

morite de verdad.

Como no debía volver a dormirse, algunas veces optaba por continuar el sueño despierto. Un territorio donde se sentía mucho más cómodo porque tenía cierto control de la situación y podía llevarla adonde quisiese, salvo con sus hijos, con quienes invariablemente imaginaba diálogos cargados de recriminaciones.

A Hugo solía invitarlo a un bar, pedían un par de cervezas y le contaba su versión de los hechos, pero lo que más le gustaba era escuchar de su boca las historias de los chicos. Disfrutaba saber que estaban creciendo bien, que no les faltaba nada y que siempre lo

recordaban con cariño. Hugo intentaba convencerlo de volver a la Argentina, pero él le explicaba que era imposible. Había elegido otro camino y tenía que aceptar las consecuencias por duras que fuesen.

Con Pablo los encuentros eran violentos: generalmente llegaba al local acompañado de un matón. Había contratado a una agencia de detectives para rastrearlo y le exigía que le pagara las deudas. Ya sabía lo que tenía que hacer, lo invitaba a pasar a la oficina, le daba la llave de la caja fuerte y le decía que adentro había bastante dinero, que lo tomara y se fuera. Cuando Pablo se disponía a abrirla él empuñaba el bate de béisbol que el Gordo había dejado detrás de la puerta para casos de

extrema necesidad y le aplicaba un furibundo golpe en la nuca. El primero alcanzaba para voltearlo, quizás caía muerto o al menos desmayado. Los siguientes eran por puro gusto, lo golpeaba hasta destrozarle el cráneo y luego huía por la puerta trasera del negocio para evitar al guardaespaldas que esperaba en el salón.

Prefería cortar ahí la fantasía porque hasta ese punto era placentera, le gustaba matarlo a palazos, si seguía ya sabía que vendría una nueva huida sin rumbo y no estaba dispuesto a volver a empezar. Estaba grande para eso.

Que recordara, una sola vez lo visitó Estela. A pesar del paso de los años, él la veía igual a como estaba cuando dejó Buenos Aires. Llegó

vestida con una ropa que jamás había usado: un pantalón de cuero negro o tal vez de neopreno, que copiaba perfectamente las curvas de su cuerpo; botas altas y una remera del mismo material que el pantalón, con un cierre relámpago entreabierto que dejaba a la vista unos pechos que Estela nunca había tenido.

A veces dudaba si se trataba de Estela o de Angelina Jolie personificando a Lara Croft en el afiche de una película. No importaba demasiado porque cuando empezaba a coquetear con ella, la que aparecía con el bate de béisbol era Ilu y prefería cortar ahí el sueño antes de ver la sangre ensuciando el traje de goma.

Recibía las mañanas con alivio. No hay nada más reconfortante para alguien que padece pesadillas, que el amanecer.

Capítulo 28

Porteñito, contame tu historia. ¿De qué huis? Realmente no quiero hablar de eso. Es que ya hace mucho tiempo que estamos juntos y no sé nada de vos. No sé si tenés familia, hijos... No sé qué es lo que te pasó en la vida que te hizo tanto daño, tenés herida el alma y me gustaría ayudarte o al menos entender. Huyo de mi propia locura, fue un arrebato, un instante de debilidad que no tiene vuelta atrás y estoy pagando el precio. Es un precio alto, enorme, muy caro. Vi la foto que llevás en la

billetera, dos niños hermosos. ¿Son tus hijos? Ilu, realmente no puedo hablar de eso, se me parte el corazón. Bueno, cuando puedas yo estoy acá para escucharte, quizás te haga bien soltarlo, en mí podés confiar. Ya no puedo confiar ni en mí mismo, es decir que ya no puedo confiar en nadie.

Capítulo 29

A pesar de que llevaba varios años viviendo en Paraguay prácticamente las únicas fuentes de entretenimiento que tenía eran la televisión, algunos libros y la computadora. Su vida social era casi inexistente, a excepción de

su socia y amante, con quien se negaba a convivir a pesar de sus frecuentes pedidos.

Necesitaba la soledad tanto como el agua. Estar solo era para Sergio una forma de auto flagelo que le permitía conectarse una y otra vez con el recuerdo de su familia. No podía ni quería evitar pensar en ellos, ni siquiera pretendía dejar de padecer el dolor de no saber qué había sido de sus vidas.

Por lo demás, pasaba largas horas mirando películas y series en televisión e Internet.

Con el tiempo empezó a recuperar la posibilidad de leer los diarios argentinos, que periódicamente se ocupaban del atentado. Algunas repercusiones de las idas y vueltas de

la causa en Tribunales y los actos de cada aniversario exigiendo justicia, eran las referencias más frecuentes que podía encontrar en su lectura de las versiones online de los principales matutinos porteños.

Le gustaba seguir la información sobre Boca Juniors, los casos policiales resonantes y algunos episodios de la vida política, como las frecuentes crisis económicas separadas apenas por ciertos momentos de estabilidad. Se sentía aliviado de ya no tener una fábrica y por lo tanto no estar obligado a pagar jornales, proveedores, ni impuestos; mucho menos tener que lidiar con prestamistas.

Cada tanto googleaba a su familia y a sus amigos, pero era muy poco lo que aparecía.

Sus hijos, que cursaban la escuela primaria cuando los vio por última vez, si habían seguido estudiando (y probablemente lo hubieran hecho), a esta altura estarían recibidos o cursando los últimos años de la facultad. Ya no eran niños, sino jóvenes o en verdad, adultos. Habían pasado casi veinte años.

Sergio distaba mucho de ser un avezado internauta, pero usaba la red para mirar noticias, buscar novedades tecnológicas para el local y bajar películas y música.

En uno de sus paseos habituales por el cyber espacio puso en un buscador el nombre de su hijo y le apareció un link a un perfil de Facebook. Por supuesto había escuchado

hablar de la red social pero nunca había entrado. El Face ya no era tan novedoso, pero él consideraba que era "algo de jóvenes" a lo que los adultos no accedían.

Tocó el vínculo que lo llevó a una página que tenía el nombre de su hijo, la ciudad donde vivía y una foto. Su corazón dio un salto brusco, sintió que le bajaba la presión. Hizo un clic en la foto para agrandarla, pero le apareció una leyenda que decía que para acceder a más información debía solicitarle amistad. Se quedó mirando la imagen con mucho detenimiento, estaba igual, pero más grande.

De repente entendió que en su imaginación Mati seguía siendo un niño, pero

la realidad indicaba que era un hombre. Le pareció hermoso; tenía una cara simpática y con sólo mirarlo podía verse que era un buen pibe. Hizo lo mismo con su hija. No encontró a nadie con su nombre, repitió la operación con Estela y otros parientes, sin éxito.

De inmediato decidió crear un perfil pero se dio cuenta de que no podía hacerlo con su propio nombre e imagen. Pasó largas horas analizando Facebook solamente para tratar de entender la lógica, creó una cuenta con una identidad ficticia y empezó a experimentar, le dedicó varias horas hasta que el sueño le fue ganando.

A la mañana siguiente buscó al empleado más joven del negocio, a quien le había

escuchado hablar apasionadamente de Facebook en varias oportunidades, y le pidió que le enseñara a usarlo. Era simple, progresó mucho en pocos minutos.

Decidió trazarse un plan para poder interactuar con su propio hijo sin que este se diese cuenta de con quién lo estaba haciendo.

Empezó por crearse una identidad que resultara creíble para poder pedirle amistad. Calculó que no sería difícil porque según le pareció su hijo no le negaba amistad a nadie, tenía algo así como quinientos amigos.

Eligió un apellido judío, se bajó varias fotos de un joven del interior de la edad de sus hijos que daba el tipo clase media judía rioplatense, confiando en que el azar haría que

nadie lo conociese. Envió pedidos de amistad a mansalva, eligió los nombres de los amigos de sus hijos que recordaba y a medida que lo iban aceptando les enviaba solicitudes a los amigos de los amigos. Completó su perfil poniendo que le gustaban las mismas bandas y películas que elegían otros jóvenes, muchas de las cuales ni siquiera conocía. Al cabo de unas semanas tenía cerca de doscientos amigos con los cuales empezó a comunicarse tímidamente. Le dio Me Gusta a infinidad de publicaciones, hizo algunos comentarios en los muros, subió cosas similares a las que publicaban los demás y creó identidades adicionales de varones y mujeres, con la idea de tener más chances de acercarse sin ser descubierto.

Al cabo de un mes que le resultó interminable le pidió amistad a su hijo desde las distintas cuentas, de a una por día. La respuesta se hizo esperar un poco. Finalmente, una tarde cuando llegó a su casa después de cerrar el local, prendió la computadora y vio que Mati lo había aceptado en todas. Pudo observar a simple vista que su hijo no usaba la red social con mucha asiduidad, en realidad lo que advirtió fue que tenía muy pocas publicaciones propias pero aparecía etiquetado en varias fotos. Quizás tenía una actitud voyeurista, tenía muchos amigos, probablemente miraba lo que publicaban los demás, pero él no subía casi nada.

Paladeó cada una de las fotos que fue

encontrando y de la lectura de algunos comentarios entendió que estaba estudiando alguna carrera de ciencias económicas.

Volvió a emocionarse cuando descubrió que había compartido cuanta publicación alguien había posteado con el reclamo de esclarecimiento y castigo a los culpables del atentado a la entidad judía.

Se obsesionó con Facebook, empezó a entrar varias veces por día para ver si encontraba alguna novedad, una información adicional, cualquier referencia a su hija o a la madre, alguna foto de ellas.

Unas semanas después apareció otra imagen conmovedora, fue al día siguiente del cumpleaños de Estela, un tal Ari Kogan

etiquetó a Mati en una foto en la que aparecía Estela soplando las velitas junto a sus dos hijos y con una adolescente sentada en su falda, cuya identidad desconocía.

La foto era de muy mala calidad. Como todas las fotos de gente apagando velitas, estaba mal iluminada, movida, pero era la primera oportunidad que tenía en casi dos décadas de ver a su mujer y a sus dos hijos.

Radiografió esa imagen, se la bajó a la computadora, la amplió, investigó, aplicó las herramientas básicas del Photoshop que permiten mejorar una toma y la estudió hasta en los más mínimos detalles. Su hija estaba enorme, ya no era una niña, se había transformado en una mujer joven muy

atractiva y bastante parecida a su madre cuando tenía esa edad. A Estela era más difícil evaluarla, estaba echada hacia delante para soplar, el pelo más corto que como solía usarlo, le caía a ambos lados de la cara. La chica que tenía sentada encima tapaba bastante su cuerpo y no era sencillo sacar conclusiones. Se la notaba más grande, pero seguía siendo una mujer bella.

Le pidió amistad a Ari Kogan y sólo tuvo que esperar un par de horas para que lo aceptara, una vez superada esa instancia se le abrió un mundo increíble. Ari era evidentemente el novio de Flor y tenía decenas de fotos de ella, fotos en lugares de vacaciones, abrazada al tal Ari, en grupos de

amigos, vio incluso más caras conocidas de chicos del country y de la escuela que ya eran muchachos.

Revisando álbumes más viejos encontró otra imagen que lo hizo emocionar, era Flor enchastrada de huevos, harina y mostaza, evidentemente se había recibido de algo, pero no sabía de qué. Trató de adivinar mirando el entorno de las fotos intentando descubrir pistas de Ciudad Universitaria, Plaza Houssey o de las columnas de Ingeniería o Derecho, pero no reconoció nada. Tal vez había estudiado en una universidad privada, la intriga y la ansiedad se apoderaron de él.

Se fue a la cama pensando en la vida que habían llevado adelante sus hijos, en que a

pesar de su ausencia habían podido hacer las cosas que los padres esperan de ellos cuando nacen, se los veía felices, estudiando, progresando, con novios y amigos. Flor parecía tener una pareja estable.

Ver esas imágenes le dio cierta tranquilidad, siempre temió haberles arruinado la vida con su decisión de desaparecer intempestivamente. Tal vez lo había hecho, pero no se notaba, al menos en el Facebook.

Meses más tarde Flor apareció etiquetada en una foto, lo que significaba que había creado su propio perfil. Le pidió amistad, pero los amigos de Flor se contaban con los dedos

de una mano y no lo aceptó.

Quizás por decisión propia o por impericia, el perfil de su hija era público, es decir que cualquiera podía ver lo que publicaba. Buscó la sección Información, leyó que era Bioquímica y se sorprendió. Era una carrera que no esperaba, pero recordó su amor por los juegos de química y los experimentos cuando era pequeña y le pareció razonable.

Con el uso entendió que podía poner a Mati y Ari como Mejores Amigos y que Facebook le avisaría cada vez que publicaran algo, lo que le permitió relajarse de la obsesión de mirar los perfiles de todos ellos a cada rato.

Una mañana la red social le dio otro golpe

bajo. Flor publicó una foto en la que aparecía abrazada a una chica y a Mati, acompañada de una leyenda que decía: “Con mis hermanos Mati y Adela”. Su cabeza explotó de actividad y elucubraciones. Lo primero, lo obvio, era que su madre había tenido otra hija.

Recompuso su vida, formó una nueva pareja, está con otro hombre. ¿Con quién? ¿Lo conocía?

Trató de estimar la edad de la chica y hacer cálculos y le pareció que habían pasado unos pocos años entre su desaparición y el nacimiento de su nueva hija. La puta que lo parió quiero saber todo. No estaba seguro si sentía celos o no, más bien predominaba una sensación de curiosidad.

El 25 de mayo Flor publicó otra foto en la que se la veía abrazada a Ari con una leyenda que decía NOS CASAMOS. Así, todo con mayúsculas, acompañado de una pequeña bajada: Estamos muy felices, anoche decidimos casarnos, lo amo, me ama. Para que la alegría fuese completa me gustaría que mi papá estuviese con nosotros y entrar con él del brazo al templo, pero estoy segura que desde donde esté nos va a acompañar.

A Sergio se le puso la piel de gallina. Dejó la computadora sobre la mesa y caminó hasta la ventana. Hacía mucho calor, la noche estaba pesada y se escuchaban algunos truenos que interrumpían el silencio. La abrió de par

en par y se acodó en el umbral a mirar los rayos. Unos minutos después empezó a llover, caían gotas gruesas y pesadas, el aire llegaba impregnado de olor a tierra. La selva quedaba a un paso.

Lo invadió la tristeza, algunas lágrimas le caían por las mejillas. Fue hasta la cocina, buscó la botella de whisky, un vaso alto, unos cubos de hielo y se sirvió una medida generosa. Volvió a la ventana a ver la lluvia, en una mano llevaba el vaso y en la otra la botella que apoyó en el piso junto a la pared. Se emborrachó lentamente, mientras maldecía la decisión de desaparecer.

Al día siguiente no fue a trabajar, estaba en shock.

Los días posteriores fueron duros para él. No sabía qué debía hacer, si es que debía hacer algo. Pensó en todo, por ejemplo, en viajar a Buenos Aires y aparecer esa noche en el templo para llevar a su hija al altar. Concibió la idea con la mejor intención de darle una alegría y cumplirle el deseo, que a su vez era el suyo. Pero claro, no era una opción posible. No tenía derecho a producir semejante conmoción en el casamiento de su hija, a robarse todas las miradas y convertirse de pronto en el protagonista principal e inesperado de una noche tan importante para ella. O tal vez ese fuese el mejor regalo de bodas que pudiera hacerle. Las consecuencias

eran incalculables, en un instante podía transformar una fiesta en una tragedia de consecuencias impredecibles. Cuanto más lo pensaba, peor le parecía. Sintió ganas de morirse, de morirse de verdad, de ser el muerto que no fue y terminar de una buena vez con esta historia.

Había llegado a la conclusión de que no tenía sentido seguir viviendo, que él mismo había destrozado su propia vida y que ahora estaba obligado a cargar con el doble peso por la culpa de haber entristecido a su familia y el padecimiento que lo sentenciaba a una soledad eterna.

Fantaseó con las formas en las que podría matarse. Pensaba que no quería seguir

arruinando más vidas. Nunca se arrojaría bajo las ruedas de un colectivo condenando al chofer a vivir con la culpa de haber matado a una persona. Tampoco quería que un día Ilu alarmada por su ausencia llamara a un cerrajero, entrara al departamento y lo encontrara colgando con la lengua afuera y la cara morada. Había escuchado que matarse con pastillas era muy doloroso y lo descartó de plano. Llegó a la conclusión de que en caso de suicidarse lo haría con un arma de fuego, preferentemente con un tiro en el corazón, como hizo Favaloro. Lo espantaba la idea de destrozar su propia cabeza y que encontraran sus sesos esparcidos contra las paredes.

Dio mil vueltas, como ya había sucedido

otras veces, entendió que para matarse también hacía falta valor y que él hasta entonces nunca lo había tenido.

Cuando se calmó siguió barajando innumerables posibilidades para estar presente de algún modo en la celebración de su hija: mandarle un regalo anónimo de valor simbólico que le pudiese hacer pensar que estaba vivo y velando por ella, pero lo consideró la obra de un perverso.

Una de las alternativas que más le gustaba era camuflarse y asistir a la ceremonia de incógnito, lo que le permitiría darse el gusto de estar ahí sin complicarle la vida a nadie, pero era altamente improbable que ninguno lo

reconociera.

Finalmente consideró la posibilidad de tomar contacto con su hija, decirle que había leído el posteo, separar su reaparición de la fiesta y darle a ella la posibilidad de elegir qué hacer.

Llamó a Ilu y le dijo que estaba enfermo y se tomaría una licencia. No tenía cabeza para ir al negocio, sólo quería quedarse en su casa, sin necesidad de ver, ni hablar con nadie.

¿Pero qué te pasa mi amor? Ya voy para allá a verte y te llevo algo para comer. No Ilu, te agradezco. Atendé el negocio, yo estoy bien, quiero descansar nada más. Ni bien cierro me voy para tu casa mi rey. Ilu, pará, estoy bien,

necesito estar solo. Entonces no te duele el cuerpo, te duele el alma mi amor.

Capítulo 30

Me morí y otro ocupó mi lugar, así de simple. Los lugares que no se ocupan se llenan. Es como la teoría de los espacios de poder o la de los gases, no me acuerdo, tampoco importa.

¿Quién? No sé, no tengo ni la menor idea.

La culpa de todo es mía: yo me fui y los dejé. Ellos no pudieron elegir, yo sí.

Estela parece que no tardó mucho en reemplazarme. Da bronca, en el fondo a todos nos gusta la idea de ser imprescindibles. No le puedo echar la culpa

¿De qué puedo quejarme? En el momento de “morirme” estábamos en crisis. Ella todavía era joven y atractiva, tenía toda la vida por delante. No podía esperar que se quedara llorando el resto de sus días.

Quizás así sea mejor para todos. Espero que al menos haya elegido a alguien bueno con los chicos, que la ayude a criarlos bien, a que sean buenas personas, a prepararlos para que puedan tener una buena vida.

A Mati y a Flor se los ve bien: sanos, estudiando, progresando… En las fotos parecen felices. El más jodido sin duda soy yo que estoy muerto aunque todavía respire.

Capítulo 31

Su vida había vuelto a cambiar una vez más con consecuencias incalculables. Había perdido interés en el trabajo y tampoco podría seguir estando con Ilu sin que ella supiese nada de su vida anterior y de las cosas que estaban pasando adentro de su cabeza.

Se sentía raro, ausente, por momentos irascible o desconcentrado. Empezó a faltar seguido al trabajo con distintas excusas y cuando iba solamente era un fantasma de sí mismo.

Decidió hablar con Ilu, ella era el único ser con quien tenía contacto y estaba seguro de que si podía confiar en alguien, era en ella.

Era una mujer intuitiva, inteligente y simple a la vez. Tenía la capacidad de tranquilizarlo con su escucha y algún comentario sutilmente comprensivo y afectuoso.

Cuando al mediodía cerraron el negocio le propuso cruzar a la bodeguita de enfrente, le dijo que tenía que contarle algunas cosas. Ilu llevaba años esperando que él "le contara algunas cosas". Lo tomó de la mano y permaneció en silencio, permitiendo que él marcara el ritmo al que pudiera avanzar. Ilu no sabía si iban a hablar de lo que tenían que hablar, pero era evidente que Sergio estaba alterado. Algo importante estaba rumiando en su cabeza.

Pidieron una cerveza de litro que trajeron “emponchada” como llamaban en Paraguay a esas horribles fundas de telgopor celestes con las que cubren las botellas para que no pierdan frío. Vino acompañada con un platito de chipás y otro de maníes.

Llegué a Asunción huyendo, estaba muy endeudado, me amenazaban los acreedores, mi vida era un infierno y no quería seguir viviendo así. No me la banqué más y me escapé. Fingí mi propia muerte, dejé en Buenos Aires a mi mujer y a mis dos hijos, en realidad dejé todo, mi casa, mi trabajo, mi mundo, y también mis deudas y a los acreedores.

Al principio fue un arrebato, pero a medida que pasaban los días me di cuenta que ya no tenía vuelta atrás. Nunca más supe de ellos hasta hace unos pocos días que los encontré en Facebook. Estoy muy conmocionado. Los chicos ya son grandes, mi hija se casa en estos días, mi mujer tuvo otra hija y no sé ni siquiera quién es el padre.

De a poco pude reconstruir retazos de sus vidas. Flor es bioquímica, Mati estudia algo, creo que economía, pero no estoy del todo seguro. Realmente no sé qué tengo que hacer, quizás no tenga que hacer nada, pero mi cabeza explota.

Mostrame las fotos, los quiero conocer, no tenés nada que temer, quiero ver a tu familia.

Sergio sacó su teléfono y entró a los perfiles, los desplazamientos de sus dedos en la pantalla táctil eran suaves, amorosos, como si los estuviese acariciando en cada movimiento.

Son hermosos, dos chicos hermosos. El varón se parece mucho a vos, la guaina no. Es igual a la madre – acotó Sergio. Bueno, se ve que en la Argentina tenías buen gusto entonces. Sonrieron. Qué apellido más extraño tenés.

Ilu había leído los nombres en los perfiles, Sergio se preocupó, pensó que le estaba dando demasiada información. ¿Sos polaco, ruso…? Judío. Qué raro, no parecés judío. ¿Por qué? ¿Porque no soy avaro o no tengo la nariz

grande? No seas tonto, no sé, no conozco a ningún judío. Ni siquiera sé si hay judíos en Paraguay. Sí hay, de hecho tenemos varios clientes y proveedores judíos, parecen normales, ni te diste cuenta. ¿Y ahora qué vas a hacer?, boludito – preguntó Ilu tratando de imitar el acento argentino No sé, no creo que tenga derecho a nada. Ellos ya hicieron el duelo, se los ve felices. ¿Cómo vuelvo y les digo acá estoy? Estoy vivo. Mirá porteñito. ¿Cómo te llamás mi rey? Sergio. Bueno, al menos eso era cierto. Mirá Sergio, yo perdí a mis padres cuando era bastante chica y si hoy aparecieran y pudiera abrazarlos, besarlos y hablar con ellos sería la persona más feliz del mundo y nada me importaría nada. Pero

lamentablemente los vi muertos, aplastados entre los fierros del auto. Mi hermana y yo estábamos ahí también y las dos hubiésemos preferido morir en el accidente, pero acá estamos, la vida sigue y no por eso dejamos de extrañarlos. Pero ellos no te mintieron, no te abandonaron. No importa, imaginemos que hoy aparecieran y dijeran que en el hospital los curaron y se quedaron escondidos por algún motivo, yo igual sería feliz por volver a verlos. El mío es un caso difícil, creen que me mataron en un atentado. Si ahora aparezco van a poner en duda todos los muertos, hasta el mismo atentado, me va a odiar medio mundo, no va a ser un tema privado, van a opinar todos, va a ser nota en cualquier medio

de comunicación del mundo. Que se jodan todos los diarios del mundo, tus hijos van a ser felices. No creo, me van a odiar. ¿Te da celos que tu mujer se haya vuelto a casar? No. Bueno, no sé. Estábamos muy mal en ese momento… quizás sí, un poco, pero la cosa no pasa por ella. Que se quede con su marido, su hija, mi casa, a mi lo único que me gustaría es recuperar el contacto con mis hijos. Ni siquiera eso. Aceptaría simplemente poder ir a cenar con ellos una noche, contarles mi versión y después si quieren podría volver a esfumarme sin que el mundo se entere. Proponéselos, quizás acepten.

Los días siguientes fueron días de

angustia, de dudas, de pensamientos obsesivos sobre qué debía hacer. Elaboró mil planes y consideró todas las alternativas. Todos los días rastrilló los perfiles de su familia en búsqueda de alguna novedad por mínima que fuese.

Desde el atentado tenía una pesadilla recurrente, muy breve, una escena nada más. Escuchaba boom, era el ruido de la explosión, después el cielo se cubría de un polvo blanco que no dejaba ver y él se perdía en la neblina y luego se despertaba sobresaltado.

Desde hacía veinte años la pesadilla aparecía cuando quería y sin pedir permiso, pero en esos días lo acosaba cada noche. Boom y después el humo blanco.

Un viernes por la noche entró a la cuenta de Flor y sintió una puñalada en el corazón. Esa fue la primera sensación. Procuró calmarse, ampliar la foto y observarla con mayor detalle. Estaba algo cambiado por los años, pero no cabía ninguna duda: era Pablo y aparecía en la foto con Estela y la chica. Lo buscó en la red, no lo encontró, no debía tener cuenta.

¿Qué carajo hacía Pablo con su mujer y la nena? Ese traidor hijo de puta era el responsable de que él estuviera en Paraguay sin tener siquiera el derecho a la identidad, alejado de su familia y se daba el lujo de aparecer en las fotos familiares.

Utilizó todos los insultos que conocía e incluso creó algunos nuevos, estaban dirigidos por igual a Pablo y a Estela. ¿Podía ser su marido y el padre de la pendeja, o era simplemente que coincidieron en alguna reunión donde se sacaron la foto? En ese caso, ¿por qué se la sacaron y por qué Flor la subió a la red donde publicaba muy pocas cosas? Si es el marido juro que me compro un fierro, vuelvo a Buenos Aires y los mato a los dos, a él y a ella.

De todos los hombres del mundo hubiese podido elegir a cualquiera, que lo hubiese entendido, a cualquiera menos a Pablo.

La palabra que más rondaba en su cabeza era traición, tampoco podía confirmarlo pero

era como la vieja frase: “si tiene cuatro patas, ladra y mueve la cola…”

Pocos días más tarde fue el cumpleaños de Pablo, evidentemente hizo una fiesta en la cual se tomaron muchas fotos y en varias de las que publicó Ari aparecía él. En una se lo veía dándole un afectuoso beso en la boca a Estela, que sostenía una torta con velitas. La chica también aparecía en muchas tomas abrazada a Pablo.

Está claro que Pablo es la pareja de Estela y el padre de la pendeja de mierda – dijo Sergio en voz alta a pesar de estar solo.

Sus primeros pensamientos fueron en una

sola dirección: cuál sería el método que utilizaría para matarlos. Tal vez debería matar solamente a la nena ya que imaginaba que ese sería el peor dolor que podría provocarles. Esa idea le gustó, lo reconfortó, le pareció que era un precio justo para la traición. Era horrible matar a una chica, pero también era espantoso lo que le habían hecho.

Con los días se tranquilizó. Empezó a creer que enterarse de la relación entre Pablo y Estela, era lo mejor que le podía haber pasado. Lo que justificaba su huida, lo que colocaba la mayor responsabilidad en ellos, lo que le abría la posibilidad de volver, dar una explicación razonable y lograr la comprensión

de sus hijos.

Recordó que en su momento sospechó que ella tenía un amante y ahora estaba convencido de que ese amante era Pablo y que juntos tramaron todo para que se suicidara o huyera o se separara, o incluso para matarlo. Por eso Pablo le había mandado a los matones. No cabía ninguna duda: se lo sacaron de encima y él fue tan tonto que les hizo el juego. Se fue, desapareció, les dejó el terreno libre, blanquearon, se casaron, tuvieron una hija, se quedaron con todo y él estaba como un boludo escondido en Paraguay, más solo que un loco malo, desde hacía dos décadas.

Quizás creían que de verdad había muerto. Sería raro, no podrían haber

encontrado el cadáver, pero seguro que tampoco se habían esmerado mucho en buscarlo.

Su huida resultó buena para todos, no sólo para él que se libró de sus deudas y las amenazas sino también para ellos que pudieron formar una familia. Pero ellos se habían llevado la mejor parte, se habían quedado con todo.

Estaba seguro de que no le habían contado nada sobre las deudas y los aprietes a los chicos, por eso se los veía sonrientes al lado del traidor.

Tal vez podría aparecer una noche, tocar el timbre de la casa a la hora de la cena, con suerte estarían los cinco reunidos, y que todos

blanquearan su juego. Ellos negarían todo pero las cosas eran evidentes, estaban claras como el agua.

Podrían pasarse mutuamente las facturas que quisiesen y luego establecer una especie de jubileo en el cual todos se perdonasen todo. Algo civilizado, entre gente adulta y razonable. Él había sido quien había pagado el mayor costo, sin contar a sus hijos por supuesto. Estarían a mano, no habría deudas. Él no reclamaría nada ni aceptaría reclamos, ni de Pablo ni de Estela, y luego verían si era conveniente que reapareciera en público o que se mantuviera en la clandestinidad. En cualquier caso recuperaría el contacto con sus hijos. Esa idea le agradaba.

A la mañana cambió de parecer bruscamente. Iba a matarlos, lo había decidido. No tenía nada que perder porque ya lo había perdido todo.

Empezó a pensar nuevamente en cómo lo haría. No sabía si valdría la pena esmerarse en que no lo descubrieran, quizás sería más sencillo pegarle un tiro a cada uno en la calle y entregarse. Después explicaría la historia.

También podría emboscarlos una noche y desaparecer, nunca lo buscarían porque él no existía. Podría entrar en forma clandestina al país y ni siquiera su nueva identidad se vería involucrada.

El único obstáculo que pasaba por su mente eran los chicos, los suyos, la pendeja no le importaba. Ya habían sufrido la muerte trágica de su padre y ahora les tocaría afrontar la de su madre. Era difícil imaginar un destino más triste, le dolía el corazón de sólo pensarlo, pero no podían llevársela de arriba. No era justo.

Horas más tarde puso la pava a calentar y preparó el mate. Más sereno, se sentó a pensar en la mesa del comedor. Retomó una vez más la opción pacífica. ¿Y si volvía y les contaba la historia a los chicos? Sus hijos pasarían a odiar a los traidores y perdonarían a su padre que en realidad había sido una víctima de su

perfidia. Que palabra rara, le recordó el bolero, eso era mejor, sin duda lo dejaría bien parado y sería menos trágico para sus hijos.

Especuló con una entrada cinematográfica al templo el día del casamiento contando la verdad a los gritos delante del rabino, ante la mirada de toda la familia y los amigos, bajo el discreto amparo de Dios.

Dios lo iba a perdonar porque Dios nunca podría estar del lado de los hijos de puta -especuló como si siempre hubiese sido creyente.

Tomó un mate y se distrajo. Cuando retomó sus pensamientos imaginó a Flor diciéndole “viejo me alegro mucho de que

estés vivo, pero no podías hacer todo este quilombo otro día, justo hoy, justo acá" - y una sonrisa se dibujó tenuemente en su rostro.

Su cabeza giraba a la velocidad de la luz imaginando y evaluando alternativas en forma circular, daba vueltas, pasaba por todas y volvía a empezar.

Agotado invitó a Ilu a cenar a La Cabrera que había abierto una sucursal en Asunción y se había transformado en el centro de la movida gastronómica, ya no le importaba nada de nada. Quería comer algo rico, tomarse una botella del mejor vino tinto argentino y compartir sus pensamientos con ella que era la

única persona en el mundo con quien podía hacerlo. Pidieron un chorizo para compartir, un asado de corte inglés, una ensalada verde, agua y un Malbec.

Cuando el mozo los dejó solos le abrió su cabeza y su corazón.

Le contó todo lo que había averiguado, le dijo que su mujer se había casado con el usurero que lo había amenazado de muerte y que juntos habían tenido una hija.

Hablaron de sus sentimientos y sus planes, sin ningún pudor ni límite, le dijo que pensó desde matarlos, hasta desenmascararlos, y que se sentía confundido y no sabía qué hacer.

Por momentos parecía loco,

descontrolado, como poseído y luego recobraba cierta normalidad.

Ilu lo escuchó en silencio, mirándolo a los ojos, mientras con su mano acariciaba la de Sergio suavemente.

A mí me parece muy distinto si ellos habían pergeñado un plan para sacarte de encima, que si se enamoraron después negociando las deudas, por ejemplo. Es lo mismo. No, no es igual. Imagínate que el Gordo se levantara de su tumba y nos viera acá, cenando juntos, tomados de la mano. Podría creer que éramos amantes antes de que él muriera y no fue así. Si ellos hubieran hecho un plan para eliminarte del juego, serían unos maquiavélicos hijos de puta, si se

enamoraron después de que desapareciste, los podría entender, son cosas de la vida. ¿Y cómo querés que lo averigüe, los llamo por teléfono y les pregunto? ¿Te imaginás que me dirían la verdad? Sí, te estábamos cagando, antes de que te fueras e hicimos lo imposible para limpiarte y vos nos solucionaste todo porque sos un boludo. Nos evitaste que los matones de Pablo te pegaran un tiro simulando un episodio de inseguridad, nos ahorraste cargar en la conciencia con un asesinato, ni más ni menos que el del padre de los chicos. Imposible, imposible saberlo. A veces cuando la gente pregunta el otro le dice la verdad. A veces sí, a veces no. Podrías intentarlo.

Pidieron un flan con crema para

compartir, tomaron café y fueron a la casa de Sergio y se acostaron hasta quedar desvanecidos. Esa noche dejó que Ilu se quedara a dormir en su casa, la necesitaba a su lado.

Capítulo 32

A la mañana siguiente fueron al local. Sergio trató de concentrarse en el trabajo. Supervisó la llegada de mercadería y cuando terminaron de bajar las cajas llamó al fletero que trabajaba para ellos desde hacía años y lo hizo pasar a la oficina para pagarle. Le sacó conversación y lo fue llevando al tema que realmente le interesaba.

Braulio le había contado alguna vez que

se había comprado en el mercado negro una pistola Glock que llevaba siempre encima. Normalmente circulaba con el camión cargado de mercadería valiosa y quería tener un arma para defenderse en caso de que quisieran asaltarlo.

En su momento Sergio le había dicho que era una locura.

- Braulio, la mercadería no es tuya y tiene seguro, qué te importa si la roban, te van a matar a tiros.
- A Braulio nadie le va a robar o, por lo menos no les va a salir gratis.

El fletero ignoró sistemáticamente sus consejos, siempre llevaba la pistola en la cintura o en la gaveta del vehículo.

Ese mediodía Sergio le habló de la inseguridad y le dijo que él también quería comprarse un arma. Braulio prometió llevarlo uno de esos días a lo de un vendedor clandestino y Sergio insistió para que fueran en ese mismo momento.

Los dos subieron al camión de Braulio y se dirigieron a Mercado 4. Estacionaron cerca, en una playa para los camiones que abastecen de mercadería al mercado más populoso de Asunción, y se adentraron por sus laberínticas callejuelas. El fletero conocía bien el lugar, Sergio en cambio había estado una sola vez, no era un lugar para que un extranjero se metiera sin un guía local.

En Mercado 4 se vendía todo lo

imaginable: alimentos, electrodomésticos, artículos de limpieza, ropa y por supuesto: drogas y armas. Era solamente cuestión de saber a quién recurrir.

El ambiente estaba impregnado del perfume de las hierbas de todo tipo que se ofrecían por doquier y que una parte importante de los paraguayos usaba para preparar infusiones medicinales. Los carteles permitían identificar lo que de otro modo hubiese sido imposible para Sergio: peperina, poleo, diente de león, espirulina, manzanilla, valenciana, malva, ginko, cedrón, cola de caballo o el poético "murmullo de vertiente". Todos elementos que en manos expertas prometían curar los más diversos males.

Un mundo de changarines apurados arrastraba paquetes y carros desbordantes de mercaderías en distintas direcciones. Volúmenes que parecían imposibles para un solo hombre eran cargados por viejos o niños sin distinción.

Braulio lo guió hasta un local que vendía ropa interior de hombre y mujer donde podían verse calzoncillos con las marcas más famosas y bombachas que iban desde una tanga diminuta hasta enormes calzones. A Sergio le llamó la atención un maniquí que custodiaba el lugar desde la entrada, ataviado con un disfraz de policía que incluía un body negro de encaje, esposas, cachiporra y una gorra idéntica a la de la policía paraguaya.

Saludaron a Ismael con el clásico apretón de manos que luego giran alrededor de los pulgares a un segundo apretón más informal. Braulio habló primero en guaraní para que Ismael se sintiera confiado para negociar con Sergio y una vez superado el trámite, el vendedor los hizo pasar a la parte de atrás del local y el resto de la conversación continuó en español.

Por recomendación del chofer Sergio pidió una Glock calibre 40, la mejor según las palabras de Braulio. El vendedor le preguntó si sabía tirar y tuvo que admitir que nunca había disparado.

Aunque a mí no me conviene porque es

mucho más barata, para empezar, mejor comprate un revólver calibre 22 y una caja grande de balas. Andá al río a tirar, después si querés volvé y la cambiás por una más poderosa.

Sergio dio algunas vueltas para explicar sus dudas sobre el poder letal de una 22 en caso de necesitarla, hasta que el vendedor le explicó que era el arma preferida de los asesinos a sueldo, la que usaban los sicarios colombianos. Le aseguró que le resultaría más fácil manejarla y que a corta distancia, un par de tiros eran tanto o más mortales que los de un calibre 40, especialmente si usaba balas de punta hueca.

Después de algunas cavilaciones compró

una revolver Beretta calibre 22 negro con cachas marrones y una caja de cien balas de punta hueca. Antes de irse pidió una caja más, calculó que hasta que aprendiera a apuntar le iba a llevar al menos doscientos tiros.

Sergio pagó, se colocó el arma en la cintura y la cubrió con la camisa, desandaron los pasillos del mercado hasta la chata de Braulio y le pidió que fueran a un lugar donde pudieran practicar.

Patrón me estás dejando sin siesta. Dejate de joder Braulio, dormís siesta todos los días de tu vida, hoy vamos a tirar.

Los primeros intentos fueron un fracaso absoluto, no salían las balas. El chofer se burló de él, le mostró como sacar el seguro y

enseguida Sergio demostró que no era tan malo. Disparó cerca de cien tiros y fue mejorando su performance hasta que, con el brazo un tanto acalambrado, decidió racionalizar las balas pensando en un segundo entrenamiento y en dejarse una buena cantidad para cuando tuviera que usarla en serio.

Mañana volvemos, vamos a comprar unas sandías y unos melones y vamos a probar qué les hacen las balas de punta hueca. Si vemos que no los hacen mierda volvemos a lo de tu amigo y la cambiamos por una Glock.

Che patrón, vos no te estarás por meter en quilombos ¿no? Braulio, soy el campeón mundial de los quilombos, pero quédate

tranquilo, esto es sólo por seguridad.

Capítulo 33

El martes siguiente se cumpliría un nuevo aniversario del atentado. Los actos estarían teñidos por los conflictos políticos entre el Gobierno y las entidades judías que reclamaban por el esclarecimiento de los ataques. Los diarios dedicaban muchas páginas a la polémica por el Memorándum de Entendimiento con Irán, tema donde funcionarios y familiares se trenzaban en una esgrima verbal acerca del camino adecuado para llegar a esclarecer los atentados y

castigar a los culpables. El gobierno sostenía que la única forma de avanzar era estableciendo un acuerdo con Irán para interrogar a los sospechosos. La oposición y la mayoría de los familiares creían que era al menos una ingenuidad pensar que Irán entregaría a sus ciudadanos y que esta maniobra en realidad disimulaba un acuerdo con la aviesa intención de levantar los pedidos de captura internacionales que pesaban sobre los sospechosos. A cambio se denunciaban acuerdos de cooperación nuclear e incluso económicos, el costo sería la impunidad para los responsables del atentado.

Sergio, por primera vez en muchos años, leyó en los diarios digitales y en los de papel

que llegaban a Paraguay, todo lo que se publicaba en relación al ataque terrorista.

Para su sorpresa uno de ellos traía una larga nota a Pablo en la que contaba que había perdido a su única hermana y que también había muerto el ex marido de su actual pareja. La nota era una de esas típicas crónicas de color edulcoradas cuyo título era “De la tragedia al amor”. Sergio sintió náuseas, pero pudo conocer una versión de los hechos de boca de uno de los protagonistas.

No les creo nada, son todas mentiras. Poné que te la garchabas antes y que el atentado te arregló la vida.

No pudo dejar de sorprenderse de que Ana, a quien conocía perfectamente, hubiera

muerto ese día. Siempre le llamaban la atención las cosas que se unían a través de grandes casualidades, pero esta vez en su delirio furioso todo le parecía parte de un plan macabro.

¿Y Anita cuánto te debía? ¿O la limpiaste porque tenía una parte del negocio de la cooperativa y te querías quedar con todo? O capaz que también te cogías al novio de Anita, puto de mierda.

Cuando se calmó entendió que Pablo no podía tener nada que ver con la muerte de su hermana a quien adoraba y que tampoco tenía una relación directa con su propia muerte, él solo, y por propia voluntad, había elegido morirse ese día.

¿Y si Estela y Pablo de verdad se habían encontrado en los grupos de familiares como decía la nota? ¿Y si hermanados en el dolor por la pérdida de sus seres queridos se consolaron mutuamente? Igual serían unos hijos de mil putas, podían consolarse con lo que quisieran, menos entre ellos dos.

Ya no soportaba la lejanía, quería estar en Buenos Aires y enfrentarlos, saber la verdad, recuperar la relación con sus hijos.

La etapa Paraguay estaba cumplida y había decidido volverse. Ya no tenía nada más que hacer en Asunción.

Que sea lo que Dios quiera, yo me vuelvo a la Argentina.

Capítulo 34

Para los judíos argentinos organizar un casamiento o un Bar Mitzva es una tarea monumental, que requiere mucho tiempo, recursos y organización. El anuncio de Flor y Ari fue, si se quiere, precipitado en términos organizativos para un evento de esa magnitud. Apenas faltaban seis meses para la fecha elegida.

La primera pregunta y la más obvia que todos les hacían era si Flor estaba embarazada.

No, para nada. Nos gusta la idea de casarnos en primavera, cuando empiece a hacer un poco de calor, noviembre o

diciembre. Queremos que los días sean largos, que brille el sol, así que evaluamos varias fechas y elegimos hacerlo el primer sábado de diciembre. Si no, teníamos que esperar un año más - era la explicación que daban a todos los que les preguntaban.

Tenían mil decisiones que tomar y poco tiempo para hacerlo: los trámites del civil y el brindis de ese día, elegir un templo, el salón, el catering y el menú, confeccionar la lista de invitados y hacer las participaciones, encargar la ropa de la novia y de la familia más cercana, el disc-jockey y el tipo de música, fotógrafo, video, suvenires, algún show, la lista de regalos, la noche de bodas y la luna de miel, entre otras muchas cosas.

El financiamiento estaba asegurado, Pablo y los padres de Ari, ofrecieron pagar a medias los gastos, que no eran pocos por cierto.

Decidieron empezar por los puntos más críticos: el templo y el salón. Para todo lo demás había alternativas, pero tenían que asegurarse para el día elegido la disponibilidad para la ceremonia y la fiesta. Buscaban una sinagoga poco ortodoxa ya que ninguno de los dos era religioso. Encontraron una ideal en el Bajo Belgrano, un edificio moderno y lindo, ubicado cerca de la casa de las dos familias.

Los negocios de Pablo con algunos miembros de la dirección del templo facilitaron las cosas para que les hicieran un

lugar en una agenda muy apretada.

En cuanto al salón, buscaban uno grande, preferentemente el de algún hotel, porque les resultaba cómodo que ellos se ocuparan de todo, incluida la decoración y la comida. Podrían tomar unas habitaciones para las dos familias y usarlo como base de operaciones. Visitaron todos los cinco estrellas de Buenos Aires y optaron por el Alvear, básicamente por una razón poderosa, era el único que tenía esa fecha disponible. Hubiesen preferido uno más moderno que aristocrático, pero era lo que había.

Flor y Estela iniciaron un peregrinaje por los diseñadores de moda en búsqueda de los vestidos perfectos para esa noche. Los fines de

semana la pareja pulía listas de todo tipo, fundamentalmente de tareas e invitados: la familia de un lado y la del otro, amigos de cada uno y comunes, los amigos de sus padres e incluso algunos compromisos laborales.

Trabajaban a buen ritmo, los dos eran organizados y tenaces.

Capítulo 35

Sergio había decidido volver. El casamiento y el deseo de su hija de que la acompañara al altar habían sido los disparadores, pero no tenía un plan claro y se tomó un tiempo prudencial para decidir qué haría. Empezó a acumular información que lo ayudara a formular una estrategia. Googleó los

nombres de la familia hasta ubicar la dirección de un departamento que estaba a nombre de Pablo en Belgrano, pero no podía saber si la familia vivía ahí o si simplemente era una propiedad de su ex acreedor.

Buscó en la guía el número de teléfono y decidió llamar y ver si era capaz de reconocer la voz de alguno o preguntar por ellos. Prefirió hacerlo desde un locutorio para no dejar cabos sueltos, esa noche a la salida del negocio caminó unas cuadras y entró a uno por el que pasaba seguido. Era un lugar sórdido, un kiosco que en la parte de atrás incluía un cyber y tres cabinas telefónicas. En el lugar se veían algunos adolescentes enfrascados en las luchas intergalácticas de los videojuegos.

Pidió una línea para hacer una llamada internacional, sin estar muy seguro de qué diría. Con visible nerviosismo marcó el teléfono, era la hora de la cena y podía atender cualquiera o ninguno.

Decidió tapar el auricular con la tela de la camisa para disimular su voz en caso de que atendieran Estela o Pablo, los únicos que podrían reconocerla.

Sonó algunas veces hasta que respondió una empleada doméstica con un acento paraguayo al que ya estaba muy acostumbrado.

La señorita Florencia por favor. No se encuentra, ¿de parte de quién? Soy fotógrafo y quería hablar con ella por el tema del

casamiento. La señorita no está. ¿Quiere que le pase con la madre? ¿La señora Estela? Sí. Páseme por favor. Tras algunos segundos de una espera interminable volvió a escuchar su voz después de tantos años.

Hola, ¿quién habla? Hola…

El corazón de Sergio se aceleró a la velocidad de la luz y un shock de adrenalina le nubló el cerebro. Sintió que se mareaba y podía llegar a desmayarse. Le resultó un mazazo volver a escuchar la voz de su mujer, quizás algo avejentada por el paso de largos y silenciosos años, pero perfectamente reconocible. Tapó el micrófono del teléfono para no hacer ningún ruido y escuchó a Estela repetir varias veces hola, hola y después

gritar: Bety, quién era, se cortó. Lo siguiente fue el clic cuando Estela apoyó el auricular en la base.

Pagó la llamada y salió a la calle. Decidió caminar un rato en la noche cálida de Asunción bajo una luna llena que iluminaba todo, tratando de ordenar sus ideas y recuperar la calma. Llegó a su casa y se tiró vestido sobre la cama, no tenía deseos de cenar, apagó las luces y se quedó quieto esperando que el sueño llegara lentamente.

Capítulo 36

Sergio había leído sobre Google Street

View, pero nunca lo había usado. Se bajó la aplicación y lo abrió en su computadora. Puso la dirección del departamento de Belgrano y “caminó” la cuadra. Quedó muy sorprendido, podía ver todo como si realmente estuviese ahí.

El edificio donde vivía su familia, dudó si debía llamarla así dado que también Pablo vivía allí, era una torre nueva y desangelada, en una zona de la ciudad que también recorrió en detalle desde el ordenador. Cuando había dejado Buenos Aires ese barrio estaba muy poco desarrollado y ahora lucía como un lugar próspero, de gente adinerada, lleno de torres nuevas, bares y restaurantes atractivos, a pocos metros de los Bosques de Palermo.

Intentó ubicar un hotel por allí para estar cerca y hacer un espionaje discreto, pero pronto entendió que en esa zona no había hoteles. Apenas encontró un par de albergues transitorios, así que empezó a buscar departamentos de alquiler temporario orientados a turistas. Se notaba que era un negocio próspero porque había infinitas empresas que los ofrecían, algunas pequeñas y otras que llegaban a tener en sus páginas cientos de propiedades. Con paciencia eligió un departamento de un ambiente con cocina, ubicado justo enfrente del edificio de su familia. Le gustó porque daba a la calle y desde allí podría ver la entrada al edificio y quizás alguna ventana del departamento. Lo

reservó de inmediato hasta la fecha del casamiento.

Unos días más tarde habló con Ilu y le dijo que se iba a tomar una licencia.

¿Qué vas a hacer porteñito? Buscar mi destino. Este es tu destino. Hoy tenés otra vida, acá, en Paraguay y ellos también tienen otra vida en Buenos Aires. Una que no eligieron, dejalos vivirla en paz. Algunos sufrieron mucho, es verdad, otros se sacaron la grande y el premio lo pagué yo. ¿Y cuál es tu idea? No sé, necesito estar cerca, sentir y pensar. ¿Vas a volver a Asunción o este es nuestro final? Sí, voy a volver. Los antecedentes no ayudan a que te crea. Voy a

volver, nadie desaparece dos veces en la vida.

El jueves a la noche fue a cenar a la casa de Ilu para despedirse de ella y los chicos.

Le daba pena irse, realmente no sabía si volvería a verlos. Los hijos del Gordo ya eran muchachos grandes, habían crecido sin su padre. Los chicos de algún modo también eran parte de su vida y él de la de ellos. Pero si había dejado a sus propios hijos, podía dejarlo todo.

A Ilu la notó preocupada, temía tanto que hiciera una estupidez, como que no volviera nunca más. De todos modos era consciente de que nada lo haría cambiar de opinión. A los chicos sólo les dijo que viajaría unos días a

Buenos Aires porque hacía mucho tiempo que no visitaba su país.

Cuando terminaron de cenar, Ilu salió con Sergio a la calle para conversar unos minutos a solas. Desde que Sergio tomó la decisión de regresar, no volvió a afeitarse para dejarse una barba por primera vez en su vida.

Te queda bien, le dijo Ilu, pero tu familia no te va a reconocer si volvés después de tanto tiempo y estás tan cambiado. Creo que es la idea. Me da celos que vuelvas a ver a tu mujer, es linda y vos estás hecho un galán. No te preocupes, lo único que tengo con ella son cuentas pendientes. Rohayhu eterei, porteñito, no te olvides.

No era sólo la barba lo que lo hacía verse distinto, tenía también algunas entradas y bastantes canas. Se mantenía delgado, pero su cuerpo ya no era el de un hombre joven y su rostro estaba surcado por algunas arrugas que le daban carácter. El tiempo lo había vuelto quizás más interesante, a esa edad conservar bastante el pelo y no haber engordado, marcaba una diferencia con la mayoría de los hombres de su generación.

Compró una gorra negra y se la probó con anteojos de sol, al fin y al cabo, quizás después de veinte años no resultaría tan fácil reconocerlo.

Armó un bolso con ropa, puso adentro su computadora y algunos objetos que consideró

que le podrían ser útiles: el arma, las balas y unos dólares que sacó de la caja fuerte.

Capítulo 37

Faltaba poco menos de un mes para el casamiento cuando comenzó a desandar el camino que lo había llevado a Paraguay. Esta vez cruzó la frontera en un taxi por el puente internacional San Ignacio de Loyola. Usó los documentos que el primo de Ilu le había confeccionado y nadie reparó en que eran falsos. Antes de pasar la aduana entró al baño y se colocó la pistola en la cintura, la cubrió con su camisa y guardó las balas de repuesto

en un bolsillo de la campera. Los encargados de los controles sólo abrieron el bolso, vieron que llevaba efectos personales y pasó la prueba sin dificultades.

Le pidió al taxista que lo dejara en la terminal de ómnibus de Clorinda donde sacó un pasaje a Buenos Aires en un ómnibus que saldría unas horas más tarde.

Podría haber tomado un avión desde Asunción, pero no hubiese podido subir con un arma sin que la detectaran en los controles.

Como tenía un tiempo de espera, quiso volver al bar donde había conocido al mozo que lo había ayudado a cruzar la frontera veinte años atrás, pero ya no existía, ahora era una tienda de ropa de dudoso gusto. No era lo

único que había cambiado en veinte años.

Durmió bastante durante el viaje, aunque pasó algunos sobresaltos, ya que dos veces el ómnibus se detuvo por distintos controles. Primero fue la policía chaqueña mientras atravesaban esa provincia y Gendarmería más adelante. En ambos casos subieron efectivos de las fuerzas de seguridad que recorrieron los pasillos, mientras perros especialmente entrenados olfateaban los equipajes guardados en las bodegas. Buscaban drogas.

Cuando entraron a la Capital Federal estaba anocheciendo. Llegar a la Terminal de Retiro le hizo revivir la angustia del día en

que estalló la bomba y abandonó a los suyos, partiendo en un ómnibus similar al que lo estaba trayendo de vuelta a ese mismo lugar. Pensó que haber vuelto era una estupidez, pero siguió adelante impulsado por el deseo de volver a ver a sus hijos.

Hizo la larga fila de los taxis, tomó uno, y le indicó la dirección en Belgrano donde había alquilado el departamento. Volver a recorrer las avenidas porteñas le generó curiosidad. Tomaron Libertador y después Figueroa Alcorta. Reconoció muchos edificios que habían permanecido dormidos en su memoria durante tanto tiempo. Iban despertándose a medida que los iba viendo. Eran prácticamente los mismos de cuando partió.

En esa primera recorrida desde el taxi pensó que de alguna forma Buenos Aires parecía haberse detenido en el tiempo, no estaba tan distinta a la de sus recuerdos. Por un momento se entusiasmó, quizás sus habitantes también pudieran haber estado adormecidos, como preservados en formol. Quizás nada hubiese cambiado.

La ilusión le duró poco, fueron los autos los que le recordaron el paso del tiempo. Una camioneta similar a la que tenía cuando dejó Buenos Aires quedó detenida en un semáforo junto al taxi, la miró y le pareció demasiado vieja. En ese instante cayó en la cuenta que ya nada sería lo que había sido.

Llegaron rápido al destino. La oscuridad

de la cuadra le dio la tranquilidad de que no sería reconocido por nadie.

Sentado en un sillón del hall del edificio, lo esperaba un empleado de la inmobiliaria. Subieron al departamento, firmaron algunos papeles, pagó el mes en efectivo por adelantado y tuvo que soportar que el muchacho le mostrara que el inventario estaba completo. En cuanto pudo le dio una propina y cerró la puerta.

El departamento era lindo, moderno, bien equipado, todos los muebles y electrodomésticos parecían recién comprados.

Miró por la ventana y se detuvo por primera vez a observar el edificio de Pablo y Estela, era enorme, contó los balcones para

identificar el piso, pero resultaba evidente que en el mismo nivel debía haber varios departamentos, todos tenían las cortinas corridas y era imposible ver en su interior.

Acomodó parte de sus cosas en un placard, ocultó la pistola y las balas envolviéndolas en una remera. Tomó un aparato eléctrico que había traído, fue hasta el baño, se desvistió y con la máquina se rapó la cabeza. Juntó el cabello con una escoba y una pala y lo tiró dentro de una bolsa de residuos en el cesto de la cocina. Luego se puso crema de afeitar en el cráneo y se pasó una maquinita de tres filos. Cuando terminó se miró al espejo detenidamente. Se vio raro. Tenía una barba tupida salpicada por algunas

canas y la cabeza pelada. La piel que había estado cubierta por el cabello era mucho más blanca que la de su cara. También lucía bastante más delgado que cuando se fue del país. A pesar de tener veinte años más, se sintió atractivo y vital. Se dio una ducha, se puso ropa cómoda y tomó del bolso unos poderosos binoculares preparados para visión nocturna que había escogido en la tienda de Asunción. Apagó todas las luces, sacó una silla al balcón y se puso a mirar alternativamente las ventanas de enfrente y la puerta de acceso al edificio, tratando de reconocer a alguno de los que entraba o salía.

Sintió hambre, usó la computadora para ubicar un delivery antes de que se hiciera

demasiado tarde y eligió empanadas tucumanas de un local de la zona. Encargó algunas de carne picante cortada a cuchillo, otras de queso y cebolla, y un par de cervezas que pidió que estuvieran bien frías.

No tenía otro plan que sentarse a esperar que la suerte le permitiese ver a alguno de sus hijos o incluso a Estela o a Pablo. Comió despacio, sentado en el balcón, tomó una cerveza y permaneció de guardia hasta que el sueño lo fue venciendo.

A la mañana muy temprano se despertó sobresaltado, no recordaba cuándo se había pasado a la cama. Decidió que debía retomar la vigilancia, estaba seguro que de a poco todos irían saliendo a cumplir con sus

obligaciones.

Colocó encima de la mesa del balcón un block, una lapicera y los binoculares. Después fue hasta la cocina y preparó un café instantáneo con un sobrecito que encontró sobre la mesada. Volvió a salir, se sentó a tomar el café y se concentró en la tarea de observar.

A esa hora la torre tenía mucho movimiento: padres con niños que se dirigían a las escuelas, jóvenes que parecían ir a la facultad, adultos en ropa de deportes, que probablemente saldrían a correr por Palermo, y los que simplemente se iban a trabajar.

Desde su posición podía ver el acceso peatonal pero el ángulo no le permitía

distinguir a quiénes salían en los autos por el garaje.

En la esquina había un bar donde podría comer algo y observar mucho mejor los accesos, inclusive el de los coches. El problema era que si a alguno se le ocurría ir ahí a desayunar, se encontrarían frente a frente. Decidió tomar el riesgo.

Pidió un café con leche y medialunas de manteca. Cuando las probó le parecieron de plástico, y pensó que la modernidad había arruinado un clásico porteño. De la pila de diarios que estaban sobre el mostrador, eligió La Nación que por su formato le permitiría ocultarse fácilmente si fuese necesario. Después de unos minutos vio salir a una mujer

muy parecida a Estela acompañando a una adolescente, caminaban rápido hacia la esquina. Sin duda eran ellas. Probablemente la chica iba al Liceo Francés o a la escuela italiana, que según había visto en los mapas de Internet, estaban a un par de cuadras. Estela tenía puestas unas calzas negras y un buzo finito blanco, llevaba el pelo recogido en una colita alta. Ya era una mujer madura pero a Sergio le pareció que seguía siendo atractiva. La chica tendría unos 16 o 17 años y era notablemente parecida a la madre. Había imaginado que cuando viese a su mujer iba a sentir odio o bronca, pero no fue así. La sintió cercana, familiar. Le hubiese gustado invitarla a tomar un café para charlar, contarle su

historia y exigirle una explicación. En verdad, quizás no estuviera en posición de reclamar explicaciones, sino que más bien tendría que darlas.

Más tarde salió un muchacho en bicicleta y le pareció que podía ser Mati, pero no estaba seguro, sólo lo había visto en fotos y ahora estaba a cierta distancia. Quizás fuera o tal vez no. Anotó en el block los horarios de ambos y se puso a ojear el diario aunque no podía concentrarse, alzaba la vista permanentemente para ver si había alguna novedad, pero ese día no vio otra cosa que pudiera interesarle. Hizo algunas compras para el departamento, pero no quiso alejarse mucho del edificio, su principal interés pasaba por allí.

Al día siguiente repitió el operativo, volvió a la misma confitería, pidió un desayuno con tostadas en lugar de medialunas, se agenció un diario y retomó la vigilancia.

Nuevamente vio salir a Estela con su hija hacia el colegio. Unos minutos más tarde notó que un grupo de mujeres avanzaba en dirección al bar, entre ellas pudo distinguir a su mujer o quizás debería empezar a llamarla ex mujer. Ya era tarde para escabullirse así que alzó el diario y esperó a que se acomodaran. Se sentaron en una mesa cerca y afortunadamente para Sergio, ella quedó de espaldas. Desde su lugar podía escuchar perfectamente la conversación del grupo que

no tenía ninguna particularidad que pudiera interesarle especialmente, pero disfrutaba las intervenciones de Estela porque le permitían volver a escuchar su voz después de tanto tiempo. Una de las mujeres contaba una salida con un hombre que le había presentado otra de las madres de la escuela y todas se reían del candidato que había resultado un fiasco.

Charlaron una media hora hasta que empezaron a despedirse. En el momento de ponerse de pie ella giró y lo miró, Sergio tenía puestos los lentes de sol y una gorra con visera. Estela no dio ningún atisbo de haberlo reconocido, pero fue un instante durante el cual Sergio sintió miedo. Le temblaron ligeramente las piernas y le llevó varios

minutos recuperarse.

Pagó y salió a rumbo a Figueroa Alcorta, necesitaba caminar un poco por los bosques de Palermo y tomar algo del aire todavía fresco de esa mañana.

Los días subsiguientes repitió las guardias sin mayores novedades. Una tarde, un tanto aburrido, tuvo ganas de hacer un paseo por Buenos Aires, al fin de cuentas hacía muchos años que no pisaba sus calles. No tenía ningún interés en el Microcentro y mucho menos en la zona de Once.

Tomó un taxi y pidió que lo llevara a Palermo Soho, había escuchado que se había puesto de moda y realmente estaba

irreconocible, lleno de locales de ropa bien decorados, con una infinidad de bares y restaurantes atractivos. Las calles estaban rebosantes de gente joven y turistas.

Caminó sin rumbo durante un rato largo, luego se sentó a tomar un café en una vereda soleada protegido por la copa de un tilo. El rito del café de Buenos Aires no se podía comparar con Asunción, donde la gente prefería bebidas frescas: gaseosas, cerveza o tereré servido desde termos gigantescos. Cuando terminó, enfiló sus pasos nuevamente hacia Belgrano, sentía deseos de volver a ver su casa y recorrer el viejo barrio. La caminata le llevó más de una hora, cuando llegó se paró frente al que fuera su departamento y no le

produjo ninguna emoción particular, eran las personas y no los objetos, las que lo conmovían. Contó los pisos y notó que en el balcón que en su momento estuvo lleno de plantas, ahora había un par de ficus moribundos. El portero que estaba parado de traje en la vereda seguía siendo el mismo, más pelado y más gordo. Intentó en vano recordar su nombre. La verdad es que esa zona no había sufrido muchos cambios a excepción del café que habían abierto en la esquina donde alguna vez funcionó un videoclub. Lo que más parecía florecer en esta Buenos Aires eran los bares y restaurantes.

Volvió al departamento y retomó una vez más las guardias, esa noche decidió pedir

sushi y nuevamente eligió un delivery a través de Internet.

Consultó los mails y vio que tenía varios de Ilu, le respondió con palabras afectuosas para tranquilizarla, le dijo que estaba bien, paseando por la ciudad y pensando.

Se durmió antes de la medianoche pero puso el despertador temprano para poder pararse en la puerta por donde había visto salir al ciclista el primer día a esa misma hora y tratar de ver si era Mati, lo cual partía de la base de suponer que el chico tenía ciertas rutinas fijas, aunque no resultó así.

Esta vez la hija de Estela y Pablo salió sola hacia la escuela. Decidió seguirla sin saber para qué lo hacía. Al llegar a la esquina

ella se dio vuelta y lo miró a los ojos, algo debió alarmarla porque apuró el paso y él la siguió de cerca hasta la puerta misma del colegio. Los últimos metros la chica los hizo corriendo y Sergio sonrió satisfecho.

Buscó un supermercado para hacer algunas compras y encontró uno atendido por chinos o coreanos, a una cuadra del departamento. Tomó una canasta y eligió algunos productos de limpieza y otros comestibles. Al girar por un pasillo se topó de frente con Mati que estaba eligiendo un paquete de la góndola de panes, dudaba entre los integrales comunes y los que traían semillas. El chico tomó uno con sus manos, leyó la etiqueta y volvió a ponerlo en su lugar,

repitió la operación con otras marcas y modelos, hasta que finalmente optó por uno de los de semillas. El padre lo miraba embelesado.

¿Son ricos? – preguntó Sergio. Ni idea, este nunca lo probé, pero me quiero llevar unos sándwiches a la facultad y parece mejor que el pan lactal común. Bueno, si vos decís yo también me voy a comprar uno. Entonces si nos ensartamos, nos ensartamos juntos.

La sola idea de hablar con su hijo ya le parecía emocionante, pero que el chico usara la palabra juntos, aunque fuera para ensartarse, le resultó conmovedor.

Cuidate. El pibe sonrió y se fue.

A Sergio las horas se le hacían interminables. Pasaba largos momentos del día en los que no sucedía nada y sólo cabía esperar. De todos modos, se negaba a abandonar el puesto de observación, ya que no sabía cuándo se daría la oportunidad de ver a algún miembro de la familia. Encendía la televisión, pero no la miraba, solamente escuchaba el sonido desde la ventana. Cuando el tedio se apoderaba de él, bajaba a la calle, caminaba por los alrededores del edificio para estirar las piernas o pasaba al puesto de vigilancia alternativo en el bar.

A las nueve de la noche del jueves un Peugeot gris estacionó en la cuadra del

edificio de Belgrano. Del auto bajó una pareja joven. A medida que se acercaban a la puerta del edificio Sergio pudo ver a través de los binoculares que eran su hija y el novio. Caminaron de la mano hasta la entrada y la seguridad los hizo pasar sin perder tiempo. Hubiese preferido que se demoraran unos instantes más para verlos mejor. Imaginó que Flor ya no vivía con su madre y que estaban yendo a cenar. Trató de mirar a través de las rendijas que dejaban las cortinas del departamento, pero era imposible. Un rato más tarde las mismas cortinas se abrieron de par en par y Flor y Ari salieron a fumar al balcón. Afuera la luz era escasa pero suficiente para verlos. Sólo unos minutos más tarde se

dio cuenta de que por primera vez tenía la oportunidad de mirar de noche hacia el interior del living del departamento. Era un ambiente moderno, bien iluminado, arreglado con buen gusto, confortable, el hogar de una familia de muy buen pasar.

Sentados en los sillones alrededor de una mesa baja la adolescente, Mati y Estela comían una picada, parecían divertidos.

Pablo entró en escena unos minutos más tarde, saludó a cada uno con un beso, eligió algo de la picada, se sirvió una copa de vino blanco y salió al balcón a saludar a la pareja de fumadores recién llegados.

Era muy fuerte para Sergio ver la escena, por un lado su familia veinte años después,

alegres, animados, los chicos parecían estar a gusto y por otro lado Pablo, el causante de su desgracia que ya llevaba tanto tiempo, moviéndose afectuosamente entre unos y otros.

A Sergio lo invadieron el resentimiento, la furia, una sensación de profunda injusticia. Lo hubiese insultado de balcón a balcón con toda la fuerza de sus pulmones.

Pocos minutos después los tres entraron al departamento y todos desaparecieron de la escena, seguramente pasaron al comedor, que no podía verse desde su posición.

Sergio se quedó largos minutos en silencio apoyado en la baranda del balcón refugiado en la noche cálida y pensando.

Un rato después se paró, fue hasta la cocina y tomó un par de fósforos de madera, los guardó en un bolsillo y bajó hacia la calle, que a esa hora lucía desolada y oscura. Caminó hasta el auto de los chicos, miró hacia ambos lados para comprobar que no hubiera nadie cerca, quitó la tapita de la válvula del neumático delantero del lado de la vereda y con uno de los fósforos presionó el pico hasta desinflar la rueda por completo. Volvió a colocar la tapa y se alejó hasta la esquina. Tuvo que esperar casi una hora para que la pareja regresara a la calle, subieran al coche y lo pusieran en marcha. Cuando Ari trató de mover el volante notó que estaba muy pesado, sospechó que un neumático podía estar

pinchado y se bajó a mirar. Le pegó una patada a la cubierta, empezó a rezongar y su novia descendió también para ver qué sucedía. Abrió el baúl y con cierta dificultad sacó primero la goma de auxilio, después el kit del críquet y con torpeza empezó a operar para tratar de cambiar la rueda, la escasa iluminación dificultaba la maniobra. Parecía que fuese la primera vez que lo hacía porque no se daba maña. Sergio se acercó caminando lentamente y se detuvo a contemplar la escena.

¿Querés que te dé una mano? Si no le molesta, parece una boludez, pero se me complicó. Movelo un poco porque está muy pegado al cordón y no hay espacio para

trabajar. ¿Vos no pensabas ayudarlo?, le preguntó a Flor. ¿Yo? No, no tengo ni idea. Soy más de tomar un taxi y volver mañana con luz y pedirle ayuda al portero o llamar al Automóvil Club. ¿Sos socia? No, pero mi mamá vive acá y ella sí es socia. Entonces también podrías pedirle a tu papá que baje y los ayude, los hombres estamos más acostumbrados. Eh, no, al marido de mi mamá podría pedirle otras cosas, pero no creo que sepa cómo cambiar una goma, no da el tipo mecánico. ¿Yo sí? No, tampoco, pero al menos ponés voluntad. ¿Tus padres están separados? No, mi papá murió. Ah, lo siento, bueno soy de los que creen que los muertos ayudan desde el cielo, siempre lo creí. Puede ser, pero no sé

si ayudarán a cambiar neumáticos. No vayas a creer, algunos muertos ayudan a cada cosa…

La chica sacó un cigarrillo de la cartera y cuando prendió el encendedor la llama le iluminó la cara. Sergio no podía creer lo hermosa que era su hija y lo cerca que la tenía.

Terminaron de cambiar el neumático haciendo bromas, los dos le agradecieron y él les recomendó ir lo antes posible a una gomería porque si pinchaban otra goma no tendrían repuesto y él no iba a estar allí para ayudarlos.

Se despidieron y Sergio decidió dar una vuelta para terminar de paladear el placer de haber podido estar junto a su hija y conversar

con ella.

Capítulo 38

Pidió que le enviaran un remís al departamento a las diez de la mañana. Bajó unos minutos antes y caminó hasta el puesto de flores de la calle Ramsay donde compró dos rosas rojas. Rojas como la sangre que los unía, pensó. Era su forma particular de homenajear a los muertos queridos. Una rosa roja para su madre y otra para su padre.

Le pidió al chofer que lo llevara hasta el cementerio de La Tablada y lo esperara. El camino era largo y le dio tiempo para pensar

en los días felices de su niñez y también en la muerte prematura de su padre que terminó tiñendo de tristeza esa etapa de su vida.

Preguntó en la administración cómo ubicar las tumbas, hacía una eternidad que no iba a visitarlos. Caminó entre las lápidas, le costó un poco encontrarlas, estaban una frente a la otra en la parte nueva del cementerio. Se agachó y quitó con la mano las hojas que había sobre las lápidas de mármol y luego colocó encima de cada una de ellas una rosa. El rojo carmesí contrastaba con el blanco de las piedras.

Se quedó en cuclillas recordando primero a su padre, quiso darse el tiempo suficiente para pensar en él, para invocarlo a su mente y

disfrutar de su recuerdo a través de algunas de las pocas imágenes concretas que guardaba en su memoria y notó cómo la angustia le oprimía el pecho; luego se dio media vuelta, apoyó una mano sobre la fría piedra y recordó a su madre preparándole el desayuno en la vieja casa de la calle Riglos cuando era muy chico. También la recordó ya más grande, durante los almuerzos de los domingos, sirviéndole ravioles con estofado de pollo, esa era una imagen que tenía más presente. Sintió mucho la pena de no poder abrazarlos, de no sentir el calor de ninguno de sus seres queridos.

En ese momento, frente a una tumba cercana recién abierta y rodeado de familiares

y amigos de un fallecido, un jazán empezó a entonar a sus espaldas una melodía muy triste. La congoja se apoderó de su corazón. Pensó que sus hijos ni siquiera tenían una tumba a donde llevarle flores y llorar. Las incipientes lágrimas se transformaron en llanto.

Capítulo 39

Pasados unos días, la interminable vigilancia ya no arrojaba demasiadas novedades. Sergio no sabía qué hacer con su tiempo, no había decidido una estrategia y los días se le hacían largos y monótonos.

Una mañana se despertó mal, angustiado

y nervioso, sentía que la vida había sido injusta, veía a Pablo disfrutar de su familia y él estaba muerto en vida.

A pesar de la hora pensó que un whisky podría tranquilizarlo. Sacó unos cubitos de la heladera, los puso en un vaso grande y lo llenó. Empezó a tomarlo de a poco, saboreándolo de a pequeños sorbos mientras miraba por la ventana. El alcohol le sentó bien y se sirvió un segundo vaso.

Mientras navegaba sin rumbo fijo por Internet, se le ocurrió buscar la cooperativa de Pablo y se sorprendió de que siguiese existiendo y funcionara en el mismo lugar como si las dos décadas no hubiesen pasado. Creyó recordar que hasta el número de

teléfono seguía siendo el mismo, aunque tal vez fuera solamente su imaginación.

Anotó el número en el block y salió a la calle a buscar un locutorio, a pocas cuadras encontró un maxikiosco con fotocopiadoras y algunas cabinas.

Llamó y lo atendió una voz, la voz de una muchacha joven: Cooperativa ¿en qué puedo ayudarlo? Pidió hablar con Pablo. Cuando la telefonista le consultó su nombre, sin dudarlo le dio el verdadero. Unos instantes después atendió Pablo con voz sorprendida.

Sergio, ¿sos vos? ¿Sergio? ¿Quién habla? Sergio no respondió, se limitó a escuchar en silencio. ¿Quién habla? ¿Me están jodiendo?

Sergio dejó que se escuchara su

respiración, casi un suspiro, pero no abrió la boca.

¿Quién sos? Perverso hijo de mil putas, hablá.

Del otro lado Sergio solamente respiraba en forma profunda y pausada. Luego de unos segundos que parecieron eternos, cortó.

Pablo se quedó sorprendido y asustado, lo primero que pensó fue en un error, una broma de mal gusto o en algún tipo de intimidación. Fue hasta donde estaba la telefonista y le preguntó por la llamada. La chica le dijo que no había notado nada especial, la voz de un hombre normal, parecía un señor educado, de mediana edad, que preguntó por usted.

¿Estás segura que entendiste bien el nombre? Sí, se escuchaba bien, le pedí que me deletreara el apellido porque era difícil y lo anoté acá, en el cuaderno.

Le repitió el nombre y apellido, le mostró sus notas, no cabían dudas, se trataba del mismo nombre y apellido, pero lo que no podía saber era si había reaparecido o alguno estaba usando esa referencia para una broma pesada o para asustarlo.

Dudó, pero finalmente decidió llamar a Estela y contarle.

Recién pasó algo muy raro. Alguien llamó preguntando por mí, dijo que era Sergio, cuando lo atendí no dijo ni una palabra, sólo

respiraba en el teléfono. Pero, ¿por qué pensaste que ese Sergio era Sergio? Podría ser cualquier Sergio. No, la telefonista anotó el nombre y apellido. Parece algo pensado por un psicópata, alguien que llama para molestar o para asustar. ¿Pablo vos crees que Sergio puede estar vivo? Supongo que no, no sé, pasaron veinte años sin que supiéramos nada de él, pero también muchas veces pensé que el cuerpo nunca había aparecido, qué sé yo. Me da miedo. ¿Por qué ahora? Ni idea, pero no me gusta nada, no se trató de un mal entendido, no contestaba, respiraba como para que notara que estaba ahí, pero sin decir palabra. Capaz que quedó loco después de la explosión y hoy decidió reaparecer. No, no

creo, me parece que es alguien que conoce la historia y quiere ponerte nervioso. Tal vez alguno que leyó la nota en el diario.

Tomó una lista de los deudores de la cooperativa y la repasó con detenimiento buscando algún indicio, uno que no estuviese en condiciones de pagar y pudiese estar interesado en intimidarlo. Candidatos a no pagar había varios, pero ninguno le parecía un psicópata como para hacer ese llamado. No alcanzaba a imaginar algún mecanismo a través del cuál el autor se beneficiase, más allá de asustarlo a modo de venganza. Todo podía ser. Repasó también los nombres de viejos empleados que hubiese despedido y de gente

que ya no operara con la cooperativa pero que pudiese haber quedado resentida. Como posible, era posible, lo que no tenía era lógica.

Creyó que haber aceptado el reportaje había sido un error. Tal vez Sergio estaba vivo y no sabía nada de la relación entre Estela y él, y al leerla se enfureció y decidió vengarse. O quizás la nota le dio una idea a algún enemigo que ahora podría matarlo haciéndole creer al mundo que había sido el ex marido de su mujer, uno al que se consideraba muerto pero cuyo cadáver nunca había aparecido. Incluso podría tratarse de un loco de los que nunca faltan. Por precaución les ordenó a los custodios que se mantuviesen atentos.

Cada vez faltaba menos para el casamiento, Sergio sabía la fecha porque la habían publicado en Facebook, pero no mucho más.

Uno de los pocos datos que tenía, también gracias a las publicaciones de los chicos en la red, era que habían hecho una lista de regalos en una cadena de electrodomésticos. Decidió visitar uno de los locales de la marca que estaba ubicado en Cabildo y Juramento y les compró una licuadora. El regalo podría haber sido cualquier cosa, porque en realidad lo que le interesaba era obtener más información. Mientras el vendedor hacía la factura pudo espiar en la computadora el domicilio de

entrega y un teléfono. Ninguno de los dos correspondía a la casa de Estela, así que los memorizó por unos instantes y luego los registró en su celular.

Como la dirección quedaba más o menos cerca de donde estaba viviendo, decidió pasar por la puerta, seguramente eso le aportaría algún dato valioso. Era un edificio nuevo, enorme y lujoso, de un gusto espantoso que rememoraba la arquitectura clásica francesa, pero en la construcción de una torre contemporánea. Supuso que esa sería la casa de los padres de Ari, no parecía el departamento de una pareja joven que estaba por casarse.

Una vez más fue hasta el locutorio y llamó por teléfono al número que había obtenido en el negocio de electrodomésticos. Preguntó por Ari y la empleada le dijo que no vivía ahí pero que podía pasarle con la madre, consultó el nombre de la señora y pidió que lo comunicaran diciendo que era el fotógrafo del casamiento.

¿Señora Carol? Encantado, soy uno de los fotógrafos que contrataron los chicos para el casamiento y quería pedirle la dirección del templo para pasar a verlo, necesito decidir qué equipos de luces nos conviene llevar.

La mujer no sospechó nada y le dio la dirección. Abusando de su suerte le preguntó

por el salón de fiestas y en una sola jugada se hizo de dos datos valiosos.

Cuando cortaron la madre llamó a Ari para contarle y el chico se sorprendió.

Habrás entendido mal vieja, si nosotros fuimos con el fotógrafo al templo y al Alvear, para verlos. ¿Te parece que soy tonta? Me dijo que era el fotógrafo. ¿Y cómo se llamaba? No sé, no le pregunté. Si vuelven a llamar, no le des información a nadie que no conozcas. Anotá el nombre y el teléfono y pasánoslo a nosotros. Me equivoqué, perdón.

Sergio tomó un taxi y le pidió al chofer que lo llevara hasta un shopping grande, el pedido sorprendió un poco al taxista por lo

genérico y Sergio le explicó que hacía muchos años que no vivía en el país, pero necesitaba comprar ropa. El hombre le recomendó ir al Paseo Alcorta. Recorrió varios locales del segundo piso y al final se compró un traje azul oscuro, casi negro, de un corte muy moderno y elegante. También eligió una camisa blanca, una corbata gris y zapatos negros de cordones. Si iba a ir al casamiento de su hija quería estar bien vestido. Tuvo que rogarle al vendedor que le hicieran el dobladillo del pantalón y le tomaran el saco para el día siguiente, pero se fue satisfecho.

Quiso completar la compra con una kipá, pero no sabía dónde podría conseguirla. Supuso que, si había un lugar en Buenos Aires

donde encontrar una, era en el Once. Tomó otro taxi y pidió que lo dejara en Corrientes y Pueyrredón y desde ahí empezó a caminar sin un rumbo claro.

En el Once ofrecían de todo, pero ningún local parecía venderlas. En la puerta de un restaurante de comida kosher, vio a dos judíos religiosos que conversaban animadamente y se acercó.

Disculpen, tengo un casamiento y quisiera comprarme una kipá linda, de fiesta. ¿Saben dónde puedo conseguir una?

Los hombres vestían de negro a excepción de sus camisas que eran blancas y usaban amplios sombreros. Le pareció que quizás no eran los más indicados para asesorarlo en

cuestiones de moda, pero seguro sabrían dónde conseguir cualquier pieza de un atuendo judío. Le recomendaron un negocio que según dijeron tenía una amplia variedad. Fue hasta allí, se probó varias y eligió una ornamentada con un sobrio bordado de hilos color plata que dibujaban una guarda perimetral coronada por una discreta estrella de David en el centro del casquete.

La caminata por el Once le permitió ver distintos edificios de la comunidad que se distinguían fácilmente por las defensas de hormigón armado ubicadas en las veredas para protegerlos. Entendió que eran el resultado de los atentados, le pareció triste que en un país como la Argentina donde los

judíos habían podido vivir en paz durante tantos años, ahora sus edificios tuviesen que blindarse ante la posibilidad de nuevos atentados.

Como estaba cerca juntó coraje y decidió pasar por la puerta de la mutual. Lo sorprendió la nueva fachada. Del viejo edificio que él conocía no quedaba nada. Había estado pocas veces allí, una de ellas para tramitar el sepelio de su madre en Tablada.

Cuando leyó un cartel que contenía el listado de las víctimas del atentado y encontró su nombre, se le hizo un nudo en la garganta. Se sintió un estafador, culpable de haber usurpado un lugar tan sagrado como doloroso.

Soy un hijo de puta, pensó y no tendré

perdón de Dios.

Melancólico y cabizbajo caminó lentamente hasta la avenida Córdoba donde paró un taxi y volvió al departamento. Era viernes a la tarde, bajó todas las persianas, buscó una vela perfumada que formaba parte de la decoración del baño, la llevó a la sala y la encendió. Colocó sus manos sobre la llama y recitó la oración del Shabat que había aprendido en los grupos de Hebraica cuando era adolescente.

Se sirvió un gran vaso de whisky y se recostó vestido sobre la cama, en completa oscuridad. Tomó la bebida lentamente y rezó una oración en hebreo cuyo significado entendía sólo a medias, hasta quedarse

dormido.

Capítulo 40

Finalmente, la fecha del casamiento llegó. Sería una semana intensa para toda la familia, que arrancaría con el civil y tendría su momento cúlmine el sábado, con la sinagoga y la fiesta.

Todo lo que Sergio sabía era que ese fin de semana sería la boda, pero ignoraba la fecha del civil y tampoco estaba al tanto de que ese día se haría un brindis en la casa de la madre de la novia. Era obvio que habría un civil antes de la ceremonia religiosa, por lo que Sergio estuvo atento toda la semana.

Extremó la vigilancia con la idea de que

quizás los movimientos de la casa le aportasen algún dato valioso.

Ese miércoles notó que desde muy temprano el departamento registraba un ajetreo inusual. Abrieron las cortinas de par en par, corrieron algunos muebles, las mucamas limpiaron frenéticamente desde muy temprano, colocaron diversos ramos de flores y agregaron mesas y sillas, que trajeron en un flete. A eso de las 10 estacionó en la puerta del edificio una camioneta que tenía ploteado un logotipo que decía Catering Los Naranjos, desde donde empezaron a bajar bandejas con comida y cajones de bebidas. Sin duda el civil sería ese día y habría un lunch que podría observar desde una tribuna privilegiada, si no

cerraban las cortinas.

A media mañana vio salir el auto de Pablo y se imaginó que estarían yendo al Registro Civil. No tenía forma de seguirlos, ni demasiado sentido hacerlo. Decidió esperar que regresaran para el brindis, el cual sí podría observarlo desde su ventana.

Pasado el mediodía empezó a llegar gente, lo que significaba que ya se habían casado y que los invitados se estaban juntando para celebrar. A medida que subían los hacían pasar al living donde Mati y su medio hermana oficiaban de anfitriones. Probablemente Pablo y Estela, junto a los novios y tal vez los consuegros, estuviesen en

camino o haciendo algunas fotos en algún lugar tradicional, porque no se los veía.

Tomó todos los recaudos posibles para no ser descubierto, cerró las cortinas hasta dejar apenas una pequeña raja entre ambas, apagó las luces y se puso a mirar con avidez, valiéndose de los larga vistas. La mayoría de los invitados eran jóvenes, seguramente amigos de los chicos, y entre los pocos adultos creyó reconocer a Ale, el hermano de Estela. No vio a la mujer, ni a sus ex suegros, quizás su cuñado se había separado y los padres era probable que estuviesen muertos porque eran bastante mayores cuando los vio por última vez. Era imposible reconocer a los hijos de

Ale, podían ser cualquiera de los muchachos que se abalanzaban sobre las bandejas de bocaditos como si nunca antes hubiesen comido.

Cuando entraron los novios concentraron la atención de todos los presentes que se pusieron de pie y estallaron en aplausos.

Flor estaba hermosa, llevaba un vestido amarillo de verano, el pelo recogido y saludaba calurosamente a cada uno de los invitados. Sergio hubiese querido cruzar y fundirse en un fuerte abrazo con su hija.

Alguien seguramente propuso un brindis y todos alzaron sus copas. Sergio estiró el brazo con el vaso de whisky que tenía en la mano y brindó por ella deseándole que tuviera una

vida feliz. Estaba visiblemente emocionado, lo invadía la felicidad de ver a su hija casándose y la impotencia de no poder compartir ese momento con ella.

Luego llegó el turno de las fotos y los novios posaron con pequeños grupos de invitados, en un momento salieron al balcón con el fotógrafo para hacer una toma y Sergio aprovechó para abrir las cortinas y pararse en su propio balcón, quizás alguien alguna vez lo vería en la foto de casamiento, detrás de su hija y su marido que se abrazaban recostados en la baranda mientras el fotógrafo no paraba de disparar. Era su forma de decir presente.

Estela y Pablo se sumaron a la pareja para una toma, los cuatro, abrazados. Él no podía

verles las caras porque estaban de espaldas, seguramente sonreían.

No pudo resistir la situación, lanzó el vaso que tenía en la mano contra el asfalto y los vidrios se esparcieron en todas direcciones, los cuatro se dieron vuelta hacia la calle sorprendidos por el estallido, pero no se imaginaron desde dónde habían caído los vidrios.

Sergio entró, cerró las cortinas y ya no quiso ver más.

Capítulo 41

Pasó los días entre el civil y la fiesta algo

borracho, triste y deprimido. Se alimentó exclusivamente de whisky, snacks, salames y pan. Cada vez que agotaba sus reservas bajaba un poco sucio y un tanto ebrio y caminaba hasta al supermercado chino para reabastecerse.

Entre trago y trago hizo un largo balance de su vida y le dio un resultado catastrófico.

Quiso repasar los momentos felices, los buenos tiempos con Estela, el nacimiento de cada uno de sus hijos, la compra del primer departamento, el primer viaje a Europa, fue como ver una proyección de instantáneas de esos primeros años de vida familiar.

Por esos misterios de la mente le vino a la memoria una foto que siempre le había

gustado y lamentaba no tener, en la que se lo veía acuclillado al lado de Mati que cargaba una mochila enorme en su espalda el primer día de clases del jardín de infantes. Estaba muy serio, peinado a la “cachetada”, casi temeroso y agarrado fuertemente de la mano de su papá, como buscando protección, una protección que él le había negado dejándolo a la buena de Dios en el momento en que decidió desaparecer.

También repasó los malos momentos, en particular las muertes de sus padres. Volvió a sentir la tristeza de haber perdido a su papá muy joven, de no haberlo tenido a su lado mientras crecía. Lamentó no haber podido compartir con él sus alegrías y tristezas, sus

éxitos, o haber recibido el abrazo compasivo en sus fracasos.

Le resultó inevitable pensar que sus hijos habían pasado por la misma experiencia, pero en este caso por la voluntad de un padre que no había tenido el coraje de enfrentar las dificultades que la vida le había planteado.

Sintió que había elegido el camino más cómodo para sí mismo sin considerar las consecuencias que su decisión tendría para sus hijos. Cómodo las pelotas - corrigió.

Repasó las imágenes del día del atentado, el horror del estallido, los cuerpos destrozados y la marcha lenta y sombría que lo condujo hasta la terminal de Retiro donde emprendería el viaje hacia la nada misma. Pensó también

en su mujer traicionándolo con quien fue el causante de su muerte en vida, lo hizo mientras jugueteaba con el revolver Beretta. Lo hacía girar en su dedo índice como un cowboy moderno, primero para un lado y luego para el otro. A veces se lo colocaba en la sien o en la boca y amagaba dispararse.

No era justo que él estuviese sufriendo mientras los traidores participaban de una fiesta que debió haber sido suya. Llenó el tambor con las balas de punta hueca y prometió venganza, pero después pensó que no debía hablar de venganza sino de justicia.

Cada tanto el alcohol lo hacía entrar en cierta somnolencia durante unos pocos minutos. Cuando se despertaba sobresaltado

miraba la fecha en el teléfono celular para evitar que se le pasara el día del casamiento.

La noche del viernes, o en rigor ya casi en la madrugada del sábado, tomó una decisión. Vació en el lavatorio el contenido que aún quedaba en la última botella de whisky, tomó dos aspirinas, se recostó en la cama y se durmió profundamente. Cuando se despertó a la mañana ya estaba un poco repuesto, se bañó, se puso ropa limpia y guardó sus cosas en la valija. Buscó el teléfono del Hotel Alvear e hizo una reserva para esa noche.

Al mediodía fue a hacer un reconocimiento de la zona del templo. No sabía a qué hora se realizaría la ceremonia, así que decidió que lo mejor sería llegar temprano

esa tarde y hacer una vigilancia discreta hasta identificar a alguno de los asistentes y así poder confirmar el horario del servicio religioso.

Entró a una peluquería y pidió que le arreglaran la barba, si se iba a encontrar con su familia después de dos décadas quería lucir bien o al menos lo mejor posible.

Almorzó en el Barrio Chino y por esas ironías del destino el restaurante que eligió al azar se llamaba Todos Contentos. Con la cuenta le trajeron una galleta de la fortuna, le retiró el envoltorio, la partió y extrajo un papelito con un mensaje que decía: “Hoy es el día”. Sus labios esbozaron una sonrisa irónica, guardó el papel en su billetera y salió a la

calle.

Volvió al departamento, retiró sus cosas y le dejó las llaves al portero como había quedado con el empleado de la inmobiliaria. Levantó el brazo para llamar a un taxi y le indicó que lo llevara hasta el Hotel Alvear donde se registró con su nueva identidad.

Al llegar a la habitación apagó todas las luces y se recostó unos minutos, todavía sentía ciertos efectos de la resaca.

Cuando sonó el despertador del teléfono, se levantó, se afeitó la cabeza y se puso el traje nuevo que había pedido que le plancharan. Hacer el nudo de la corbata le llevó varios intentos, hacía una eternidad que no usaba una y quería que quedara perfecto.

Revisó que el arma estuviera cargada con todas sus balas, la colocó en la cintura del lado de atrás y bajó al lobby.

En el suntuoso bar del hotel divisó a su hijo impecablemente vestido y lo vio como lo que era: un verdadero adulto. Matí tomaba un café con una chica muy joven vestida de fiesta, probablemente su novia.

Capítulo 42

Salió del hotel sin demorarse, quería evitar que algún miembro de la familia lo viese. Se dirigió a la zona del templo, eligió un bar desde donde se pudiera controlar la puerta, se sentó junto a una ventana y pidió un café. Estaba ansioso y el tiempo avanzaba

lentamente.

Casi una hora más tarde, empezó a llegar gente. Todos estaban vestidos para la ocasión: los hombres sobrios, mayoritariamente enfundados en trajes oscuros; las mujeres muy emperifolladas, algunas elegantes y otras parecían escapadas de alguna película de Almodóvar. Siempre le causaron gracia las que llamaba las “amatambradas”, señoras rollizas enfundadas en vestidos de seda de colores llamativos, que parecían ser dos talles más chicos que sus dueñas.

Entre los que hacían una pequeña fila para ingresar alcanzó a reconocer a Hugo y la mujer, su viejo y querido amigo que lo había visitado en las pesadillas tantas veces. Era el

padrino de su hijo y como en el judaísmo las mujeres no tienen padrinos, en la práctica Hugo había ejercido el padrinazgo de ambos hermanos.

Los dos estaban parecidos a la última vez que los había visto poco antes de desaparecer, es decir más viejos, pero perfectamente reconocibles. Calculó que, si a él le resultó tan fácil identificarlos, cualquiera lo reconocería también y se preocupó.

Aunque quizás el camuflaje funcionara. Se había afeitado la cabeza haciendo desaparecer sus cabellos oscuros y ensortijados que eran probablemente su rasgo distintivo más reconocible y se había dejado una barba ya bastante larga, tupida y algo canosa, que en

cierta forma lo hacía lucir como un viejo hipster. Nunca antes había usado barba o bigotes, no era una imagen familiar para sus conocidos. Para completar el disfraz se había conseguido unos lentes de marco ancho negro, sin aumento, ya que seguía viendo tan bien como cuando era niño y nunca los había necesitado.

Fue hasta el baño del bar y comprobó en el espejo que lucía bastante distinto de la imagen que sus amigos y familiares debían conservar en sus retinas, si es que todavía conservaban alguna.

Por la presencia de Hugo dedujo que al casamiento de su hija le habrían asignado el primer turno y que la ceremonia estaría por

comenzar, así que pagó la cuenta de forma tal de estar listo para cruzar la calle cuando la mayoría de los invitados ya estuviese adentro y evitar así encuentros inoportunos y miradas indiscretas.

Cuando le pareció que era el momento adecuado para entrar al templo, se puso la kipá y enfiló hacia la puerta. Dos muchachos muy jóvenes que estaban a cargo de la seguridad se habían colocado a ambos lados de la entrada y les preguntaban los nombres a los invitados. Dio el de su cuñado por si había alguna lista y agregó, soy el tío de la novia. Lo hicieron pasar de inmediato. Supuso que a ellos les alcanzaba con que les dijeran un apellido judío para descartar la posibilidad de

que se tratara de terroristas musulmanes.

Se acomodó en el fondo de una sala imponente de un templo nuevo que no conocía. Para matar el tiempo tomó un libro de tapas oscuras cuyas páginas impares estaban escritas en hebreo y las pares en español, el libro que reposaba en muchas de las sillas se usaba para seguir las ceremonias.

Su pie se movía nerviosamente y podía oír su propia respiración agitada a pesar de la música que un pequeño conjunto ejecutaba en vivo y que lo invadía todo gracias a la excelente acústica del lugar.

Vio entrar a Estela, estaba esplendorosa con un vestido largo color violeta oscuro, lucía

elegante y sobria. Mati la llevaba del brazo y ella iba saludando a los invitados con movimientos de su mano y una sonrisa pintada en los labios, probablemente tratando de evitar los besos y los abrazos para proteger el maquillaje y el peinado.

Cuando pasó a su lado lo miró un instante a los ojos, algo de él seguramente le resultó familiar porque mantuvo la mirada más de lo esperable, pero no lo reconoció o al menos no se inmutó. Quizás pensó que era parecido a alguien que alguna vez había conocido, un invitado que seguramente vendría del lado de sus consuegros.

Fue a ubicarse en primera fila junto a sus hijos, la novia de Mati y la familia del novio,

que parecía multitudinaria en comparación con la suya.

A Sergio le llamó la atención la ausencia de Pablo hasta que entendió la situación y sintió una puñalada en el corazón, una herida de muerte.

Se tocó la parte posterior de la cintura para asegurarse de que el revolver siguiera en su lugar, por si decidía usarlo. Por el pasillo central y desde el fondo entró el rabino, era un hombre aun joven y buen mozo, llevaba el cabello largo, vestía de negro impecable y caminaba sonriente. Salvo por el talit que cubría sus hombros y la kipá blanca que llevaba sobre su cabeza, parecía cualquier cosa

menos un rabino.

Subió al estrado y se colocó bajo la jupá, saludó a quienes se encontraban en la sala y en un momento dado los músicos empezaron a tocar un tema más vivo, más potente, dos de los integrantes del grupo se pusieron a cantar y el rabino también lo hizo. Con esa canción entró Ari acompañado por su mamá y sin poder contener las lágrimas. Al pasar junto a su papá se soltó del brazo de la madre y se estrecharon en un fuerte abrazo que emocionó a todos los presentes.

El rabino invitó a los testigos del casamiento a acercarse al palio nupcial y prepararse para darle la bienvenida a la novia.

En ese momento apareció en escena Flor

acompañada por Pablo y comenzaron a caminar lentamente hacia el altar. Tenía puesto un hermoso vestido largo, inmaculadamente blanco, llevaba el pelo recogido en un tocado adornado con pequeñas flores silvestres y un ramo de jazmines en la mano.

La emoción de verla fue tan descomunal que por un momento Sergio olvidó la furia que le producía que la acompañara su enemigo, es que realmente sólo tenía ojos para ella y nadie más.

Quizás de haber sido más largo el pasillo hubiese recuperado el instinto asesino, pero cuando se dio cuenta, Pablo ya le había entregado la novia a Ari y se había colocado

en un segundo plano junto a su mujer y los hijos.

El rabino era un verdadero actor, manejaba los tiempos y los tonos y había preparado un discurso impecable que combinaba emoción y alegría en las dosis justas. En un momento se refirió “al doloroso atentado en el cual había perdido la vida el papá de la novia” y leyó un párrafo de la Torah en hebreo y luego lo tradujo, se refería a las pérdidas de los seres queridos que nos acompañarán siempre, en los momentos difíciles y en los alegres como este. “Flor, estoy seguro de que tu papá hoy está acá con nosotros”.

Sergio que cada tanto sentía el impulso de

ponerse de pie y avanzar hacia el altar a abrazarse con su hija, cuando escuchó al rabino referirse a su propia muerte se puso colorado y se quebró. Pensó en escapar corriendo, pero no quería perderse la ceremonia por nada del mundo y por suerte después de unos breves pero interminables segundos, el discurso giró hacia la alegría de formar una nueva familia y el tema sólo quedó repiqueteando en su cabeza en medio de ese tsunami de emociones que ese día le estaba prodigando.

Los novios dieron el sí, se colocaron los anillos, Ari besó a la novia y siguiendo la tradición judía aplastó con el taco del zapato la copa de cristal de la que habían bebido para

brindar. Todos los invitados gritaron al unísono ¡Mazal Tov!

Los recién casados comenzaron a desandar el camino despacio, con tiempo para saludar a cada uno de los asistentes al casamiento, los dos consideraban que era la mejor forma de agradecer la presencia de todos. Sergio estaba sentado en la primera silla junto al pasillo central en el fondo de la sala, los novios tardaron mucho en llegar hasta él, a esa altura ya caminaban separados, cada uno a la velocidad que los saludos le permitían. Primero abrazó y besó a la novia y quizás la retuvo contra su pecho un instante más de lo que correspondía a un invitado que ella no reconocía. Los flashes del fotógrafo

inmortalizaron ese momento.

Se secó las lágrimas y se preparó para partir. Unos pasos más atrás venía Ari que lo identificó de inmediato.

Mi salvador, ¿qué hacés vos acá? Soy cliente de Pablo, se ve que le debo mucho y me invitó para aflojarme, obviamente no sabía que ustedes eran ustedes. Mirá que casualidad… que chiquito es el mundo. Muchas felicidades, cuidá a tu mujer que es un bombón, pensá que si te portás mal puedo aparecer de las sombras en cualquier momento.

Ari sonrió, le dio una palmada en el hombro y siguió saludando gente.

Al salir, todavía muy conmovido por la

sucesión de emociones, lo vio a Pablo. Estaba de espaldas, volvió a palpar el arma y pensó: un tiro, un solo tiro en la nuca y le explota la cabeza en mil pedazos.

Estaba agotado, salió a la calle y caminó hacia Libertador, siempre que le tocaba atravesar una situación estresante elegía caminar para tratar de que su alma pudiese volver a alojarse en su cuerpo exhausto y recuperar la calma.

Caminó unas diez cuadras en dirección al centro, luego paró un taxi y le indicó que lo llevara al Alvear.

Capítulo 43

Cuando llegó al hotel subió a su habitación para esperar y así evitar los controles de acceso a la fiesta que imaginaba se irían relajando con el tiempo. Dejó la kipá sobre un sillón, se lavó la cara, apagó las luces y se recostó sobre la inmensa cama a esperar.

En el fondo de su corazón sentía que era ahora o nunca, que si pasaba ese día sin hacer lo que tenía que hacer, ya no lo haría más. ¿Pero qué era lo que debía hacer? ¿Hablar con sus hijos y contarles su historia? ¿Matar a los dos hijos de puta? ¿Volverse a Paraguay y olvidarse de todo?

No estaba seguro pero como había

sentenciado la galleta de la suerte del restaurante chino, el día era hoy.

Tomó el teléfono y llamó a Ilu a Paraguay, lo atendió el contestador, lamentó no poder hablar con ella. Necesitaba escuchar una voz cálida, una voz amiga con quien compartir las sensaciones de ese día tan conmovedor.

Decidió dejar un mensaje grabado:

Hola Ilu, soy Sergio, quería escucharte. No sé si alguna vez te lo dije con todas las palabras, pero quería agradecerte tu amor y tu bondad. Mi vida hubiese sido insoportable sin vos.

Quiso seguir hablando, pero un gélido bip dio por terminado el tiempo disponible para

dejar el mensaje. Insultó al contestador, pensó en volver a llamar, pero se había emocionado y tenía la voz entrecortada.

Quizás se durmió unos instantes porque de pronto se sobresaltó, prendió el velador y miró la hora. La fiesta ya llevaba un buen rato de comenzada y decidió bajar a ver qué pasaba.

Ajustó el nudo de la corbata, colocó el cañón del revolver dentro de la media y lo sujetó con una vuelta de cinta adhesiva, cerca del tobillo. Se miró en el espejo grande que estaba frente a los placares para comprobar que todo estuviera en orden.

Lo sorprendió su cara, lucía abatido y

ojeroso, con la expresión cansada, propia de alguien que ha vivido un día interminable o de quien va a jugarse las últimas fichas de su vida en una bola.

Buscó en su equipaje una aspirina, abrió el lavatorio y usando su mano bebió un sorbo de agua para tragarla, se secó con una toalla y salió al pasillo. Cerró la puerta con suavidad y comenzó a caminar hacia los ascensores pisando sobre una alfombra mullida que amortiguaba casa paso.

Entró a la fiesta sin que nadie le preguntase nada, los controles a esa altura ya habían desaparecido y él parecía un invitado más.

Los mozos en ese momento estaban

desarmando los restos de lo que había sido la mesa fría, tomó una copa de champán que encontró abandonada e intacta y bebió su contenido de un solo trago. Necesitaba más alcohol para animarse, buscó una segunda copa, pero esta vez la saboreó más lentamente.

Los invitados ya habían pasado al salón principal y estaban ubicados en sus mesas comiendo el primer plato, de todos modos, una importante cantidad de gente circulaba de mesa en mesa saludando amigos, y los novios hacían el clásico peregrinaje tomándose las fotos de rigor con los distintos grupos de invitados.

Él se mantuvo en los márgenes del salón observando. Miraba con curiosidad a todos,

como radiografiándolos, iba descubriendo de a poco a algunas personas que conocía de su vida anterior. El tiempo había pasado para todos dejando marcas imborrables en sus rostros y sus cuerpos, confirmando así que veinte años lejos de no ser nada como decía el viejo tango, era mucho tiempo.

A pesar de ver como todos comían no sintió hambre, recordó que en las fiestas de casamiento sólo le gustaban la mesa fría y los postres. Igual tenía el estómago cerrado por los nervios.

Entre los que circulaban por la fiesta había un par de tipos que no parecían invitados, llevaban el pelo muy corto, uno era morocho y el otro canoso, corpulentos, con

trajes de menor calidad que el resto de la gente y un bulto debajo de la axila. Pensó que podían ser custodios del hotel. Uno todavía era joven y el otro ya veterano, después de mirarlos bien reconoció al más viejo, era uno de los matones que trabajaban para Pablo, su hombre de confianza, uno de los que había ido a amenazarlo a la fábrica pocos días antes de desaparecer.

Seguramente los había llevado para que custodiaran el lugar por cualquier cosa, quizás a consecuencia de su llamado a la cooperativa. Ninguno de los dos probaba la comida ni bebía alcohol, evidentemente estaban de servicio.

No podía descartar que estuvieran

esperándolo, la elección del veterano que lo conocía, podría deberse a esa razón o quizás simplemente era su paranoia y estaban para evitar robos de carteras o alhajas por parte de descuidistas, de esos que aprovechan ciertos eventos para hacerse de algunos objetos valiosos, o para evitar episodios molestos con eventuales borrachos de los que nunca faltan en ninguna fiesta.

Tomó nota, aunque decidió ignorarlos, le pareció que no iban a reconocerlo ya que en el templo nadie lo había hecho.

De pronto bajaron la intensidad de las luces, la máquina de humo cubrió el lugar con una densa niebla y estalló Mashiaj dando por comenzada la tanda de música sher a cargo de

un grupo klezmer que seguramente tocaría el repertorio completo de los hits del judaísmo. Hombres y mujeres salieron a bailar como enajenados, en ronda, eufóricos, jóvenes y viejos, judíos y goyim.

Sergio tomó una copa de vino tinto de una mesa vacía y se recostó contra una columna, primero observó la escena siguiendo el ritmo con el pie y luego decidió unirse al grupo. Era un momento único e irrepetible del casamiento de su hija y no quiso perdérselo.

Todos bailaban abrazados girando sin cesar, primero para un lado y luego para el otro, de pronto corrían hacia el centro y de inmediato volvían a alejarse. Unos chicos trajeron un par de sillas donde sentaron al

novio y a la novia y los alzaron haciéndolos bailar en las alturas, luego los bajaron y sencillamente comenzaron a arrojarlos por el aire y atajarlos.

A continuación, llegó el momento en el que impulsaban hacia el techo al padre de Ari y a Pablo. Él se unió al grupo de los que arrojaban a Pablo y ocupó un lugar detrás de la cabeza del prestamista. En uno de los saltos evitó atajarlo y Pablo cayó pesadamente golpeando su cabeza contra el piso de madera.

Protegido por la escasa luz y el caos se escabulló rápidamente y nadie supo quién había sido el responsable de la mala maniobra. Su antiguo enemigo se recuperó rápidamente, pero quedó un poco aturdido y salió del salón

para ir a mojarse la cabeza al baño. Sergio lo siguió a una distancia prudencial. Mientras Pablo se refrescaba en uno de los lavatorios, él entró directamente a una de las cabinas de los inodoros, entornó la puerta, se subió la botamanga, sacó el revolver y se lo acomodó en la cintura. Tenía la camisa empapada por el baile o los nervios y su pulso temblaba quizás por efecto del alcohol que había bebido en gran cantidad en escasos minutos.

Se paró detrás de su enemigo y se sacó los anteojos. Los guardó en el bolsillo superior del saco y lo miró a través del espejo.

Hola Pablo, ¿te acordás de mi?

Pablo alzó la vista, lo miró y dudó un instante, pensó que estaba alucinando por el

golpe. ¿Sergio? ¿Qué hacés acá? ¿Estás vivo? No, pelotudo, estoy muerto pero de todos modos hoy quise venir a ver el casamiento de mi hija. ¿Dónde estuviste todos estos años? ¿Estás bien? Si fenómeno, hace veinte años que estoy escondido para que no me mates, mientras vos te quedaste con mi mujer, mis hijos y toda mi vida. No, pará, yo te puedo explicar. No me expliques nada, en ese momento sacó el arma de la cintura y se la colocó en la sien. Yo te voy a explicar a vos lo que le pasa a un tipo que le roba la familia a otro y lo condena a no existir más. Pasa que como uno no existe lo puede matar tranquilamente y nadie se aviva.

Pablo giró ciento ochenta grados y

quedaron frente a frente.

Pará, no me vas a matar el día del casamiento de tu hija, esto es una fiesta, ya les cagaste bastante la vida haciéndoles creer que estabas muerto. ¿Ahora vas a matarme acá? ¿Justo hoy? ¿Yo les cagué la vida o vos les cagaste la vida hijo de puta? Sergio tranquilízate, yo nunca maté a nadie, las cosas siempre se pueden arreglar conversando. Me lo hubieses dicho el día que me apretaron tus matones y entonces yo ni me calentaba y hoy en vez de entrar vos al templo del brazo de mi hija, entraba yo. Pasaron veinte años Sergio, ni vos, ni yo, ni nadie se podía imaginar todo lo que pasó. Yo me alegro de que estés vivo, va a ser una alegría enorme para todos,

vayamos a la fiesta y yo lo anuncio por los parlantes. No, yo tengo otra idea, mejor vos te arrodillás y me chupás la pija y después vemos. No jodas, Sergio. ¿Necesitás plata? Yo te puedo ayudar. Todo no se compra, Pablo. De rodillas, gritó y le dio una estocada en el estómago con la punta del cañón del arma que lo dobló en dos.

Cuando cayó de rodillas le dio un culatazo en la nuca y lo desvaneció.

Los golpes en la cabeza como el que te diste en la pista son traicioneros, uno después puede desmayarse y desvariar, y ya nadie sabe si lo que decís es cierto o lo imaginaste.

Guardó el arma en la cintura, salió con

tranquilidad y bebió otra copa de champán que llevaba un mozo en una bandeja. Mientras se alejaba por el pasillo escuchó a alguien que gritaba desde la puerta del baño, llamen a un médico urgente Pablo se desmayó. Debe haber sido por el golpe que se dio, comentó una mujer.

Sergio caminó lentamente hasta la puerta del hotel y salió a la calle, entendió que ya no podría recuperar a su familia y sintió que su vida estaba acabada.

Fue una ilusión, como la de alguien que compra un billete de lotería, dura hasta el día del sorteo y luego se vuelve basura.

Afuera diluviaba, tomó Ayacucho hacia

Libertador y empezó a descender la barranca con la lluvia empapándolo, se subió las solapas del traje para cubrirse del agua y el frío. Al llegar al bajo dobló en dirección a Retiro, una vez más, como veinte años atrás cuando comenzó su exilio. Esta vez protegido por la recova.

Lloraba, pero sólo él lo sabía. Las gotas de lluvia que caían de su cabeza y las lágrimas, se fusionaban haciendo imposible distinguir a unas de otras.

Le pareció escuchar unos pasos detrás suyo. Recordó a los hombres de Pablo y volvió a empuñar el arma, le quitó el seguro y se dio vuelta de golpe pero no vio a nadie.

Tuvo la sensación de que lo seguían, que

alguien se había escondido detrás de los pilares, pero decidió ignorarlo y seguir caminando.

Era de madrugada, llovía copiosamente y las calles de Buenos Aires estaban vacías, no se veía un alma, apenas una interminable fila de columnas que separaban la calzada de la vereda, y las luces brillantes de los autos que pasaban a gran velocidad.

Antes de llegar a Callao, un relámpago iluminó la noche de Buenos Aires y unos segundos después se escuchó un estruendo seco, como un disparo.

Nota

En la lista original de víctimas del

Atentado de la AMIA figuraban 86 personas. Entre ellas Patricio Irala. Su mujer llegó a cobrar una indemnización. Seis años más tarde fue encontrado vivo en Paraguay.

Agradecimientos

A Silvia Caporaso que me “exigió” que escribiera e hizo aportes sustanciales que cambiaron la trama.

A los amigos de la Multipartidaria por haber sido los primeros lectores, por sus valiosos aportes, y sobre todo por haberme infundido ánimo.

A Ana María Sgua por haber sido la

primera escritora profesional en leerlo y decirme “está para publicarlo”.

A Elsa Drucaroff porque con sus sabias correcciones y recomendaciones contibuyó a que este libro fuera mejor.

A Pablo “Corto Alessandrini y Paula Salzman, de Aurelia Rivera Libros, por la publicación.

A Paula Redote Moyano por el diseño de tapa.

M.B. /nov.2018